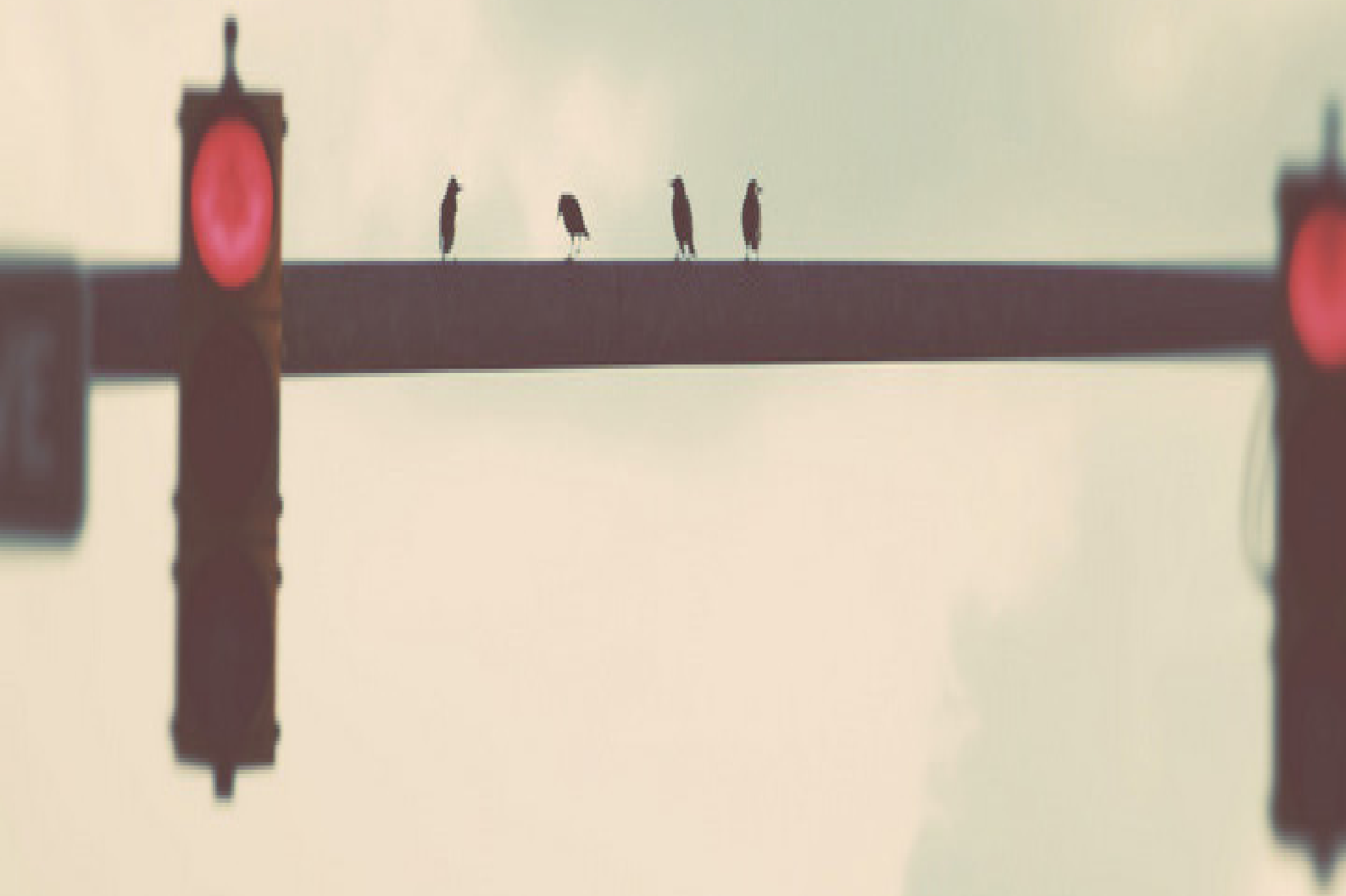


V I S O R

revista literaria

nº4 - Sep./Dic. 2015



Reseñas: Ana María Shua / Clara Obligado / Rita Gardellini / Jill J. Marsh **Ensayos:** Orígenes y evolución del cuento / Edgar Allan Poe / Augusto Monterroso / Tamiki Hara **Creación:** Ana Vega / José Luis Carranza / Mariano Velasco / Juncal Baeza / Ana Patricia Moya / Eduardo Krüger / Daniel Martín / Daniel Sobral / Rubén Juy

Contenido

© Revista Literaria Visor
ISSN 2386-5695
Revista Literaria de difusión cuatrimestral

Dirección:
Noel Pérez Brey
www.perezbrey.com
perezbrey@gmail.com

Consejo Editorial:
Vega Pérez Carmena
Noel Pérez Brey

Imágenes:
Portada: Beverly LeFevre
www.flickr.com/photos/ba193/
Contraportada: Fuente: Framepool
Contenido: Ángel Ruiz Laboy/Fuente: Flickr; Reseñas:
Tiziana Boccia/Fuente: Flickr; Ensayos: Carl Jones/
Fuente: Flickr; Creación: Evan Leavitt/Fuente: Flickr.

Diseño:
Noel Pérez Brey

Esta revista se edita desde Toledo (España) a través de la siguiente dirección:
www.visorliteraria.com

Puede ponerse en contacto con nosotros en la siguiente dirección de correo electrónico:
visorliteraria@gmail.com

Todos los textos e imágenes publicados en este número son propiedad de sus respectivos autores. Queda, por tanto, prohibida la reproducción total o parcial de los contenidos de esta publicación en cualquier medio sin el consentimiento expreso de los mismos. Por otro lado, esta publicación no se responsabiliza de las opiniones o comentarios expresados por los autores en sus obras.

Editorial	3
Reseñas.....	4
<i>Fenómenos de circo</i> . Ana María Shua / <i>La muerte juega a los dados</i> . Clara Obligado	5
<i>Después de comer perdices</i> . Rita Gardellini	6
<i>Apariencias que saludan a un punto de vista</i> . Jill J. Marsh	8
Ensayos	9
Sobre el cuento: orígenes, concepto y evolución, por José Carlos Aranda Aguilar	10
Análisis simbólico de <i>Eleonora</i> de E. A. Poe, por Susana Bellés	21
La gestación de <i>Obras completas (y otros cuentos)</i> de Augusto Monterroso, por Martín Flores Martínez	27
<i>Flores de verano</i> : recursos para contar la experiencia de la bomba atómica, por Nuria Ruiz Morillas.....	33
Creación.....	38
<i>La muchacha de la sonrisa triste</i> , por Ana Vega Burgos ..	39
<i>Mi psicóloga me estafa</i> , por José Luis Carranza	51
<i>Grafiti por imaginación</i> , por Mariano Velasco Lizcano.....	55
<i>Orillados</i> , por Juncal Baeza Monedero	60
<i>Inmortalidad y Lo que nos enseñaron los cómics</i> , por Ana Patricia Moya	67
<i>Evangelina</i> , por Eduardo Krüger.....	69
<i>El vigilante del turno de noche</i> , por Daniel Martín Hernández	73
<i>Madurez adelantada/Madurez anticipada</i> , por Daniel Sobral Olivera	80
<i>Noche de perros</i> , por Rubén Juy Martín.....	88
Colaboraciones	92

Un año de **cuentos**

Este septiembre estamos de aniversario: Revista Literaria Visor cumple su primer año en la red. En este tiempo, hemos publicado cuatro números de la revista, además de sus pertinentes convocatorias a colaboradores, y hemos comprobado cómo el volumen de participantes ascendía en cada una de ellas, quintuplicando la cantidad de trabajos recibidos desde la primera convocatoria hasta la última del pasado mes de julio. Asimismo, tanto la acogida de la publicación en las redes sociales como la suma de lecturas y descargas de la revista en las distintas plataformas de difusión han sido bastante mejores de lo que esperábamos en principio para una publicación de nuevo cuño. No cabe decir más que muchas gracias a todos por vuestro apoyo.

En este sentido, la buena respuesta obtenida nos lleva a plantearnos nuevos proyectos para el periodo próximo. En primer lugar, si bien contamos con lectores en puntos muy dispares alrededor del globo, la mayor parte de las colaboraciones procede, como es natural, del mundo hispánico. A este respecto, y si tenemos en cuenta cuál es el país de procedencia de la revista, España copa tanto el número de lectores como de colaboradores. No obstante, la acogida ha sido también excelente en Hispanoamérica, donde el volumen de participantes no ha dejado de crecer en países como Colombia, México o Argentina. Por ello, nos gustaría realizar números especiales que reúnan cuentos firmados exclusivamente por escritores de los países en cuestión, no solo como agradecimiento por el apoyo brindado, sino porque la cantidad de trabajos recogidos de escritores de dichas nacionalidades demuestra la actual efervescencia literaria de tales latitudes.

Por otro lado, atendiendo al interés que algunos de nuestros lectores y colaboradores han demostrado por la revista en soporte físico, estamos estudiando la posibilidad de ofrecer el servicio de impresión bajo demanda de nuestra publicación para aquellos partidarios de disfrutar Revista Literaria Visor en papel. En cualquier caso, ya que la difusión sin cargo de la revista a través de internet fue punto importante de nuestra filosofía inicial, tanto la lectura como la descarga de la publicación permanecerá, como hasta ahora, totalmente gratuita en las plataformas de difusión habituales.

De igual modo, uno de esos nuevos proyectos, ya realizado y del que podéis disfrutar en el presente número de la revista, es la colaboración con el recién celebrado I Certamen Literario de la Feria de Adopción de Moaña, en la provincia española de Pontevedra (Galicia). En dicho concurso, además de formar parte del jurado, ofrecimos nuestra revista como plataforma de publicación de los relatos ganadores. Encontraréis los trabajos seleccionados en el número actual.

Como es lógico, algunos de estos proyectos están más avanzados que otros, puede que unos lleguen a buen término y el resto no, y que la acogida sea, por supuesto, muy dispar, pero, en este nuevo periodo, el objetivo de Revista Literaria Visor seguirá siendo el mismo que cuando iniciamos nuestra andadura un año atrás: el fomento del relato corto en español.

Noel Pérez Brey



Reseñas

Fenómenos de circo Ana María Shua y La muerte juega a los dados Clara Obligado

El relato es un género dotado de gran elasticidad. Por ello es difícil definirlo o establecer fronteras entre los distintos subgéneros, pero gracias a dicho rasgo permite construir libros cuya estructura se sale de lo convencional, como es el caso de los dos que vamos a reseñar.

Fenómenos de circo es un libro de microrrelatos poco habitual. Para empezar, se centra en un único ambiente, al que hace referencia el título. Esto no es frecuente en un libro de microficción, pero la autora nos ofrece nada menos que ciento treinta y nueve textos, demostrando con ello que el mundo del circo es una fuente inagotable de temas literarios. Están agrupados en cinco



La muerte juega a los dados
Clara Obligado
Páginas de Espuma
Madrid, 2015

apartados que hablan del circo como concepto y metáfora de la vida, los distintos oficios, los *freaks*, los animales y la historia del circo. En la mayoría de las narraciones Shua parte de hechos reales y en cierto punto da un giro que deriva hacia la pura ficción e

incluso, a veces, hacia género fantástico. Otro aspecto original es que para elaborar este libro, la autora ha realizado una tarea de investigación más propia del novelista que escribe género histórico. No es de extrañar, por tanto, que el libro se cierre

con un apartado más, que recoge breves biografías de personajes reales incluidos en el libro, narradas (eso nunca lo pierde Shua) con un carácter literario. Es un libro variado en cuanto al tono, que va desde lo poético a lo humorístico pasando por lo reflexivo, y la amplitud de los temas, aunque pueda parecer lo contrario. Son textos que, sin excepción, causan un impacto en el que lee.

Por otro lado, *La muerte juega a los dados* nos ofrece otro tipo de construcción: relatos que pueden ser leídos individualmente pero que en conjunto forman una trama con inicio, nudo y desenlace. Si desarrollamos esos tres elementos a lo largo de doscientas veintiocho páginas, tenemos una novela. Sin embargo, la esencia del relato nunca se pierde en esta obra. No en vano, la autora indica que el lector puede optar por una lectura lineal o desorganizada (hay aquí, sin duda, un homenaje a Cortázar). Si optamos por lo primero, encontramos una novela policíaca clásica, cuyo nivel de suspense nos mantendrá



Fenómenos de circo
Ana María Shua
Páginas de Espuma
Madrid, 2012

enganchados al libro de principio a fin. Si optamos por leer los textos de forma aleatoria, seremos aún más conscientes de que cada uno de los dieciocho cuentos tiene una personalidad propia y es una entidad independiente. En cada uno veremos personajes, escenarios y tiempos distintos y disfrutaremos también con técnicas narrativas variadas.

Tenemos, por tanto, a dos autoras que comparten nacionalidad (argentina) pero no lugar de residencia (puesto que Clara Obligado reside en España desde

los años 70) que han optado por experimentar. La primera con una forma de trabajar el microrrelato, consciente, meditada, y partiendo del estudio y la investigación. La segunda, demostrando que el relato puede ser un pilar básico para construir una novela fragmentada como un rompecabezas. Dos libros imprescindibles de dos de las escritoras con más peso en la literatura breve actual en español.

© Gema Moratalla García

• • • • •

Después de comer per- dices o por qué las mu- jeres son tan bouldas e insisten en enamorarse Rita Gardellini

Después de leer el libro, tengo la impresión de que Rita Gardellini, esta escritora argentina, viene al panorama literario para quedarse. Podría decir que es una novela omnisciente donde el diálogo y monólogo son claves, que el enfoque es poliédrico -"caleidoscópico" me gusta nombrarlo cuando se multiplican las perspectivas del enfoque narrativo-, pero esto poco aportaría fuera del mundo del tecnicismo académico, así que prefiero hablar desde las emociones del lector.

Vivimos en un mundo de aparien-

cias en el que vamos fraguando nuestros sentimientos a golpes de emociones encontradas. Somos la imagen que nos devuelven de nosotros mismos, o de aquella que creemos o queremos creer, son las emociones las que guían el hilo de coherencia que nos confiere la identidad. Es complicado, muy complicado bucear en esas contradicciones entre lo que deseamos y lo que nos espera, lo que nos abofetea ahí afuera. Mucho más complicado describir el baile que se produce entre expectativas y realidad cuando la realidad no son sino otras expectativas vividas desde otras emociones. Aún más complejo cuando esas vivencias se contraponen en clave de sexualidad. Todos ansiamos encontrarnos a nosotros mismos, tomar las decisiones acertadas que nos conduzcan al mundo idílico de los cuentos donde "to-

dos comieron perdices”, pero ¿cómo?

Después de comer perdices... es un conjunto de relatos, ¿cuentos? -en el sentido más borgiano de la palabra- donde se exploran las emociones de la mujer enfrentadas a un mundo constreñido y a veces absurdo, relatos cortos, vivaces, directos. Una galería de personajes se enfrenta a su realidad, y trata de sobrevivir desde su identidad, desde su traición, desde sus ambiciones, desde la desesperación o el autoengaño, desde el deseo más humano de ser que nunca llega a realizarse. Lo que una mente siente y sueña pocas veces haya un espejo limpio en el que mirarse... Quizás si pudiéramos mirarnos y sentirnos con los ojos que nos miran... ¿Y si esos ojos y esas emociones son las del hombre que amamos, deseamos, odiamos, tememos o repudiamos en la danza de la convivencia diaria? La tensión del desengaño está servida.

Una de las grandes virtudes de la autora es ofrecernos esta confusión amarga sin acritud, con gotas de ironía y fino humor, sin retroceder ante el sexo, sin caer en la banalidad del erotismo fácil. Al fin y al cabo, estamos programados para buscarnos, desearnos, soñar, caer y levantarnos para seguir adelante recomponiendo las circunstancias y la figura. Decían los románticos alemanes que Quijote y Sancho somos todos, las

dos realidades que conviven en cada uno de nosotros, el soñador idealista que transfigura el mundo desde sus fantasías, para quien todo parece posible, y el pragmático realista apegado a los sentidos que se ciñe al guion establecido por lo inmediato. Estoy convencido de que todos los personajes de Rita -Cenisiente, Simona, Paula, Lidia...- están ahí pugnando en la composición del ser y en las decisiones de cada mujer, cada día, en cada circunstancia, sin rehuir la dureza de la decepción, sin caer en la autocompasión fácil, quizás simplemente respirando.

Me ha gustado esta danza de emociones encontradas buscando el equilibrio, el estilo ágil, la fineza en la penetración de personajes y circunstancias. Enhorabuena.

© José Carlos Aranda



Después de comer perdices o por qué las mujeres son tan boludas e insisten en enamorarse

Rita Gardellini

Ed. Librando Mundos

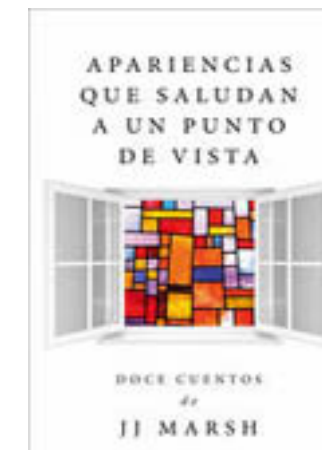
Colección Moonlight

2ª edición

Madrid, 2015

Apariencias que saludan a un punto de vista Jill J. Marsh

El sugerente título de una de las últimas obras de Jill J. Marsh no es sino el prelude de lo seductor de su contenido. Buena parte de la docena de relatos que lo componen son de ficción, aunque también hay situaciones reales, vividas en primera persona. Desde mi punto de vista, radica en ello uno de los puntos fuertes de esta obra y de la propia autora; capaz de recrear y a la vez crear diferentes realidades, traspasando la difícil tarea del escritor que solo se atreve a relatar aquello que ha vivido. Marsh traza con maestría tanto la esencia de los personajes anónimos como de



Apariencias que saludan a un punto de vista
Jill J. Marsh

Prewett Publishing
Estados Unidos, 2013

los que por todos son conocidos, como Unity Mitford, para desgranar de la complejidad de nuestra mente, recordándonos a Oliver Sacks. A través de esta docena de sólidos e ingeniosos relatos, la autora profundiza en lo desmesurado de los senti-

mientos de sus personajes para reflejar las debilidades, el patetismo y, en definitiva, la diversidad de las miserias humanas, especialmente la complejidad de la mente de personas atormentadas. Esta queda reflejada en los clichés de buena parte de los protagonistas, como la Sra. Rice, que se mezclan gracias a una prosa y lenguajes ingeniosos con perfiles blancos como los de tía Luisa o Rodrigo. Esa mezcla es la que crea un diálogo rico que lleva a que sea el propio lector quién valore las posturas y extraiga sus propias conclusiones. No se tratan de relatos cerrados, sino abiertos a múltiples interpretaciones según el prisma desde el que se lean. Precisamente «Obra de amor», breve y conciso, resulta uno de los más inquietantes. Invita a que nos pongamos frente a nosotros mismos para recordar nuestras experiencias vividas e identificarnos, inexorablemente, con el protagonista.

En resumen, *Apariencias que saludan a un punto de vista* resulta una obra de recomendada lectura en la que se mezclan antropología, sociología y psicología con la maestría justa para que perdamos de vista sus líneas en algunos instantes para recordar nuestros propios miedos, decepciones y esperanzas.

© Carlos González de los Reyes

Ensayos



Fuente: www.huiskenbickerton.com

Sobre el cuento: orígenes, concepto y evolución por José Carlos Aranda Aguilar

«Érase una vez...», un comienzo mágico que abre un universo de posibilidades en nuestra imaginación y que viene repitiéndose a lo largo de milenios hasta donde alcanza el tiempo en la memoria colectiva. Es imposible una civilización sin cuentos o, si lo prefieren, sin leyendas, sin mitología, sin historias que contar. De hecho está tan íntimamente ligado a la naturaleza humana que no se concibe el hombre social sin esa necesidad de transmitir a los demás qué ocurrió aquel día que alguien tuvo que enfrentarse a un problema, por qué

existen los relámpagos y los rayos, o por qué aquella montaña es la más alta de la sabana. Y está en la propia naturaleza del ser humano el ser social porque en ello reside una de las claves de su supervivencia¹.

El cuento nace y se hace en la tradición oral. Apenas llevamos cinco siglos instalados en la era del racionalismo empírico. Coincide con el nacimiento de la imprenta y la difusión de los libros escritos, pero durante la historia de la humanidad siempre hubo necesidad de explicar lo inexplicable para otorgar un cierto sentido a cuanto ocurría a nuestro alrededor: qué o quién era la luna, la erupción de un volcán, el flujo de la marea en el mar, o por qué no entendíamos a los pájaros o a los monos. Y también

teníamos necesidad de transmitir unas instrucciones básicas de supervivencia: la desconfianza hacia los desconocidos, el riesgo de mentir, la importancia del valor, cómo superar el miedo, la necesidad de proteger a la tribu, al clan, a la familia. De esta forma, lo fantástico y lo real se entrelazaban desempeñando funciones sociales de una importancia crucial para el ser humano como eran el fomento de la cohesión de grupo y la transmisión de una información sobre la naturaleza y sobre el propio ser humano que ayudara al colectivo a sobrevivir. Lo natural y lo sobrenatural, lo físico y lo mágico, se entremezclan porque necesitamos dotar de un cierto sentido a lo que sucede para transmitir a las generaciones venideras un manual de instrucciones sobre “cómo actuar en caso de...”.

Historia, mitología, ficción narrativa aparecen entrelazados en el tiempo y solo son separados por el empeño racionalista del ser humano. La historia repetida es recreada por cada narrador. Sin la fijación de la escritura, lo recordado iría enriqueciéndose, modificándose, ampliándose, contaminándose desde cada perspectiva hasta tener poco o nada que ver con la realidad donde tuvo su origen. La aparición de la escritura y la filosofía, la necesidad de rigor, fue lo que acabó separando la realidad de la ficción. A Grecia debemos esta separación, pero incluso ella recurrió al cuento, a la mitología para justificar dicha separación (Clío, la musa de la Historia, arrojó del recinto de la racionalidad a su hermana Melpómene, musa de la tragedia).

El cuento era y es algo irreemplaza-

ble en la comunicación generacional y todas las sociedades han sido conscientes de ello. No solo tiene un valor admonitorio, sino que se integra en la conciencia del oyente proporcionándole pautas de conducta ante posibles problemas que pudieran surgir. Esto transforma a quien escucha desde el momento en que interioriza la historia adaptándola en función de sus propias necesidades psíquicas y a su entorno social, es decir, reconstruyéndola a su medida para convertirse en recreador de la trama, de ahí el que se le atribuya valor terapéutico, curativo, paradigmático². Es tan importante, que la trama, los argumentos, se mantienen actualizándose, adaptándose a los tiempos y a las circunstancias siguiendo un esquema estructural conocido como “gramática del cuento”³. De ahí que en el devenir del tiempo, leyendas tradicionales acabaran formando parte de la historia, incardinadas en personajes reales a quienes se atribuyeron hazañas fantásticas en el deseo de enaltecimiento o divinización, o simplemente generando arquetipos ejemplarizantes⁴. Pero no perdamos de vista que constituye una maravillosa herramienta para la transmisión de valores culturales que la sociedad, cualquiera que esta sea, necesita instalar en la mente de los recién llegados auténticos “modelos mentales”⁵ para cohesionar el grupo y garantizar la supervivencia.

El siglo XIX, con el Romanticismo, prestó especial atención a estas tradiciones orales y, gracias a ellos, hoy conservamos un buen número en forma de recopilaciones o insertas dentro de la línea argumental de la novela. Po-

demostramos decir que es ahí donde el cuento alcanza configuración literaria⁶. Si Washington Irving se hizo famoso por sus *Leyendas de la Alhambra*, también lo hizo Cecilia Böhl de Faber transcribiendo los cuentos populares de su Sevilla adoptiva, y otros autores románticos inspirándose en la tradición popular para componer sus propias leyendas en prosa, como Gustavo Adolfo Bécquer, o en verso, como el Duque de Rivas o Zorrilla. Hemos de imaginar que compilación, adaptación y creación han ido de la mano a lo largo del tiempo. El Realismo le otorgó carta de naturaleza propia con marca de autor con Leopoldo Alas Clarín. Desde entonces hasta hoy no ha dejado de cultivarse como género propio o inserto a través de los personajes en los relatos (Alberto Vázquez Figueroa nos sumerge en la magia de los relatos del desierto en *Los ojos del tuareg*, Luis Sepúlveda nos inunda de imágenes del Amazonas en *El viejo que leía novelas de amor*, Rudyard Kipling nos trajo los cuentos indúes en su maravillosa obra de *El libro de las tierras vírgenes*; Hans Ruesch nos atrapa en las creencias esquimales en *El país de las sombras largas...*). Y es que la mitología fundida con las leyendas son claves para comprender el alma del pueblo que las narra y, a veces, son claves incluso para comprender el porqué de su historia. La leyenda de Quetzalcóatl en la mitología Tlaluica es clave, por ejemplo, para comprender la conquista española en México⁷. Dio pie a que confundieran a Hernán Cortés con este dios cuyo retorno estaba anunciado y que, y esto es lo extraordinario, se describía como blanco, rubio, barbado y con gran-

des conocimientos.

El cuento como género diseñado no existe hasta la aparición de la escritura y la conciencia de autor. Pero incluso ahí queda constancia de su origen en el diálogo a través del narrador que nos cuenta la historia, aunque sea por escrito⁸. Los primeros testimonios escritos datan de hace miles de años, en la tradición occidental se deben a Esopo (siglo VI AC)⁹. Pero estas fábulas, invenciones, debían correr de boca en boca y formar parte de un patrimonio oral. En la India encontramos el Panchatantra, una recopilación de cuentos en sánscrito donde un anciano religioso educa a tres príncipes. Esta primera colección podría remontarse al segundo milenio antes de Jesucristo y nos llegó a occidente a través del *Calila e Dimna*¹⁰. Los comerciantes fenicios debieron actuar de transmisores, pero al asentarse el cuento, se nacionaliza con personajes y rasgos propios. Así, el famoso juicio de Salomón en el Antiguo Testamento lo encontramos en el Panchatantra indú con el nombre de Baidaba, y es atribuido a otros personajes a lo largo de la Edad Media. A España, la tradición oriental nos llegó con la ocupación musulmana en el siglo VIII, nos enriquecieron con fantásticas historias nacidas entre los beduinos del desierto, algunas recogidas en uno de los grandes hitos cuentísticos, *Las mil y una noches*. La escritura en el siglo XIII le dio carta de naturaleza en el castellano de la época gracias a la traducción de la Corte alfonsí del *Calila e Dimna*¹¹, obra que a su vez fue traducida al árabe por un persa converso, Mukaffa¹², que acabó su vida en mi Córdoba, despedazado por orden



Fuente: iskiroesquivel.blogspot.com

de Almanzor. De ahí, en el siglo XIV, algunas obras lo insertaron de lleno en nuestra tradición literaria en castellano: *El Conde Lucanor*, del infante don Juan Manuel, en prosa; y el magnífico *Libro del Buen Amor* del Arcipreste de Hita. Y es curioso cómo uno y otro autor, don Juan Manuel como primer prosista y estilista del castellano, y el Arcipreste, tan dado a la composición abierta y divulgativa propia de la conciencia de autoría colectiva, coincidieran en algo

tan elemental como el carácter didáctico y pedagógico del cuento y de la obra. Pero con la obra escrita comenzó a desarrollarse la novela y, más tarde, con la aparición de la imprenta en el siglo XV, se fue imponiendo y poco a poco el cuento quedó relegado como un mero entretenimiento infantil.

No es fácil definir el cuento. Desde el encasillamiento necesario para el deslinde de los distintos géneros literarios nunca llegamos a un enunciado capaz

de abarcar todas las posibilidades del cuento, desde la tradición oral milenaria, hasta el cuento como creación de autor sin otra función que la meramente estética o literaria tal y como empezó a aparecer en el Romanticismo. Poco o nada tiene que ver Pinocho o Hansel y Gretel con los cuentos de Edgar Allan Poe, Julio Cortázar o de Jorge Luis Borges.

Ya se habrá notado cómo a lo largo de las líneas anteriores me he referido indistintamente a los “ejemplos”, las “fábulas”, los “cuentos”, las “leyendas”, los “mitos” o simplemente “relatos”, y que,

además, no he tratado de separar las creaciones en prosa y verso. Obedece a la propia dificultad que supone la definición en sí misma del cuento y a mi propia voluntad de superar ese encasillamiento.

No obstante, conviene revisar sus elementos básicos. «El cuento es una narración breve, de trama sencilla y lineal, caracterizado por una fuerte concentración de la acción, del tiempo y del espacio (...) El cuento es ajeno a la in-

tención novelesca de representar el flujo del destino humano y el crecimiento y la maduración de un personaje, pues su concentración estructural no implica el análisis minucioso de las vivencias del individuo y de sus relaciones con el prójimo. Un breve episodio, un caso humano interesante, un recuerdo, etc., constituyen el contenido del cuento. Arte de sugestión, el cuento se aproxima muchas veces a la poesía (...)». Así definía el cuento Víctor Manuel Aguiar e Silva en su magnífico manual sobre teoría de la literatura¹³ y en ella tenemos los elementos básicos que integran el cuento: brevedad, sencillez, linealidad, concentración, anécdota, sugestión.

El hecho de que sea una narración implica la presencia de unos «(...) personajes situados en un contexto determinado, en cierto lugar y en cierta época, que mantienen entre sí relaciones de armonía, de conflicto, etc. Estos personajes se manifiestan a través de una serie de acontecimientos (...)» que construye una historia que se puede contar¹⁴.

Por su parte, el especialista Seymour Mentón, añade dos matices relevantes: «(...) es una narración fingida en todo o en parte, creada por un autor (...) cuyos elementos contribuyen a producir un solo efecto»¹⁵. Estos matices le ayudan a deslindar el cuento, narración fingida, de otras expresiones narrativas como la crónica o los artículos de costumbres, cuya base son los hechos reales, históricos, y de las leyendas y tradiciones que forman parte de la “cultura popular” transmitida de generación en generación, de autoría colectiva y anónima.

Aún nos falta un elemento más que nos lo aporta Mariano Baquero Goyanes

al afirmar que «(...) es un precioso género literario que sirve para expresar un tipo de emoción, de signo muy semejante a la poética, pero que no siendo apropiada para ser expuesta poéticamente, encarna en una forma narrativa próxima a la de la novela, pero diferente a ella en la técnica y en la intención»¹⁶. En efecto, nos faltaba la emoción como clave del cuento. Un relato que nace de la tradición oral, cuya clave es el contacto directo con el auditorio, está condicionado -como el teatro- por el tiempo, a diferencia de otros géneros -la novela- diseñados para ser impresos y leídos. Y tiene que enganchar emocionalmente al público para mantener la tensión del relato hasta el desenlace. Esa y solo esa es la clave de un buen cuento, de una buena representación, de una buena puesta en común. Lo era, lo es y lo seguirá siendo. La emoción es lo que determina nuestro foco de atención para discriminar contenidos¹⁷.

A nadie se le oculta el valor del cuento como herramienta educativa. Lo sabía Sherezade, como lo sabían los monjes cuando vertieron las leyendas antiguas en las vidas de santos y novelas hagiográficas¹⁸. Lo sabían don Juan Manuel y el arcipreste como también lo sabía Isabel la Católica a quien acompañó en su Biblioteca *El Decamerón* de Boccaccio. Lo sabía Fernando de Rojas y Cervantes, lo sabían Iriarte y Samaniego, como también los maestros y profesores actuales.

Vivimos hoy una nueva etapa en la que se está produciendo una auténtica revolución gracias a las nuevas tecnologías. El relato va dejando poco a poco de ser leído para volver a ser oral, pero

ahora con imágenes a todo color y música de fondo. También nos facilita la inversión de papeles o, mejor, el intercambio entre el receptor y el narrador. Siempre fue interesante invertir los papeles y convertir al niño de receptor en emisor, de transmisor en creador del cuento. A través del acto de la invención fomentamos la creatividad y, además, podemos observar y apreciar aquello que preocupa al niño y cómo lo enfrenta, qué opciones de resolución plantea en un hipotético conflicto. Giovanni Rodari¹⁹ nos transmitió esa ilusión por romper los moldes e invertir los papeles para fomentar la imaginación y la elocución, pero hoy contamos con una herramienta mucho más potente: las nuevas tecnologías.

Durante la década de los 80 se intentaron introducir los cuentos polifónicos; se trataba de cuentos editados con un planteamiento interactivo; al final de cada capítulo se invitaba al lector a tomar una decisión, en función de la cual debías continuar por un capítulo u otro. De esta manera, era el propio lector quien componía su relato y llegaba a un final u otro dependiendo de las decisiones adoptadas a lo largo de la obra. Aquellas ediciones no dejaron de ser una mera curiosidad, la limitación de las páginas traía aparejada inevitablemente una limitación de opciones, por lo que al final resultaba recurrente, circular y poco atractiva.

Hoy, gracias a los ordenadores y los programas multimedia asistimos a una auténtica revolución, lo que ya algunos denominan "cultura electrónica"²⁰ caracterizada por modelos culturales alternativos que van interponiéndose a

lo largo de su ejecución. Es decir, presentan el mismo modelo operativo pero ampliado exponencialmente por la potencia y capacidad que nos proporciona la Red. Incluso se han expresado los modelos para la construcción de estructuras narrativas en estos formatos²¹. Sin embargo, convendría precisar algunas ideas al respecto que pueden ser interesantes.

El niño es un demandante de relatos innato porque su mente busca dos elementos que necesita: categorías y relaciones sistémicas²². Un universo dividido en individualidades, acontecimientos sin conexión se convierte en un caos sobre el que no podríamos intervenir. Para desarrollar pautas de conducta necesitamos discriminar primero y evaluar después la información y eso requiere la elaboración de un código. Nuestro cerebro necesita operar desde estereotipos formales y funcionales que actúen en un universo causal. Necesita elaborar patrones que permitan a la mente anticipar desenlaces a partir de unos elementos constantes. Por eso, desde que nacemos no hace sino elaborar estadísticas de recurrencia, de repeticiones, que nos ayudan a elaborar pautas de conducta adecuadas a las respuestas que buscamos. Una conducta adecuada se refuerza cuando obtienes la respuesta de refuerzo positivo por parte de la persona o personas de apego: si cuando sonríes te devuelven la sonrisa, tiendes a repetir el gesto, buscas obtener esa misma respuesta. Aprendemos a hablar cuando sentimos que somos atendidos y escuchados mucho antes que cuando logramos comprender que esos sonidos tienen significados asociados.

El ser humano es social por naturaleza, nacemos programados para insertarnos en nuestra familia, primero, en nuestra clase, ciudad, nación, en el mundo²³. El niño no solo tiene programado un lenguaje innato -"mentalés"²⁴ hay quien lo llama-, sino también un código de valores y un sistema de relación social²⁵. Gracias a su plasticidad neuronal, no solo discrimina desde su nacimiento sonidos para el aprendizaje de la lengua materna, también discrimina marcas emocionales vocales y físicas, se nutre del afecto a partir del apego y elabora su universo de relaciones personales aprendiendo a convivir inserto en un grupo social. En otras palabras, al niño le interesa cómo descubrir que alguien miente, que es tu amigo, le interesa saber cómo se puede superar el miedo, o las claves de resolución de un conflicto al que no se ha enfrentado pero puede presentársele en algún momento. Las células espejo funcionan en este sentido de motor de aprendizaje por imitación. El resto, la repetición y las respuestas conductuales acabarán por definir un modelo de relación y de conducta integrada²⁶.

Todo esto lo ofrece el cuento contado, narrado o leído. Primero, incentiva el aprendizaje lingüístico fomentando el desarrollo del pensamiento simbólico²⁷; segundo, refuerza el vínculo de apego entre el niño y el narrador²⁸, lo que lo convierte en referente explícito del que absorberá todo tipo de información a partir de la observación²⁹; tercero, fomenta el desarrollo emocional y la socialización a partir de la identificación de marcas formales emocionales -gestuales o lingüísticas-; cuarto, favorece

la empatía por la perspectiva multifocal de los personajes que intervienen, y, quinto, traslada al niño unos valores sistémicos que le permitirán comprender y aprender los esquemas conductuales y morales de la sociedad donde ha nacido y donde ha de integrarse³⁰. Esto es lo que ofrece una buena historia donde una situación inicial se rompe a causa de un problema que ha de resolverse, donde hay un protagonista que asume el desafío, emprende la aventura y finalmente logra un final feliz o no. Lo importante es el problema y el modo de resolución enfrentando las dificultades interiores -emocionales- y exteriores -circunstancias- sabiendo discriminar a quienes son tus amigos y pueden y deben ayudarte, de quienes son tus antagonistas y tratarán de impedir tus objetivos. Y esto se encuentra muy sistematizado en la gramática del cuento³¹. Da igual que esté escrito en prosa o verso, que los protagonistas sean niños, animales u objetos, da igual que la extensión sea mayor o menor, lo importante es la anomalía que atrapa la atención del niño y le hace preguntarse quién, qué, a quién, cuándo, cómo, dónde, por qué y para qué. En definitiva, a través del pensamiento narrativo desarrolla la lógica del discurso necesaria tanto para la comunicación como para la selección de las claves de interpretación de las relaciones humanas. Adiestramos al cerebro en la interpretación, la anticipación y las posibles resoluciones. El pensamiento lógico, ese que solo se mueve en el plano formal, que excluye las emociones desde la función referencial de lenguaje, ese para el que las emociones son una rémora, ese no le importa al niño porque no lo

necesita es su proceso de integración social. Es así de sencillo.

El cuento enfocado desde la creatividad vendrá más adelante, e irá forjándose a partir del desarrollo del universo interior, un universo al que previamente hemos de dotarlo de un sistema operativo donde aparezcan las claves de evolución de los personajes y las relaciones, los contratiempos y las posibles vías de resolución de conflictos internos o externos. Pero esto no será hasta la segunda infancia y no adquirirá especial relevancia hasta la pubertad. Cada edad tiene su clave de desarrollo y el cuento es una pieza clave en la gestión emocional y social en la infancia. Sustraer al niño del cuento contado, elaborado, fantástico sería cortapisar la generación de un universo interior único e irrepetible. Pero debemos comprender que de nada nos sirve la mejor estructura, ni el mejor diseño actancial, ni las



Fuente: www.copyblogger.com

mejores descripciones ambientales o de personajes si no guiamos al niño en ese viaje a través del acompañamiento y la implicación de un buen cuentacuentos, si no le mostramos que nos emociona la historia, que nos importa él como ser humano. Unas investigadoras afirmaban en sus conclusiones sobre el éxito de un proyecto de aprendizaje desde el cuento: «(...) el papel del docente ha ido más allá de la función de instruir y el rol se ha centrado en el apadrinamien-

to del alumnado para acompañarle en su proceso de aprendizaje»³², ¿acaso se puede transmitir de otra forma? No solo aprenden las palabras, sino nuestras actitudes y nuestras emociones. Por eso el cuento no se narra, se vive y se transmite desde la emoción.

Bibliografía y notas

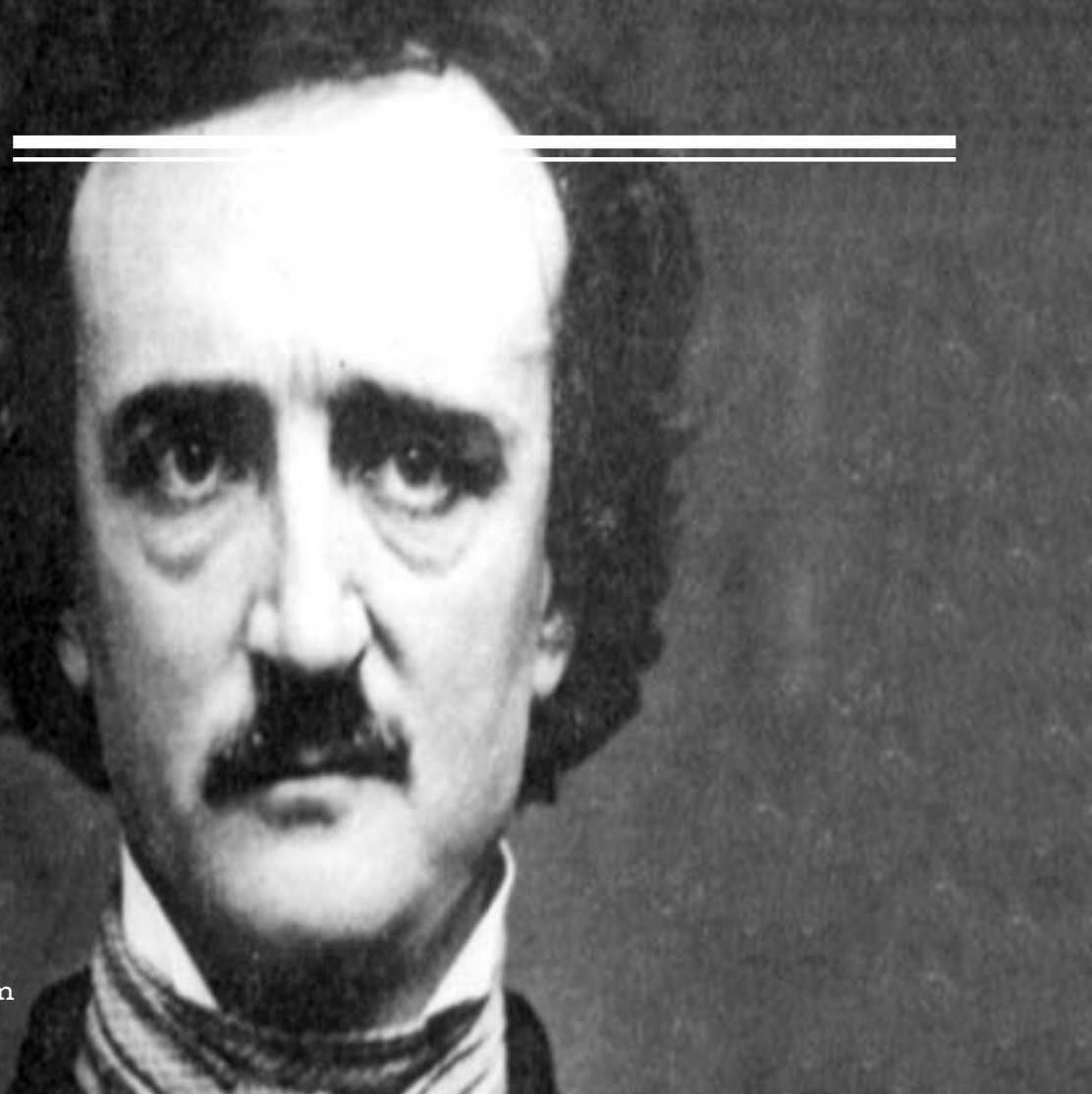
- (1) Damasio, A. (2009). *En busca de Spinoza*. Barcelona: Crítica (6ª reimpresión).

- (2) Bettelheim, B (1995). *Psicoanálisis de los cuentos de hadas*. Madrid: Crítica.
- (3) Propp, V. (1928). *Morfología del cuento*. Madrid: Editorial Fundamentos (fecha de 1ª edición, actualmente 18ª)
- (4) Caro Baroja, J. (1989). *De los arquetipos y leyendas*. Barcelona: Círculo de Lectores.
- (5) Johnson-Laird, P. (1983). *Mental models*. Cambridge, MA : Harvard University Press.
- (6) Baquero Goyanes (1992). *El cuento español. Del Romanticismo al Realismo*. Madrid: CSIC, pág. 3.
- (7) Arias Sánchez, Raúl (2013). "Los dioses navegantes de la América Prehispana", en *Ensayos del Museo Antropológico de la Cultura Andina*. Huancayo, Perú.
- (8) Imbert, A. (1996). *Teoría y técnica del cuento*. Barcelona: Ariel.
- (9) Rodríguez Adrados, F. (2005). *De Esopo al Lazarillo*. Emérita, LXXIII. Huelva, Universidad de Huelva, págs. 375-378.
- (10) Petrea Lindenbauer, P. *Calila e Dimna (1252 d.J.C.) reflejo del Panchatantra (200 a. J.C.)*. Argumentos para una comparación. Universidad de Viena. En <http://homepage.univie.ac.at/petrea.lindenbauer/Artikel.Calila.e.Dimna.pdf>.
- (11) Cacho Bleca, J.M. y Lacarra, M.J. (1984). *Calila e Dimna*. Madrid: Editorial Castalia
- (12) Lado Ferreras, M. (1997). "Dos culturas y un cuento. A propósito del cuento tradicional". En *El discurso artístico en Oriente y Occidente: semejanzas y contrastes*. Por José Luis Caramés Lage, Camen Escobedo de Tapia y Jorge Luis Bueno Alonso (Ed.). Oviedo: Universidad de Oviedo, págs.. 17-31.
- (13) Aguiar e Silva, V.M. (1979). *Teoría de la literatura*. Madrid: Gredos (3ª reimpresión), pág. 242-3.
- (14) Ibídem, pág. 191.
- (15) Menton, S. (2007). *El cuento hispanoamericano*. México DF: Fondo de Cultura Económica. Véase Prólogo. La primera edición es de 1964. Se ha ido ampliando en sucesivas ediciones.
- (16) Baquero Goyanes, M. (1998). *Qué es la novela, qué es el cuento*. Murcia: Servicio de Publicaciones de la Universidad de Murcia, 3ª ed., pág. 144.
- (17) Ansermet, F. y Magistretti, P. (2006). *A cada cual su cerebro*. Buenos Aires: Katz editores.
- (18) Aranda Aguilar, J.C, (1989). "Santa Casilda, novela hagiográfica" en *La narrativa andaluza del siglo XIX*. Córdoba: Universidad de Córdoba.
- (19) Rodari, G. (1983). *Gramática de la fantasía. Introducción al arte de contar historias*. Barcelona: Argos-Vergara.
- (20) Vouillamoz, N. (2000). *Literatura e hipermedia. La irrupción de la literatura interactiva: precedentes y crítica*. Barcelona: Paidós.
- (21) Ver Berenguer, X. (1998). *Escriture programés interactius* en www.iaa.upf.es/formats/formats1/a01ct.htm.
- (22) Goleman, D. (2014). *Focus. Desa-*

- rollar la atención para alcanzar la excelencia*. Barcelona, 2013.
- (23) Geertz, C. (2003). *La interpretación de las culturas*. Barcelona: Gedisa
- (24) Pinker, S. (1995). *El instinto del lenguaje. Cómo crea el lenguaje la mente*. Madrid: Alianza Editorial.
- (25) Vygotsky, LS (1962). *Pensamiento y lenguaje*. Cambridge MA: MIT Press.
- (26) Wallon, Henri (1979). *La evolución psicológica del niño*. Buenos Aires: Ed. Psique.
- (27) Pinker, S. (1995). *El instinto del lenguaje. Cómo crea el lenguaje la mente*. Madrid: Alianza Editorial.
- (28) Márquez Izquierdo, C. (2008). "La importancia del apego en el desarrollo cognitivo", *Innovación y Experiencias Educativas*, n. 11.
- (29) Köhl, P. (2010). "Brain Mechanisms in Early Language Acquisition". *Neuron Review*, nº 8, <http://ilabs.uw.edu/sites/default/files/2010%20Kuhl.pdf>.
- (30) Goleman, D. (2006). *Inteligencia social: la nueva ciencia de las relaciones humanas*. Barcelona: Editorial Kairós.
- (31) Propp, V. Ob. Cit.; ver también Stein, N. y Glenn, C.G. (1979). "An analysis of story comprehension in elementary school children". *New directions in discourse processing*. Norwood, J. Ablex, vol. 2, págs. 53-120.
- (32) Valbuena, E. y García, C. (2014). "Aprendemos a hablar con los cuentos", *Audición y Lenguaje*, 106. Madrid: Editorial CEPE.

José Carlos Aranda Aguilar. Profesor de EEMM en Andalucía, doctor en Filología Hispánica desde el año 89, realizó la Tesis doctoral sobre la narrativa (La narrativa andaluza en el siglo XIX) y está enfrascado nuevamente en esa línea de investigación pero enfocada ahora a los niños y a sus posibilidades didácticas. Títulos publicados: *Cómo se hace un comentario de texto* (Berenice, 2009), *Manual de ortografía y redacción* (Berenice, 2010), *El libro de la gramática vital* (Almuzara, 2010), *Manual de redacción para profesionales e internautas* (Berenice, 2011), *Inteligencia natural* (Toromítico, 2013), *Ortografía fácil* (Berenice, 2013), *Cómo hablar en público* (Berenice, 2015). Blog de autor: www.josecarlosaranda.com. Este año ha recibido el premio "Centinela del lenguaje", otorgado por la Facultad de Comunicación de la Universidad de Sevilla. Pertenece a la Real Academia de Córdoba, en calidad de Académico correspondiente desde 2013.

• • • • •



Fuente: mashable.com

Análisis simbólico de *Eleonora* de E. A. Poe

por Susana Bellés

Eleonora es la historia de un primer amor de juventud. El narrador cuenta cómo vivió sus primeros veinte años junto a su tía y su prima Eleonora, debido a la prematura muerte de su madre, en el Valle de la Hierba Irisada. Este valle es un idílico lugar alejado por completo de la sociedad y preservado por una abundante vegetación y un río circundante. Un buen día, frente al Río de Silencio que tanto les gustaba contemplar a su prima y a él, ambos se declaran sus sentimientos. La felicidad del narrador termina el día en que la

muerte acecha a Eleonora y este debe jurarle amor eterno a pesar de la ausencia. Eleonora cierra el pacto jurando visitarle cada día, si no de una forma explícita, al menos esparciendo su presencia por su entorno, a través de la naturaleza. Con su muerte, el Valle de la Hierba Irisada se vuelve árido. A pesar de que Eleonora cumplió con su palabra, una nostalgia infatigable seguía cada uno de los pasos del narrador. Intentando desasirse de esta fue como abandonó el valle y se trasladó a la ciudad. En ella se intoxicó de sus frivolidades y pronto las manifestaciones de Eleonora se desvanecieron. Mientras trabajaba de sirviente en una corte, apareció una doncella, Ermengarda, cuya belleza pronto dobló su espíritu. «Y al mirar

en las profundidades de sus ojos, donde moraba el recuerdo, sólo pensé en ellos, y en ella»¹. Y a pesar de estas ambiguas palabras, el narrador nos confiesa que se casó con ella. Una noche, sin motivo aparente, un suspiro toma la voz de Eleonora, materializándose por última vez, y le hace conocedor de que sus sentimientos por Ermengarda lo han liberado de los juramentos a Eleonora.

A pesar de la sencillez del argumento, salta a la vista la gran carga simbólica contenida en el relato. En primer lugar, la obra hace patente una clara oposición; la advertencia con la que se inicia el relato nos muestra el estado en el que se encuentra el narrador: su mente merodea, parejo al sugestivo movimiento pendular, de un estado de razón a un estado de locura a medida que nos guía por el relato. Esta contraposición se expresa en la historia a través de los lugares en los que acaecen los sucesos: la primera y más feliz época de su vida acontece en un bucólico e inexpugnable lugar, el tan recurrido *locus amoenus* utilizado por la literatura clásica latina; el inicio de la segunda época en la vida del narrador se inicia con un estado de incipiente locura causada por la muerte de Eleonora y su expulsión del lugar ideal a la ciudad, lugar de la perversión por excelencia.

Que el lugar donde crece junto a Eleonora esté aislado por colinas y sea prácticamente inaccesible es algo que la pureza de los acontecimientos, y de la misma Eleonora, reclaman. Así lo muestra el paisaje repleto de flores cuyos colores son la más viva representación de la pulcritud, la inocencia y el amor; a pesar de apuntar cada uno de

los tipos de flor -ranúnculos, margaritas, violetas y asfódelos-, el aroma que destaca por el paraje es la infantil fragancia de la vainilla; a su vez, la breve pero detallada descripción de los árboles «cuyos altos y esbeltos troncos no eran rectos, mas se inclinaban graciosamente hacia la luz»², parece que muestre el carácter de la joven pareja que, a pesar de ser hombres, con todo lo peyorativo que comporta tal término, mantienen su pureza y buscan lo verdadero. El sol tropical, espectador inmovible de sus días, es un símbolo más de la alegría que se respira en el valle. Sin embargo, el elemento principal es el «Río de Silencio» que rodea el lugar. Respecto a este, cabe destacar unas líneas:

No brotaba ningún murmullo de su lecho y se deslizaba tan suavemente que los aljofarados guijarros que nos encantaba contemplar en lo hondo de su seno no se movían, en quieto contentamiento, cada uno en su antigua posición, brillando gloriosamente para siempre³.

Este río parece que sea una representación de lo que poco a poco se iba gestando en los espíritus de los jóvenes. Ellos, al igual que esos guijarros, se mantenían siempre satisfechos en el mismo lugar, conservando su relación como primos. No obstante, al igual que esa agua silenciosa, que a pesar de parecer siempre la misma se mantiene viva, en sutil movimiento, sus sentimientos se deslizan del cariño fraternal a la más candente pasión. No es casualidad que sus verdaderos sentimientos se hagan explícitos viéndose reflejados

en el río, pues encontramos en la simbología tradicional el agua como la representación de las emociones. Es por ello que una vez surge el romance, el río fluye con estruendo y se ve plagado de peces de oro y plata, símbolo de la prosperidad y de la abundancia. A su vez, que el río rodee el valle, hace patente el hecho de que los jóvenes, mediante su unión, viven completamente protegidos del mal exterior.

Junto con el río, el resto de la naturaleza también hace explícita su unión: allí donde la naturaleza era estéril brotan nuevas flores y las virginales margaritas dejan paso a los asfódelos color carmesí, marcando la génesis de una sexualidad imberbe. Una nube parece otorgar el consentimiento divino al posarse sobre el valle como cordial muestra de custodia. Los animales, flamencos y pájaros de plumaje escarlata, de los cuales el lector solo tiene noticia una vez los protagonistas se han sincerado, bien podrían ser la representación de la fertilidad y del camino que ambos van a comenzar a recorrer como pareja de hecho⁴.

Por otro lado, en el relato aparecen dos mujeres cuyo carácter no puede ser más distante. A pesar de la poca información que recibimos de ellas, la actitud que el narrador muestra en su proximidad y los diversos sentimientos que estas mujeres despiertan en nuestro protagonista, son indicios suficientes para poderlas estudiar, aunque sea mínimamente. El hecho de que la apacible belleza de Eleonora nos sea dada a conocer a través de la naturaleza, hace pensar que sea posible proyectar sobre ella la categoría -categoría nacida en el fin de siglo pero cuyo valor es totalmente retroactivo-⁵ de *femme fragile*. De ella se destacan, con suma inocencia, los rasgos más dulces que jamás harían pensar en una naturaleza lasciva, hasta el punto de compararla en un momento dado, con un serafín: sus brillantes ojos, sus suaves mejillas y su delicada voz; su belleza es de una sencillez casi mística. Otro motivo para pensar esto es el efecto que produce sobre el narrador: Eleonora le enamora lentamente, con una especie de candorosa santidad; todo lo contrario a la arrebatadora belleza de Ermengarda que, como buena *femme fatale*, lo somete desde la primera mirada a su exuberante feminidad.

Si uno conoce a Poe solo de oídas, bien podría afirmar que *Eleonora* se trata de una narración alegórica semiautobiográfica del trágico, aunque no por ello menos bello, idilio que Poe mantuvo con su prima Virginia Clemm, cuyo recuerdo quiso



plasmar en la forma de la *femme fragile*. En realidad, la cuestión no está tan clara como parece a primera vista. Es cierto que la publicación del relato -año 1842, aproximadamente- coincidió con los primeros síntomas de tuberculosis de su esposa, sin embargo, esta no moriría hasta cinco años más tarde. Su relación mucho antes del infortunio, poco tenía que ver con el paraíso relatado. Se especula mucho sobre si el matrimonio con Virginia Clemm no era simplemente una cortina de humo que permitía a Poe mantener a cierta distancia a otras mujeres con las que se relacionaba, distancia quizás provocada por una posible inhibición sexual de carácter psíquico. Es una hipótesis que tiene su sentido debido a que después de la muerte de Clemm, las relaciones de Poe recobraron su matiz apasionado. No obstante, tampoco descartamos del todo la hipótesis que sostienen muchos comentaristas, los cuales afirman que este relato es una *sublimación* que permitió al autor purgar su mala conciencia por haber mantenido relaciones a espaldas de Clemm. Y precisamente la razón de recoger y contrastar aquí este argumento es que la enfermedad de Clemm agravó su dependencia alcohólica.

Conjeturas aparte, aunque la brevedad de *Eleonora* parece insinuar lo contrario, en este relato se concentran casi todos los grandes temas de los que beberán los escritores de fin de siglo y que colocan al autor en la no poco confusa corriente romántica: la Naturaleza como expresión simbólica de las emociones o de la belleza humana, la mujer, el recuerdo, la muerte, la nostalgia del paraíso perdido. En él es donde más

puede apreciarse el uso que Poe hacía del relato breve como forma experimental y, especialmente, su proyección de la construcción poética al relato corto.

El haber acusado de confuso al Romanticismo no es casual. Cuesta encontrar teóricos que coincidan con el período histórico que abarca tal categoría, período en el que la multiplicación de discursos y estilos se hace efectiva, por lo que es arduo darle homogeneidad. A su vez, suponiendo que haya existido una escuela romántica, las fracturas cronológicas no facilitan la tarea. Ahora bien, en Norteamérica encontramos una serie de figuras individuales, las cuales, debido al sentimiento de inferioridad que experimentaba el autor americano frente al británico, acaban creando una especie de conciencia de grupo. A pesar de todas estas vicisitudes, suele definirse lo romántico como lo novelesco o fantástico y las novelas son consideradas como una abrumadora colección de sentimientos, efemérides y anécdotas. Al igual que a todo autor romántico, tal caracterización le viene dada con posterioridad y, especialmente en Poe, es un adjetivo que le hace sentir extraño. Sin embargo, este hecho es francamente positivo teniendo en cuenta el pensamiento del autor, el cual apreciaba los sentimientos de extrañeza y de repulsa en su ámbito más inmediato como símbolos distintivos del hombre creador.

En conclusión, pese a lo lacónico que puede resultar formalmente *Eleonora*, en él encontramos una bellísima interacción entre el aspecto formal y su significación; un pletórico universo de significación no solo en cuanto a su

simbología, sino también a las grandes controversias que da lugar respecto a la vida personal del autor. Asimismo, escogemos *Eleonora* como símbolo de la magnificencia de Poe como escritor, como la carismática constatación de Poe como constructor del pensamiento simbolista europeo desde Norteamérica.

Notas

- (1) Edgar Allan Poe, *Cuentos*. Vol.1. Madrid: Alianza, 2010. p. 319.
- (2) Ibid., p. 314.
- (3) Ibid., p. 313-314.
- (4) La bibliografía sobre simbología es extensa. Una buena opción es el *Diccionario de símbolos* de Juan Eduardo Cirlot, editorial Siruela, 1969. En él se compendian tradiciones tan diversas como la mística, la filosófica y la psicoanalítica, entre otras.
- (5) Hans Hinterhauser, *Fin de siglo: fi-*

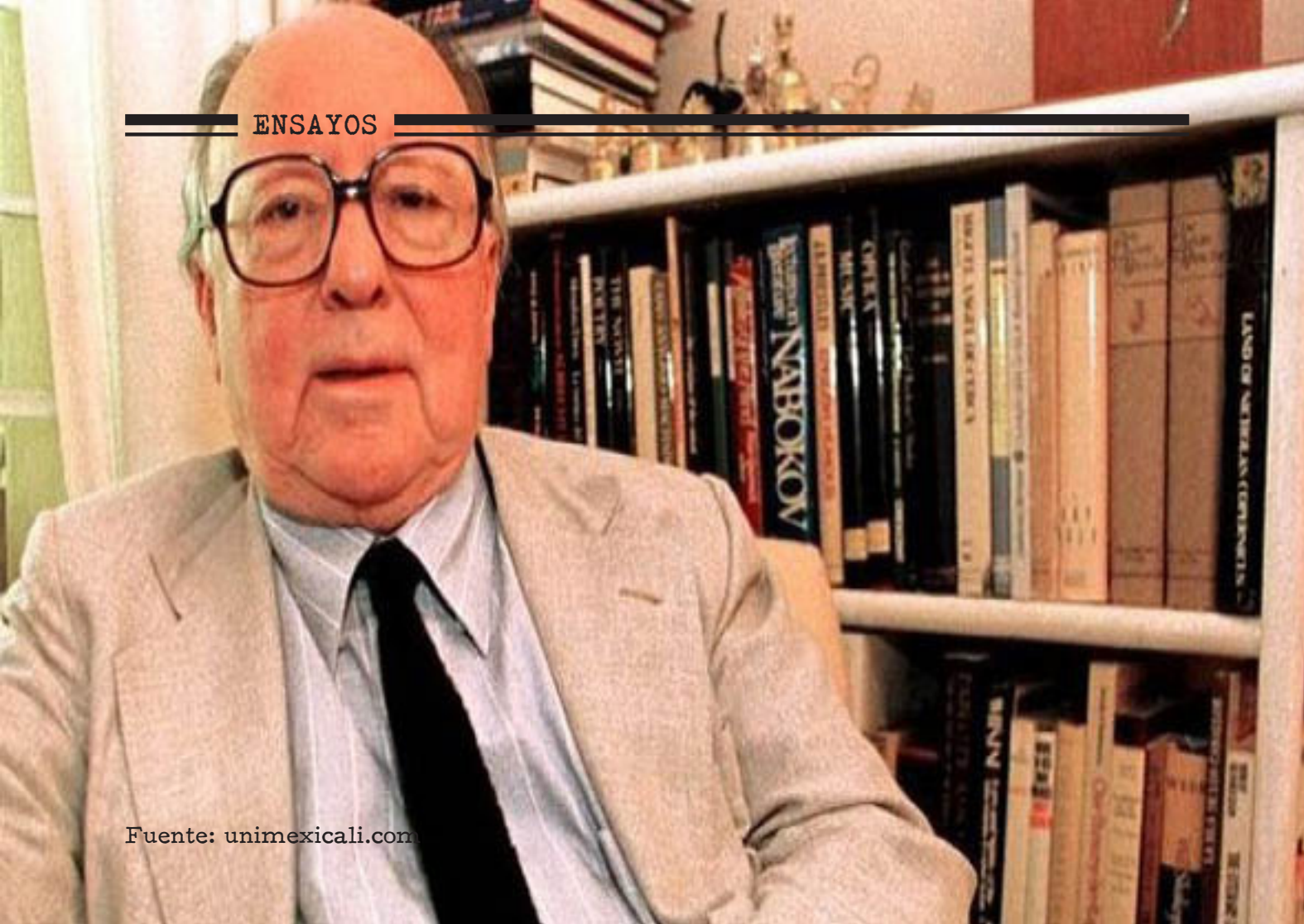
guras y mitos. Madrid: Taurus, 1980.

Bibliografía

- Alewyn, Richard: *Problemas y Figuras*. Barcelona: Alfa, 1982.
- Baudelaire, Charles: *Edgar Allan Poe*. Madrid: Visor, 1989.
- Berlin, Isaiah: *Las raíces del Romanticismo*. Madrid: Taurus, 1999.
- : *La apoteosis de la voluntad Romántica: la rebelión contra el mito de un mundo ideal en El fuste torcido de la humanidad*. Barcelona: Península, 1998.
- D'Angelo, Paolo: *La estética del Romanticismo*. Madrid: Visor, 1997.
- Hinterhauser, Hans: *Fin de siglo: figuras y mitos*. Madrid: Taurus, 1980.
- Poe, Edgar Allan: *Cuentos*. Vol.1. Madrid: Alianza, 2010.
- Valéry, Paul: *Teoría poética y estética*. Madrid: Visor, 1998.

Susana Bellés (Castellón, España, 1991). Graduada en Filosofía por la Universidad de Valencia. En los últimos años, su interés gira entorno a la filosofía y la literatura modernas y de fin de siglo. Actualmente, está especializándose en estética y filosofía de las artes por la Universidad Pompeu Fabra.

• • • • •



Fuente: unimexicali.com

La gestación de *Obras completas (y otros cuentos)* de Augusto Monterroso

por Martín Flores Martínez

*Haz lo que amas. Conoce tu propio
(hueso, róelo,
entiérralo, desentiérralo y vuélvelo a
(roer.
Henry David Thoreau*

La juventud del escritor centroamericano Augusto Monterroso (1921-2003) transcurre en Guatemala durante la dictadura de Ubico Castañeda, dictadu-

ra que acrecienta la pobreza económica de ese país. La vida cultural y académica, por ejemplo, presenta serias limitantes: en la Universidad de San Carlos solo se imparten clases de jurisprudencia, mientras que la obra de Arín Ormazábal constituye la filosofía de vanguardia; así mismo, muy pocos artistas conocen las nuevas tendencias estéticas del siglo XX, es decir, el dadaísmo y el surrealismo.

Estas circunstancias, tan adversas para el trabajo creativo e intelectual, aunadas a la represión y al asesinato por cuestiones políticas, propician el exilio de guatemaltecos como Carlos Mérida, Miguel Ángel Asturias y Luis Cardoza y Aragón, principalmente hacia México y Francia, donde encuentran

condiciones de trabajo más favorables.

Monterroso, en cambio, inicia su trabajo cultural en ese contexto: participa en la fundación de la revista literaria *Acento*, publica algunos cuentos en *El Imparcial* y colabora en la Asociación de Artistas y Escritores Jóvenes de Guatemala (AAYEJG), organismo que en junio de 1944 da a conocer (en compañía de otros grupos sociales) el “Manifiesto de los 311” para exigir la renuncia de Ubico Castañeda. Ahora bien, cuando la petición es rechazada, dichos grupos promueven la revuelta social.

El escritor relata el hecho anterior así: «el pueblo se levantó contra la tiranía, y estudiantes, obreros y toda clase de trabajadores salimos a manifestarnos a las principales calles de la capital»¹. En unos cuantos días, las manifestaciones se incrementaron hasta lograr la paralización del país. El dictador, finalmente, dimitió. Pero la situación política no cambió, pues el nuevo presidente, Federico Ponce Valdez, instauró un gobierno más represivo que el anterior.

No obstante, Monterroso continúa con sus actividades: sigue trabajando en la revista *Acento* y sigue publicando cuentos en *El Imparcial*; además, ahora participa en *El Espectador*, un diario de corte político que se convierte en la conciencia crítica del nuevo régimen. Al poco tiempo, esta postura propicia la detención de los miembros del grupo. Monterroso es uno de los primeros; sin embargo, logra escapar de la cárcel. De inmediato, solicita asilo político al gobierno de México y, como el fallo es favorable, abandona Guatemala para iniciar un largo camino hacia el exilio.

En septiembre de 1944, el escritor arriba a la ciudad de México, ciudad que *in illo tempore* albergaba a intelectuales procedentes de España -como José Gaos y Luis Cernuda-, a escritores de Centro y Sudamérica -como Ernesto Cardenal y Carlos Martínez Rivas- y a migrantes europeos que escapaban de la Segunda Guerra Mundial.

Monterroso colabora en la editorial Séneca, una casa de trabajo creada por el poeta José Bergamín y el padre José María Rocafull; al mismo tiempo, empieza a frecuentar la Facultad de Filosofía y Letras (FFYL) de la Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM), donde se integra a un círculo que influirá de manera decisiva en su formación literaria. La figura tutelar de dicho círculo es Alfonso Reyes, quien inculca en los jóvenes «el amor por la lengua, el gusto por los clásicos, la finura crítica y el saber risueño y cordial»². En el grupo participa además Rubén Bonifaz Nuño y Ernesto Mejía Sánchez.

Durante los años cincuenta, al igual que Antonio Alatorre y Juan José Arreola, Monterroso corrige pruebas para el Fondo de Cultura Económica (FCE), cuyo director es Arnaldo Orfila Reynal. En 1952, publica *El concierto* y *El eclipse* en Los Epígrafes y, al siguiente año, *Uno de cada tres* y *El centenario* en Los Presentes, colección a cargo de Arreola.

En Guatemala, mientras tanto, las políticas represoras del presidente Valdez propician el brote de otro movimiento social: “La Revolución de Octubre”, movimiento que al paso de los días consigue la abdicación del gobierno. Este hecho marca el fin del primer ciclo de Monterroso en México, pues el nuevo

presidente, Arbenz Guzmán, le asigna el consulado de Bolivia.

Sin embargo, el trabajo diplomático de Monterroso solo dura un año, ya que el escritor renuncia cuando Estados Unidos consuma el derrocamiento de Arbenz Guzmán. El fabulista se exilia ahora en Chile, donde publica una sátira cuyo tema es la crítica al imperialismo norteamericano: *Mr. Taylor*.

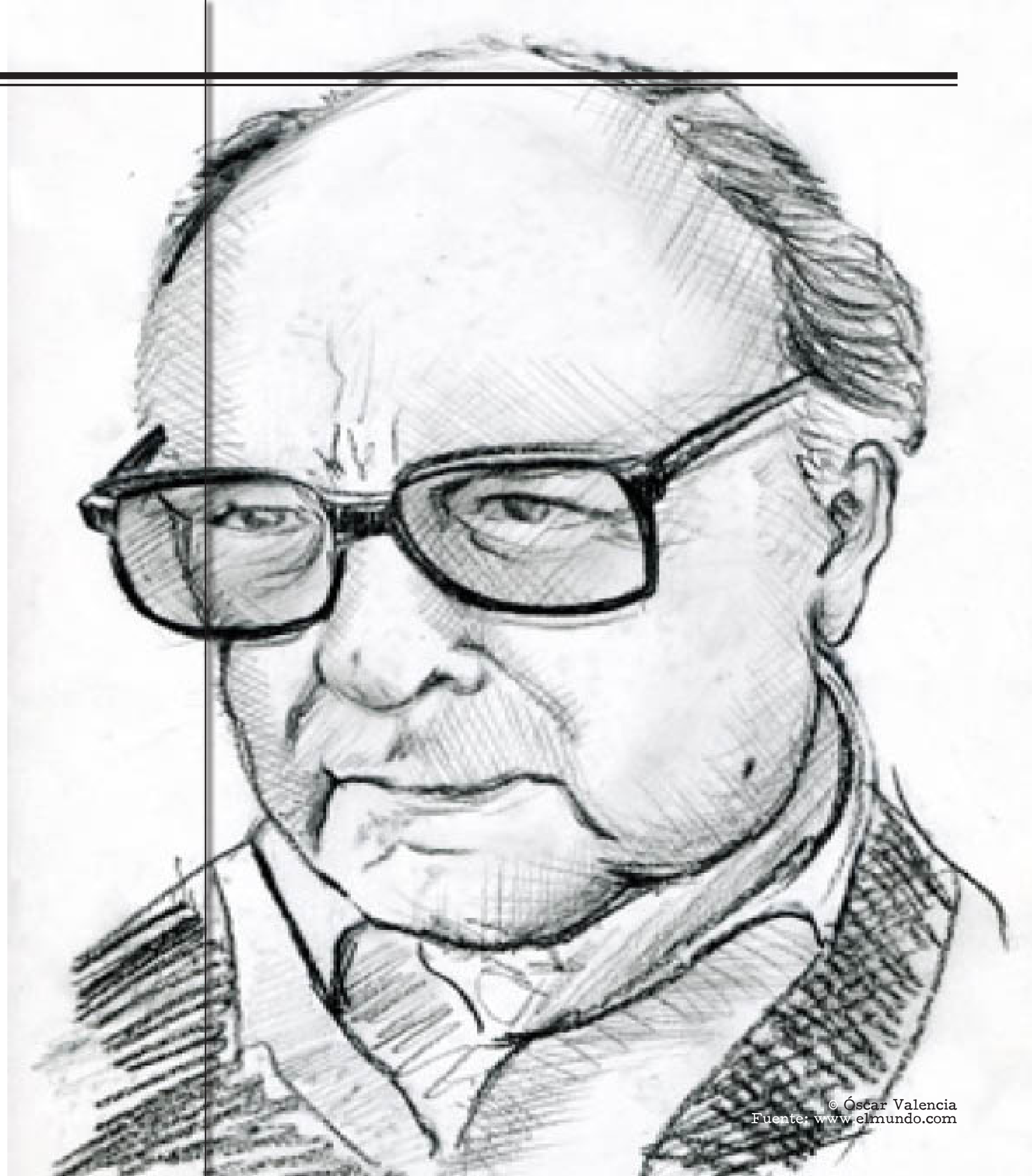
Gracias al apoyo de Pablo Neruda, Monterroso trabaja después en la redacción de *La Gaceta de Chile* y en la Comisión Económica para América Latina (CEPAL). En 1956, el escritor decide retirarse de la política y radicar de manera definitiva en México, donde ejerce de nueva cuenta la corrección de pruebas.

Hasta el momento hemos visto que Monterroso produce sus primeros cuentos en los años cuarenta; no obstante, ninguna de sus obras posteriores recoge ese material, ya que, según el autor, forma parte de un proceso de aprendizaje³. Su carrera literaria iniciará propiamente con la configuración de un *ars poética*. Dicho evento se presenta con el material discursivo dado a conocer a partir de los años cincuenta en medios de comunicación masiva de Guatemala, Chile y, principalmente, México.

A partir de esta década, los trabajos de Monterroso se publicarán primero en revistas y periódicos. *Primera Dama*, por ejemplo, aparece primero en el suplemento *La cultura en México*; después, configurará uno de los ejes temáticos de la primera obra monterrosiana: *Obras completas (y otros cuentos)*.

Así, el proyecto literario de Monterroso inicia con la edición de *Obras completas...*, libro publicado por la Imprenta Universitaria en 1959. Los textos reunidos son trece, algunos tan breves como *El dinosaurio*, compuesto tan solo por siete palabras, mientras que otros son tan extensos como *Leopoldo (sus trabajos)*, integrado por veintidós cuartillas. Según el autor, esta variedad textual se debe a que responden a diferentes épocas y, por lo mismo, presentan formas y estilos distintos: *Vaca* es producto del exilio chileno; *Obras completas*, de la estancia del autor en el Colegio de México; *El eclipse*, del concurso nacional Saker Ti, celebrado en 1952 en la ciudad de Guatemala.

Tal y como señala la crítica, el libro apunta hacia uno de los rasgos centrales de Monterroso: la puesta en crisis de los géneros, en este caso del cuento, pues las reglas de ese género son transgredidas en textos como *El Dinosaurio*; sin embargo, no sucede lo mismo en cuentos como *El Centenario* o *Primera Dama*, ya que estos sí respetan las convenciones genéricas. La



apuesta más arriesgada la observamos entonces en *El Dinosaurio*, texto hartamente citado y parodiado en trabajos literarios, académicos y periodísticos durante la segunda mitad del siglo XX⁴.

Obras completas... también ofrece la restauración del cuento satírico. *Mister Taylor* es el ejemplo más representativo. En este texto, la ironía y la sátira hacen posible la crítica del imperalismo norteamericano a partir de una historia en la que Percy Taylor percibe en la exportación de “cabecitas hispanoamericanas” un negocio sumamente redituable. La ironía resulta hiriente cuando el narrador satiriza la actitud de los países latinoamericanos hacia Estados Unidos. Monterroso ha señalado que le resultó difícil encontrar un equilibrio entre la política y la literatura durante la redacción del cuento⁵.

Con el tiempo, *Mister Taylor* ha cobrado un relieve especial, ya que ha quedado como la única muestra donde Monterroso aborda problemas políticos y sociales de América Latina. En adelante, como señala Wilfrido H. Corral y Francisca Noguerol, este autor se concentrará en *hacer literatura sobre la misma literatura*.

En conclusión, hechos históricos específicos explican por qué Monterroso publica su primer libro al llegar a los cuarenta años, edad en la que miembros de su generación -como Ernesto Cardenal y Juan José Arreola- habían dado a conocer ya parte de su obra. Así, hemos demostrado que el retraso se relaciona con el trabajo político realizado por el guatemalteco durante los años cincuenta, el cual le permite participar en acontecimientos decisivos para su

patria, pero atrasa el inicio de su proyecto literario.

Nuestro trabajo deja ver además que Monterroso inicia la edificación de la parte toral de su proyecto mediante el acercamiento a un género tradicionalmente considerado menor: el cuento. El uso de dicho género le permite sentar las bases para empezar a *hacer literatura sobre la misma literatura*. Esa intención se puede apreciar en textos de *Obras completas...* como *Mister Taylor*, donde se percibe la aguda asimilación de *Modest proposal* de Jonathan Swift⁶.

Notas

(1) Monterroso, Augusto. “Mi primer libro”, en *Literatura y vida*. México: Alfaguara, 2004, p. 24.

(2) Oviedo, José Miguel. “La colección privada de Monterroso”, en *La literatura de Augusto Monterroso*, comp. Marco Antonio Campos. México: UAM, col. Cultura Universitaria, Serie Literatura, núm. 48, 1988, p. 121.

(3) He aquí dos ejemplos: *Una notable entrevista* y *El hombre de la sonrisa radiante*. Para mayor información consultar el artículo de Rolando Castellanos: “Augusto Monterroso en Revista de Guatemala: 1945-1954”. *Revista de la Universidad de San Carlos*. Guatemala, 1987, núm. I, pp. 45-48.

(4) Con el paso del tiempo, este cuento ha adquirido una fama notable. Incluso existe una edición crítica publicada por Lauro Zavala. *Vid. El dinosaurio anotado. Edición crítica a “El dinosaurio” de Augusto Monterroso*. México: Alfaguara-UAM, 2002, 136 pp.

(5) Monterroso, Augusto, en *Viaje al*

centro de la fábula. México: Era, 1989, p. 35.

(6) Rama, Ángel, “Un fabulista para nuestro tiempo”, en *Refracción: Augusto Monterroso ante la crítica*, comp. Wilfrido Corral. México: Era-UNAM, 1995, p. 25.

Bibliografía

Corral, Wilfrido. *Lector, sociedad y género en Monterroso*. Jalapa. Universidad Veracruzana: Centro de In-

vestigaciones Lingüístico-Literarias, 1985, 361 pp.

Noguerol, Francisca. *La trampa en la sonrisa: sátira en la narrativa de Augusto Monterroso*. España: Universidad de Sevilla, 1995, 252 pp.

Rufinelli, Jorge. *Monterroso*. Jalapa: Centro de investigaciones lingüístico literarias de la Universidad Veracruzana, 1976, 95 pp.

Martín Flores Martínez (Ciudad de México, 1972). Escritor y profesor de literatura mexicana. Maestro en Estudios Latinoamericanos por la Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM). Colabora para distintas revistas. Prepara la publicación de su primer libro de cuentos.

• • • • •

Flores de verano: recursos para contar la experiencia de la bomba atómica

por Nuria Ruiz Morillas

Flores de verano es un relato de Tamiki Hara (1905-1951) que, en primera persona, describe los momentos de confusión, miedo, destrucción y horror vividos en Hiroshima durante la caída de la bomba atómica el día 6 de agosto de 1945. La historia sucede en un breve espacio de tiempo, principalmente en un solo día, y se cuenta de forma ordenada. El autor pretende presentar los hechos tal y como se produjeron ante él, sucesivamente, de manera fiel y con el mínimo de interpretaciones (De Bary, 1980: 155). Para ello, empieza contextualizando la escena y explica el motivo que lo llevó a encontrarse en el lugar de los hechos. Indica que «el 15 de agosto sería el *hatsu-bon*, el primer Día de Difuntos» y describe las flores que deposita sobre la tumba de su mujer, muerta por tuberculosis hacía poco menos de un año. Destaca el brillo de su color amarillo bajo el sol y se refiere a ellas como «flores de verano», una metáfora de la bomba atómica que acabará encabezando el relato¹ y cuya vida y belleza contrasta con la muerte y destrucción que está por venir.

Dos días más tarde de esta escena, cae la bomba. Él se encuentra en el interior de la casa y no acaba de comprender lo que está sucediendo. La descripción se inicia con una frase muy conocida, justamente por su banalidad e ironía: «Le debo la vida a un retrete» (Treat, 2003: 180).

En ese instante, la sorpresa, la confusión y la desorientación son absolutas. Tienen que transcurrir unos minutos para que Hara se percate de que es un superviviente de la tragedia. A partir de este momento, describe con mucho detalle el entorno más inmediato, los alrededores de la casa y las personas con las que se va cruzando. Desde un principio, ya anuncia que lo que va a contar no resultará agradable: «Lo que vi parecía salido de la peor de las pesadillas». La situación era excepcional y totalmente desconocida para él.

Así, a modo de crónica documental, Hara se dedica a contar todo lo que ve, en primera persona, porque su objetivo es convencer al lector de que aquello que está explicando es real (Treat, 1988: 40). Aunque en todo el relato predominan el ho-

rror, el caos y la desolación, Hara se esfuerza en describir las emociones de los supervivientes, el miedo generalizado y la preocupación creciente por los seres queridos, heridos o desaparecidos. A su vez, reconoce el alivio que siente por encontrarse entre los supervivientes de una tragedia anunciada²:

La amenaza que durante tanto tiempo había pendido sobre nuestras cabezas, y cuya llegada considerábamos inminente, por fin se había materializado. Ya no había nada más que temer. Me sentí liberado: había sobrevivido.

También describe los cadáveres calcinados, mutilados o deformes y, entre las crudas descripciones, intercala imágenes de naturaleza arrasada, gritos agónicos y sirenas que resuenan a lo lejos. Todo ello permite que el lector se haga a la idea, no solo del dolor físico de cada una de las víctimas, sino también de las dimensiones de la catástrofe.

Entre las crudas imágenes que se suceden a lo largo del relato, se intercalan algunos datos, como la fecha y hora de la caída de la bomba y los nombres de algunos lugares afectados. En aquel momento de la guerra, Hiroshima se había convertido en una base naval muy importante, por lo que las referencias al río y a los puentes Sakae y Sumiyoshi son frecuentes. Además, existían grandes centros de reclutamiento y de instrucción, como el Patio de Armas del Este y el Patio de Armas del Oeste, ambos también citados en el relato.

Hacia el final, y a modo de conclusión, Hara se detiene en el puente Sumiyoshi, observa la ciudad en ruinas y describe la escena como un «nuevo infier-

no planificado con precisión y destreza», donde «todo lo humano había sido exterminado». De esta forma, amplía su reflexión local a una escala global y apunta a unos hechos que indudablemente formarán parte de la historia más oscura de la humanidad.

En ese estado anímico, y dado que la realidad supera lo que Hara puede asimilar, decide recurrir a la poesía para plasmar, “en letras mayúsculas”, sus impresiones³:

FRAGMENTOS DESTROZADOS
(TITILANTES
CENIZAS GRISES, CASI NÍVEAS,
UN VASTO PANORAMA,
EL EXTRAÑO COMPÁS DE CA-
(DÁVERES HUMANOS ABRASA-
(DOS AL ROJO.
¿ERA REAL TODO AQUELLO?
(¿PODÍA SER REAL?
EL MUNDO DE ANTAÑO, CER-



Fuente: globedia.com

(CENADO EN UN INSTANTE
(PARA DEJAR ESTA HUELLA,
LAS RUEDAS DE LOS TRANVÍAS
(DESCARRILADOS,
LOS VIENTRES DE LOS CABA-
(LLOS, TUMEFACIOS,
EL HEDOR DE LOS CABLES
(ELÉCTRICOS, QUE HUMEAN
(SISEANTES.

Flores de verano es el primer relato de una trilogía de relatos sobre la caída de la bomba atómica que Tamiki Hara

escribió entre 1947 y 1949. El segundo se tituló *De las ruinas* y el tercero, *Preludio a la aniquilación*. Sin embargo, para facilitar al lector la comprensión de algunos detalles, en la mayoría de las ediciones, se suele alterar este orden y se opta presentar los relatos en el orden cronológico de los hechos. Así, la trilogía se abre con el relato *Preludio a la aniquilación*, seguido de *Flores de verano* y finaliza con *De las ruinas*.

Notas

(1) Inicialmente este relato se titulaba *Bomba atómica*.

(2) Hiroshima siempre había sido uno de los objetivos del ejército norteamericano y, aunque la población lo sabía, nadie podía imaginar que la reservaban para comprobar los efectos de un arma nueva.

(3) Tamiki Hara era poeta y escritor profesional de historias cortas antes de la muerte de su esposa y del episodio de la bomba atómica.

Bibliografía

De Bary, Brett (1980). "After the Apocalypse: Hara Tamiki's Writings on

the Bombing of Hiroshima". *The Journal of the Association of Teachers of Japanese*. Vol. 15, núm. 2, pp. 150-169.

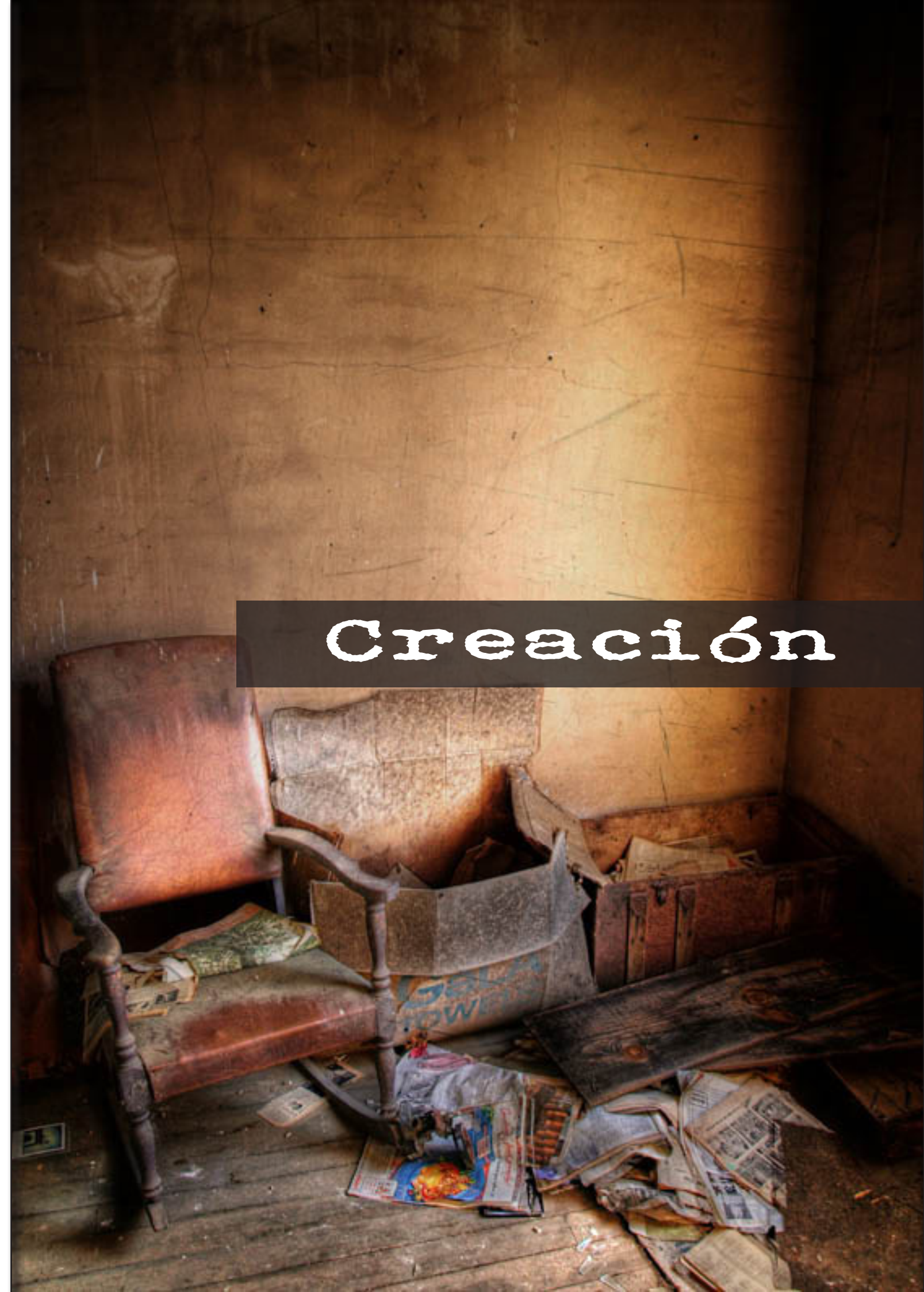
Hara, Tamiki. *Flores de verano*. Trad. Yoko Ogihara, Fernando Cordobés. Madrid: Editorial Impedimenta (2011), pp. 71-93.

Treat, John Whittier (1988). "Atomic Bomb Literature and the Documentary Fallacy". *Journal of Japanese Studies*. Vol. 14, núm. 1, pp. 27-57.

Treat, John Whittier (2003). "Atomic Fiction and Poetry". A *The Columbia Companion to Modern East Asian Literature*. Editor: Joshua Mostow, New York: Columbia University Press, pp. 179-183.

Nuria Ruiz Morillas (Reus, España, 1966). Doctora en Química y Licenciada en Ciencias Químicas y en Comunicación Audiovisual. Profesora titular de la Universidad Rovira y Virgili (Tarragona) con más de 25 años de experiencia en docencia, investigación y gestión universitaria. Actualmente está finalizando el Máster Universitario "Estudios de China y Japón: mundo contemporáneo". Sus intereses en los ámbitos de la ciencia, la divulgación, la comunicación y la literatura, confluyen en el continente asiático. Desde hace años escribe microrrelatos y haikus, algunos de los cuales han sido distinguidos en varios certámenes nacionales e internacionales.

• • • • •



Creación



© VenXXa
Fuente: Flickr

La muchacha de la sonrisa triste

por Ana Vega Burgos

La primera vez que pasamos por la estación, era yo un niño. Recuerdo que me impresionó su belleza triste, melancólica, el azul desvaído de una glicinia que, enredándose por la techumbre verde, dejaba caer una alfombra de pétalos sobre el acerado. En las ventanas se veían tiestos con lirios amarillos y rositas minúsculas, de pitiminí, resaltando sobre los blanquísimos visillos. En un banco, con la gorra cubriéndole los ojos, un soldado dormitaba al paso del tren. Me quedé mirándolo, curioso, y, casi en el último momento, vi que se

despertaba con una sacudida y miraba al tren que pasaba, me miraba a mí, con una expresión en sus ojos que me pareció desesperanzada.

El tren era un ferrobús gris, con aquel olor característico que a mi madre le daba siempre náuseas y, a la vez, hambre. A mí me gustaba tirar de los respaldos de los asientos, ahora miraban para adelante, ahora para atrás, qué divertido. Nadie me reñía porque los escasos viajeros que escogían aquella hora tan temprana iban dormitando o leyendo el periódico. Solo mi madre no hacía nada: me miraba fijamente, mas yo sabía que no me veía. Sabía que sus pensamientos estaban muy lejos, en aquella cocina de la casa del pueblo, en aquella mujer triste y sumisa que era la

abuela. Como un fantasma, entre nosotros parecía erguirse su figura menuda, vestida de oscuro; su rostro pálido, macilento, los ojos que parecían mirar por debajo de los tuyos, como si no osara levantarlos... y cuando lo hacía, veías en ellos una extraña súplica, no de ayuda, sino de silencio. Una barrera. Un “no puedes ayudarme, no lo intentes, haz como si nada ocurriera, sonríe y habla del tiempo...”

Yo era un niño, pero los niños comprenden muchas cosas que a los adultos les parecen galimatías. Y viendo a mi abuela, humilde y encogida, y a mi abuelo, con los tendones del cuello marcándose a través de la piel, con los dientes asomando fieramente detrás de su sonrisa de animal de presa siempre dispuesto a saltar, yo aceptaba plenamente el hecho de que mi madre nunca hubiera querido casarse, nunca hubiera sido capaz de confiar en un hombre, ni como pareja para ella ni como padre para mí. ¿Casarse? ¿Entregarse? ¿Con el ejemplo que tenía en casa? Yo era su hijo y conmigo le bastaba para su necesidad de dar amor. También recibía de mi parte el cariño suficiente: supo confiar en mí con total sencillez, y yo nunca fui un hijo conflictivo.

Volvimos al pueblo muchas veces. Los ferrobuses dejaron paso al tren tranvía, aquellos tranvías de color azul que ya no olían a gasoil y ya no daban náuseas ni hambre a mamá. Recuerdo -recordaré siempre- el “tin-tin-tín” que resonaba por toda la estación, precediendo a la bien modulada voz de la mujer que anunciaba:

-Tren tranvía con destino a G..., situado en vía primera, andén de cerca-

nías, tiene prevista su salida para las ocho horas diez minutos...

Yo me sabía de memoria las palabras, la cadencia, como una de esas canciones que se te meten en la cabeza y te hacen pasarte el día cantando algo en lo que ni siquiera quieres pensar. Íbamos a visitar a los abuelos. Era una obligación que hacía que mamá estuviera varios días diferente, sin parecer la mamá con la que yo disfrutaba de mi tiempo libre, la mamá a la que amaba y que me daba tanto amor. Yo pensaba que bien podríamos dejar de ir, pues nadie parecía alegrarse mucho al vernos; también los abuelos nos recibían como quien cumple con su obligación.

Extrañamente, a la ida siempre se me pasaba por alto el paso por aquella estación de las flores en las ventanas. Sin embargo, a la vuelta me quedaba, cada vez, prendado de ella. El tren paraba muy poquito, acaso medio minuto, y nunca bajaba nadie allí. El soldado dormitaba a veces, otras se sentaba, muy erguido, con el alma en los ojos, pendiente del tren en el que pasábamos de largo. Siempre me miraba, siempre lo miraba yo a él, suponiendo que tendría que coger el tren siguiente al nuestro, y preguntándome por qué, si era así, madrugaba tanto para luego tener que aguardar.

Pero llegó un día que fue el último. El último que pasamos, juntos mamá y yo, por “mi” estación.

La tarde anterior había sido distinta. Era verano y hacía calor, ese calor amarillo, pegajoso, con zumbido de moscas, de los pueblos del interior a la hora de la siesta. Yo estaba solo en el cuarto que me daban siempre, tumbado

en la cama, sudando, mirando vacuamente el cabecero de níquel salpicado de manchitas de herrumbre, cada vez más manchitas, como un indicador de su decrepitud. Podía oír, en el cuarto de al lado, el “raaaaaaas” del abanico de mamá, abriéndose y cerrándose nerviosamente. Los abuelos no gastaban en ventiladores “ni lujos de esos” para los dormitorios. Si querías refrescarte, una ducha fría y larga te dejaba helado para rato, y un cartón o un abanico acababan de alegrarte la tarde. En el salón había un ventilador con tres aspas amarillentas, pero por la siesta se acomodaba allí el abuelo, con la radio puesta, roncando y despatarrado en el sofá, y solo él podía disfrutar de aquel relativo frescor. La abuela se sentaba a la sombra del naranjo enorme que tenían en el patio, a coser o a hacer crochet, y aseguraba que el frescor de las hojas verdes actuaba sobre ella mejor que cualquier aparato de aire acondicionado “de estos modernos”.

Pero aquella tarde cesaron de pronto el “raaaaaaas” del abanico, y el sonido amortiguado de la radio, y el mutismo de la abuela. Aquella tarde escuché voces roncas, escuché murmullos apagados, y golpes, y palmadas, y un gorgoteo que, aunque intentaran ahogarlo, era llanto y dolor.

También escuché portazos, y la voz de mamá, susurrando, y el silencio que le contestaba. Temblando en el cuarto, sudando pero sintiéndome estremecido por los escalofríos, aguardé horas y horas, mientras el sol jugaba al escondite entre las hojas de los árboles del huerto, aguardé hasta que vi salir al abuelo que se dirigía, como cada tarde, a su parti-

da de dominó en el bar de la carretera.

Lejos el abuelo, todo cambiaba. Bajé saltando por las escaleras, entré en la cocina con los ojos casi desenchajados por la prisa y la curiosidad, y me encontré a mi abuela sentada en su mecedora, como en el invierno, junto a la chimenea apagada. Y a mi madre preparando la cena, de espaldas, haciendo más ruido del necesario con las cucharas, la sartén, todo cuanto tocaba.

-¿Qué ha pasado? -pregunté, acostumbrado a que se me contestara con claridad.

-Me he caído -respondió la abuela, muy deprisa, con una voz que no parecía suya.

-¿Cómo te has apañado? -inquirí.

-Tropecé.

-¿Te has hecho mucho daño? -yo avancé hacia ella, que se tapaba la cara como si le molestara el inexistente fuego de la chimenea, y ella se cubrió más aún.

-Mama, no acostumbro a mentirle a mi hijo -intervino entonces mamá. La abuela no dijo nada, mamá tampoco, y yo me quedé mirándola, expectante.

Desde la ventana de la cocina podíamos ver la vía del ferrocarril. Un mercancías pasaba en aquel momento, saludando con un pitido largo. Automáticamente, empecé a contar, como hacía siempre, los vagones que parecían perseguirle. Cuando llegué a treinta, me salió la sonrisa del que ha ganado una infructuosa apuesta consigo mismo.

Mi sonrisa se congeló cuando escuché a mamá:

-Mama -no le decía “mamá”, sino “máma”, con el acento prosódico cargando sobre la segunda sílaba-, ven-

te con nosotros. Tengo sitio de sobra, al niño le vendría muy bien tener a su abuela cerca, nos haríamos compañía siempre, yo te cuidaré. ¿No crees que ya estás mereciéndote un descanso?

-Ya descansaré cuando me muera -contestó la abuela.

-Mama, vente, por favor. Yo... yo no voy a volver aquí ya más. No quiero volver a verlo. Ya os dije que, si volvía a ocurrir delante de mí, me iría, y esta vez será para siempre.

La abuela, bruscamente, se retiró la mano de la cara y miró a mamá, irguiéndose en la mecedora, como quien se reviste de un orgullo que la engrandece.

-Mi puesto está aquí -dijo, como sentenciosa-. El lugar de la mujer está al lado de su marido.

Pensé en lo incoherente que era aquel orgullo que la hacía hasta más alta, cuando mamá respondió:

-¿Al lado de un marido que le pega? ¿Hasta cuándo, mama? ¿Hasta que la mate?

Entonces alcancé a ver, en la frente arrugada de la abuela, un chichón colorado y brillante. Pero esta vez no pregunté. No quería oír su mentira, y tampoco hubiera querido oír la verdad. ¿Para qué? Ya la adivinaba: el animal de presa había saltado, golpeado, herido... y después, libre con su desahogo, se había ido a jugar al dominó.

Rutina.

Estúpida, increíblemente absurda rutina que se aceptaba con absoluta resignación.

Sin contestar a la pregunta de mi madre, la abuela se levantó y se dirigió al frigorífico.

-¿Quieres un vaso de leche? -me ofreció, como si nada estuviera pasando.

-No, mama: no quiere nada -dijo mamá-. Ni yo tampoco. Si no te vienes, nosotros nos vamos ahora mismo. Cogemos el tren de la noche.

La abuela se quedó parada, con la bolsa de leche en la mano y el chichón de la frente resaltando como una deformidad grotesca, gigante. Miraba a mamá y no sé cómo ella pudo aguantar sin echarse en sus brazos y llorar, pero lo hizo. Se miraron con algo que ahora comprendo que fue el alma, desgarrada escapando por los ojos, y después la abuela volvió a colocar la bolsa de leche en la jarra y mamá echó en un plato lo que estaba cocinando y lo puso sobre la mesa. Un delicioso olor a cebolla y ajos fritos acarició, incitante, mi olfato, aguijoneando mi apetito, pero aquella noche ni mamá ni yo cenaríamos nada. Fue una noche de ayuno y adioses sin palabras.

La estación del pueblo era pequeña, con un gran reloj, ventanas con cuarterones pintados de verde -como todas las estaciones- y puertas cerradas. Mamá sabía que ningún tren pasaría hasta la mañana, y por eso, a pesar del calor del verano, cogió una manta antes de salir para siempre de la casa de sus padres. Envuelto en aquella manta pude dormir, entre sobresaltos, aquella extraña noche que marcó mi vida para siempre.

Debí dormirme sobre la medianoche, estirado en el banco, con la cabeza apoyada en el regazo de mamá. De vez en cuando pasaban algunos trenes que me despertaban. Recuerdo especialmente el expreso, marrón oscuro, dorado,



© Regine Sahmuel
Fuente: Flickr

que a mí me parecía, siempre, un tren de lujo, un tren en el que deseaba subir para viajar a lo desconocido. Años después, leyendo a Campoamor, me impactó un poema suyo, en tres cantos, que comenzaba: “Volvía de París en tren expreso...”.

Aquellas descripciones, que en cierto modo pueden hacerte sentir despavorido, me traerán siempre a la mente el recuerdo de aquel amanecer, cuando pasó el primer tren y mamá me arras-

tró, medio dormido, hasta dentro de él. Me senté, me acurruqué en la manta e intenté cerrar los ojos, pero aquella neblina en la que se envolvían las imágenes al amanecer, me atraía, me espabilaba. Ya no conseguí dormir más, a pesar de que mamá, por fin, había cerrado sus ojos y parecía descansar, aunque un rictus amargo contraía su boca.

*¡Las rocas, que parecen esqueletos!...
¡Las nubes con entrañas abrasadas!...
¡Luces tristes! ¡Tinieblas alumbr-*

das!...

*¡El horror que
hace grandes los ob-
jetos!...*

Apuntaba apenas una línea de sol tras las colinas cuando llegamos a la estación. El tren frenó, con un chirriar que parecía un lamento, y yo pegué la nariz a la ventanilla, escrutando con la fascinación que me era habitual en aquel lugar. No era la hora habitual, no obstante... allí estaba mi soldado, el de siempre, y pude ver cómo de pronto se ponía en pie, de un salto, y avanzaba hacia el tren. ¿Iría a subir? Pero antes de que pudiera ver lo que hacía, un nuevo personaje dis-

trajo mi atención: del tren en el que yo viajaba estaba bajando una joven, y mirarla a ella me pareció mucho más interesante que seguir mirando al soldado. No pude ver su rostro, pero observé a placer la hermosa melena ondulada que le caía sobre la espalda. Tenía su cabello el color del oro viejo, no, aún era más cobrizo... exactamente, el tono de las hojas rojizo-doradas de los árboles en otoño. Estuve seguro de que era tan suave al tacto como la seda, y deseé

intensamente poder extender la mano y acariciarlo.

La muchacha avanzó unos pasos por el andén y yo esperé, ansioso, a que volviera la cabeza para mirar al tren que partía, pero no fue así, y de pronto me encontré con los ojos llenos de lágrimas contemplando cómo el sol se convertía en una bola anaranjada que trepaba por encima de las copas de los árboles. Ya no había estación, ni soldado, ni muchacha de cabellos de otoño.

Y pasó el tiempo. Pasó tanto tiempo que yo me hice un hombre y empecé a viajar solo. Durante un tiempo viajé en autobús y hasta en mi propio coche, pero lo mío no era la carretera: lo mío era el tren, el traqueteo adormecedor, las vías que llevan hecho su camino, siempre igual pero siempre diferente, las estaciones verdes, el gran reloj, los terraplenes al borde de las vías, los cruces con otros trenes, ese momento en el que entras de pronto en el mundo de otros viajeros, en el que parece confundir destinos, solo un instante, pero un instante que a veces puede parecer eterno. Una vez me pareció ver -tuvo que ser mi imaginación, pero sé que no, que lo vi- al soldado de mi infancia. Era él, con el rostro más moreno, más arrugado, y la misma mirada desesperanzada. Y supe que él también me había reconocido, y sus ojos brillaron de pronto, como enviándome un mensaje urgente que yo no supe descifrar.

Todos los fines de semana volvía a mi ciudad, a visitar a mi madre. El domingo por la tarde regresaba a cien kilómetros más al sur, donde trabajaba. No era el mismo camino que recorriera de pequeño para ir al pueblo de los abue-

los. Sin embargo, alguna vez me sucedió levantar los ojos del libro que solía ir leyendo y encontrarme, de pronto, con que el tren estaba pasando por una estación que me resultaba muy, muy conocida. ¿Alguna vez? Bueno: muchas veces. Quizá siempre. Suena a locura, ya lo sé, y sin embargo no lo es, como no lo es tampoco que, cada vez que pasaba por allí, veía sentada en un banco, con su maleta al lado, a una muchacha con el cabello muy largo, rojizo, que miraba al tren con ansia.

La primera vez, nuestros ojos se cruzaron solo un segundo. Yo me estremecí. Pensé que no podía ser, imposible; supe que, sin embargo, era. Parecía un juego, o un sueño, una ilusión que me hacía esperar el domingo como un niño espera a los Reyes Magos. ¡Era tan distinto del resto de mi prosaica vida y mi aburrido trabajo! Y cada domingo, nuestros ojos se enlazaban mientras el tren recorría, despacio, la estación en toda su longitud, sin detenerse nunca pero avanzando apenas. Y ella me sonreía, y refulgían sus ojos azules como lirios y su sonrisa era bella, muy bella, pero cada día más triste.

Y entonces, tuve que volver al pueblo para el entierro de mi abuelo.

Llegué al atardecer. Lo estaban velando en el salón de la casa, el ataúd colocado sobre las oscuras sillas de severo respaldo que nunca se usaban "para no desgastar la tapicería". Vestido con su mejor traje, el abuelo yacía con los ojos cerrados y las mejillas amarillentas. Parecía hinchado, abotargado. Le miré sin sentir nada, ni dolor, ni nostalgia, ni siquiera pena. Me pareció mucho más pequeño de lo que recordaba, mucho

menos impresionante.

Un pobre hombre.

Un mal hombre.

Tenía curiosidad por ver cómo reaccionaba la abuela. ¿Lloraría? No podía sentir verdadera pena, ¿o sí? ¿Y mamá, que no había vuelto al pueblo desde aquella lejanísima noche en la que partimos sin mirar atrás? Ni siquiera durante el mes largo que el abuelo estuvo ingresado en el hospital, mamá había dicho una palabra sobre visitarlo.

Allí estaban, las dos. La abuela, a ratos, se llevaba el pañuelo a los ojos, pero no lloraba, no hacía dramas. Explicaba -veinte veces- que se había tomado un tranquilizante para "aguantar". Mamá iba de aquí para allá, se metía en la cocina, de pronto la veías con un cubo y una fregona en la mano yendo para algún cuarto, o con un trapo, frotando la barandilla de la escalera... como si trabajando no se diera cuenta del paso de las horas. Tampoco lloraba, aunque se la veía muy aturdida.

-No sabía que estuviera tan enfermo -comenté yo en algún momento, y era cierto, nada me había comentado mamá porque nunca hablaba de él conmigo.

-Ay, hijo, desde que se cayó por la escalera aquella noche... -respondió enseguida una vecina.

-Y como iba... así... -añadió otra, en voz baja pero muy clara.

Todos -yo también- asentimos, comprensivos. Iba borracho, por supuesto.

-Y se rompió una cadera y la otra pierna... pobrecillo, qué final. Encamado en el hospital, y no le podían operar por una infección que le sacaron, y luego ya no quería comer, le sondaron,

se arrancaba la sonda... igualito que un niño chico.

-Los hombres se vuelven niños cuando les llega esa hora -aseveró alguien.

Mientras las vecinas analizaban con fruición la enfermedad y muerte del abuelo, yo observaba a mi abuela. Tenía una expresión... rara, huidiza. Miraba a mamá. Mamá estaba en mitad de la escalera, con el trapo del polvo en una mano y la otra mano cubriéndole la boca. Y miraba a la abuela. Entonces la abuela, como sin darse cuenta, se llevó una mano a la frente, me pareció que justo al sitio donde, años atrás, había tenido aquel chichón que había sido lo último que viéramos de ella en tanto tiempo.

El abuelo, borracho, se había caído por las escaleras...

Y, si sobrio era capaz de golpear e irse luego tan tranquilo a jugar al dominó, ¿de qué no sería capaz borracho?

Estaba deseando salir de allí, alejarme -para siempre, me dije- de aquella atmósfera opresiva del pueblo, de la casa con los postigos entornados, de las voces que hablaban en susurros... -¿para no despertar a los muertos?-, de aquella mujer, mi abuela, que me parecía una desconocida. Pretexté una llamada de negocios para salir disparado desde el cementerio. ¡A la estación! Mamá se quedaría unos días con la abuela, después no sabían aún lo que esta haría, si irse con su hija a la ciudad, si quedarse allí sola con sus recuerdos...

En la estación me sentía como en casa. Todo estaba igual, tan bien cuidado, tan limpio, con la vieja acacia aún más frondosa ofreciendo su húmeda sombra para aquellas siestas abrasado-

ras de agosto. Me sentí, de nuevo, niño: me apetecía dar puntapiés a las piedras, comer un helado, asomarme al borde del andén para contemplar las vías, las mismas viejas y queridas vías de siempre, las que perdurarían allí cuando yo ya no fuera más que un cerúleo señor inofensivo vestido de domingo y guardado en una caja para siempre jamás...

A la ida, había dormitado un rato, pero a la vuelta iba completamente despierto y alerta. Mi mente daba vueltas a las muchas ideas que me iban asaltando, a cual más turbadora, y mientras pasaban ante mí campos y campos, no me daba cuenta del tiempo que transcurría, me encontraba en esa especie de limbo del que hablara Bécquer.

El tren iba frenando su marcha. Los árboles que dejábamos atrás me iban siendo muy familiares. No me sorprendí cuando vi las glicinas florecidas colgando, moradas, de la techumbre, y las macetas en las ventanas, con sus lirios amarillos y sus rositas de pitiminí.

No me sorprendí cuando vi a mi muchacha, la de los ojos melancólicos y la sonrisa triste, sentada en el banco, con un pie apoyado descuidadamente sobre la maleta. El corazón me dio un salto en el pecho cuando vi el zapatito de tacón alto y el fino tobillo. Nuestros ojos, nuevamente, se cruzaron, y su sonrisa se acentuó, más personal, anhelante, aunque siempre tan, tan triste...

Esta vez, envalentonado quizá por la cercanía de la muerte, me levanté como impulsado por un resorte y me dirigí al viajero que se sentaba delante de mí:

-Perdón, por favor, ¿podría decirme cómo se llamaba esta estación? No conseguí ver el nombre.

El hombre me miró frunciendo el ceño.

-¿Estación? ¿Qué estación? Hace cerca de una hora que no hemos pasado por ninguna.

-Pero... esta estación, hace un minuto, la de las glicinias...

-Joven, debe haberse adormilado usted. No hay ninguna estación aquí, nunca la ha habido. Y en cuanto a las glicinias... ¿glicinias, en noviembre?

Debía saberlo yo, debía haberlo comprendido, si veía la misma estación hiciera el recorrido que hiciera, si siempre había lirios y rosas en las ventanas y racimos morados colgando del techo, y siempre estaba mi muchacha sonriendo para mí...

No sé si fue la muerte de mi abuelo, o la sospecha que crecía como una burbuja en mi boca cuando recordaba a mi abuela, o la certeza de que aquella estación no era más que un fantasma que viajaba a lo largo del camino de hierro... solo sé que un miedo irracional (o muy racional) se instauró dentro de mí, y a partir de aquel día no fui capaz de volver a subirme a un tren.

Autobuses, coches... no me gustaban, pero me acostumbré. Se acostumbra uno a todo, también a no pensar. Incluso tuve un par de amoríos normales, insulsos, que cayeron por su propio peso. No me extrañaba, y tampoco añoraba el amor de pareja, algo que no había visto nunca a mi alrededor. No era feliz, tampoco era desgraciado.

Un día, en el cine, la vi de nuevo. Ya: no puede ser. Pero allí estaban, en mitad de la película: la estación, las flores, la chica... la chica de los cabellos color hoja de otoño. Me miraba desde

la pantalla, me sonreía, solo a mí.

¿Me buscaba?

Por la misma época, empezaron los sueños. Nunca eran muy claros, apenas un recuerdo rápido, igual que esos paisajes que se ven desde la ventanilla del tren por un segundo, que surgen de la niebla y a ella vuelven. Soñaba con la estación, con la muchacha, con el tren que me acercaba a ella, con las inmutables vías y el traqueteo arrullador. Un

día soñé que bajaba del tren en aquella estación. Después ya siempre seguí soñándolo: bajaba, me acercaba a mi muchacha... y entonces, despertaba.

Busqué en Internet el significado de los sueños. Soñar con trenes podía tener muchos significados, nada me aclaraba. Soñar que bajabas de un tren significaba que estabas alcanzando tu meta. Era un buen augurio.

Sin embargo, yo no era capaz ni de acercarme a una estación de ferroca-

rril.

Poco a poco, mi caminar por las calles se fue volviendo errático. No me daba cuenta, pero iba con la cabeza un poco levantada, estirando el cuello, como buscando a alguien por encima del mar de gente que avanzaba ante mí. Y si por casualidad distinguía a lo lejos una cabellera rojiza, entonces, ¡ay!, entonces podía seguirla adondequiera que fuese... solo para, al alcanzarla, sentir cómo me hundía en la decepción más

profunda, porque nunca, nunca, bajo la cabellera se encontraban aquellos ojos lánguidos de lirio ni la triste sonrisa de mi amada.

Los compañeros del trabajo comenzaban a mirarme con desconfianza. A veces me comentaban:

-Ayer te vi... por la calle S..., o por la plaza M... Ibas tan abstraído que no te diste cuenta de que te estaba llamando. ¿Adónde ibas?

-¿Yo...? No creo... no recuerdo haber



© Claudio Turri
Fuente: Flickr

estado por allí.

Las primeras veces lo negaba con más ímpetu, pero poco a poco fui perdiendo seguridad. Sí, era cierto, me quedaba un vago recuerdo de haber pasado por tal o cual calle, siempre en pos de una cabellera color otoño que siempre, al alcanzarla, me hacía sentir ganas de llorar.

La veía en la calle, la veía en las películas, su reflejo venía a mí desde el agua de los estanques, me buscaba en mis sueños, me llamaba. Me estaba llamando porque yo había dejado de acudir a aquellas tácticas citas desde el tren.

Tenía que volver. Lo sabía. Tenía que regresar al tren, tenía que pasar por aquella estación ¿fantasma? que me había salido al paso desde que era un niño. Para volver a ver a mi muchacha.

Pero eso ya no me bastaba. Quería estar con ella. Ella me esperaba. Tenía que bajar del tren.

El tren nunca paraba en la estación... ah, sí, paró una vez: cuando ella bajó, mucho tiempo atrás. No sabía el nombre de la estación pero no importaba: tiraría de la anilla de emergencias.

Y así lo hice. Me temblaban las manos al volver a subir al tren, había desarrollado una especie de fobia, pero no importaba nada. Tardábamos en llegar a mi estación: ¿y si no pasábamos por ella esta vez? Qué tontería, siempre habíamos pasado, siempre. Siempre. Desde cualquier punto de España, yo cogía un tren y este pasaba por la estación de las glicinias. O ella pasaba ante al tren, tal vez.

¡Ah, aquí estaba! Reconocía los árboles del camino. De un salto, me coloqué junto a la anilla. La estación. La

muchacha, en el banco, con las piernas cruzadas, balanceando su fino tobillo aristocrático. ¡Qué hermosa era! Tiré de la anilla. El tren se detuvo con un grave chirrido.

Abrí la portezuela, salté al andén y corrí.

Del tren bajaron algunos hombres. Gritaban, preguntaban, se movían de un lado a otro. ¡Es un delito detener un tren en marcha sin un motivo muy justificado! Pero yo me escondí entre las ruedas de unos carros que había allí parados, a la salida, y esperé. Al cabo de unos minutos, el tren comenzó a andar y se fue alejando.

Entonces, con una sacudida, “desperté”. Di unos pasos. ¿Carros? ¿Desde cuándo no hay carros en las estaciones? ¿Desde cuándo no hay carros, de hecho, casi en ninguna parte?

Caminé cautelosamente. La estación estaba en ruinas; el banco, con la pintura descascarillada, casi desaparecía entre margaritas silvestres y cardos. Las glicinias seguían colgando del techo de la estación, pero habían perdido su color morado y eran blancas, descoloridas, con apenas un toque de lila que resultaba fúnebre.

No había nadie, nadie, en aquella estación abandonada que no se resignaba al olvido.

Me sentía pillado en una trampa extraña, una trampa de la que no había manera de salir. Durante horas, tal vez minutos, corrí de un lado para otro entre maleza alta, basura y polvo. ¿Qué hacía allí? ¿Qué podía hacer?

¡Un tren! ¡Se acercaba un tren! ¿Cómo detenerlo? No poniéndome delante... evidentemente, no. Como un

loco, en el andén, salté, agité los brazos, grité suplicando que se parara, que me recogiera, y el tren me respondió, saludando con un largo pitido sin retorno.

En el último vagón, con el cabello suelto, hermoso, del color de las hojas en otoño, iba ella. Con un dedo, dibujaba

corazones sobre el vaho que empañaba el cristal de la ventanilla.

Me miró, a mí, como tantas veces. Pero esta vez, su sonrisa ya no era triste.

Era una sonrisa victoriosa.

Ana Vega Burgos (Villafranca de Córdoba, España). Actualmente llevo la Biblioteca Municipal de mi pueblo, pero antes he trabajado un poco en todo: limpiadora, camarera, vendedora ambulante, técnico en educación infantil y hasta escritora de novelas de evasión en los años 80, cuando a los que publicábamos novelas en colecciones semanales nos llamaban “escribidores” (yo fui la más joven, empecé a publicar a los diecisiete...). Premio de Novela Corta Fuente Agria en 2008 y varios premios de Narrativa Breve como el Berta Piñán, el Sebastián Cuevas, el Raphael, el de Igualdad de San Fernando, etc., algunos de ellos recogidos en el libro *Esperando a Anáis*, publicado en 2014 por Litopress. Hace un par de meses publiqué en Amazon una novela juvenil sobre la violencia de género a los quince: *No vuelvas a llamarme princesa*.

• • • • •

Mi psicóloga me estafa

por José Luis Carranza

Estoy empezando a sospechar que mi psicóloga me estafa.

Hace ya casi dos años que estoy yendo a verla religiosamente todas las semanas y he visto muy pocos progresos. Porque lógicamente que teniendo sesiones semanales durante tanto tiempo, algunos progresos he tenido pero, si me pongo a hacer las cuentas, creo que he tenido más retrocesos que progresos. O a lo mejor es un empate, no sé.

Porque para mí que los psicólogos te hacen lo mismo que en los talleres mecánicos: les llevas el auto porque la luz trasera no funciona y los tipos te lo arreglan y te cobran barato, pero a los tres días tenés que volver a llevárselos porque sentís un ruidito atrás, como de chapa suelta, que no sabés a que atribuírselo. Ese otro arreglo ya es un poquito más caro porque “a ese repuesto únicamente lo fabrican en Francia, y con el tema de las importaciones...”, te explican, pero ahí no termina la historia. Cada vez que lo sacás del taller el auto manifiesta un nuevo síntoma, hasta que llega un día en que el tallerista te explica que se le ha quemado la junta de la tapa, que la única que queda es rectificar el motor, y que para eso hay que desarmar todo. “Por los repuestos no te preocupés porque son baratos”, te aclara. Y es cierto, la junta sale dos mangos, pero de mano de obra te cobran un huevo y medio, y encima te dejan sin auto por una semana. Al final uno se pone a sumar los gastos y llega a la conclusión que hubiera salido ganando plata si cuando le dejaron de funcionar las luces traseras se hubiese comprado un auto nuevo.

En el caso de los psicólogos no sé si es exactamente igual, pero algo de eso hacen. Porque cuando yo fui por primera vez a una consulta con mi psicóloga, tenía algunos problemitas y estaba bastante estresado, pero no era nada tan grave. Imaginaba que con unas cuantas sesiones ya iba a estar bien, y no fue así.

Y eso que a la mina me la habían recomendado. Porque sobre que yo era reticente a ir a hacer terapia, la vez que estaba decidido no iba a ir a ponerme en manos de cualquiera.

El Loco Martínez me la recomendó. Un día andaba medio al pedo por el centro y me lo encontré al Loco, que hacía como un

siglo que no lo veía. Nos fuimos a tomar un café y ahí charlando le conté lo que me andaba pasando, y entonces me sugirió que fuera a verla a esta doctora. Yo al principio medio que no le di bola, pero después me terminó convenciendo. Me dijo que era una mina muy profesional, muy seria, que no cobraba muy caro, que él hacía más de diez años que se hacía tratar con ella porque la mina era excelente, y no sé cuántas otras cosas más. El tema es que me convenció. Porque yo al Loco le tengo mucha confianza. Será todo lo loco que ustedes quieran, pero el tipo es serio, y no te va a estar engrupiendo en un asunto tan delicado.

Al día siguiente saqué turno, y a los cinco días ya estaba teniendo mi primera sesión.

Las primeras semanas las cosas funcionaron bastante bien. Me sentaba frente a la doctora, le contaba mis problemas y después, al salir del consultorio, me sentía muy aliviado. Como si me hubiese sacado un peso de encima. Y eso que la mina solo se limitaba a escucharme, casi ni hablaba. Es más, creo que recién le conocí la voz en la tercera sesión, que fue cuando me dijo que mi principal problema era el no saber escuchar a los demás, que era demasiado verborrágico y que eso en definitiva provocaba que yo me aislara del resto de las personas, porque con tanto hablar no permitía una verdadera comunicación. Me pareció una pelotudez y se lo dije, pero ella insistió, y a modo de ejemplo me contó que a eso mismo estaba intentando decírmelo desde la primera sesión, pero que yo con tanto hablar no le había dado oportunidad de

hacerlo.

Los siguientes dos meses estuvimos trabajando sobre ese tema. Utilizaba técnicas muy extrañas y a veces a mí me daba la impresión que estuviera improvisando. Por ejemplo me ataba a una silla, me amordazaba y luego se sentaba frente a mí y me contaba historias de su vida personal. A la media hora me desataba, y yo debía repetir con mis propias palabras todo lo que ella me había contado. Otras veces me metía así, atado y amordazado, adentro del placar de su consultorio, y me dejaba ahí encerrado cerca de una hora mientras ella atendía a otro paciente. La idea era que al sacarme del placar yo intentara reproducir, con la mayor fidelidad posible, la charla que ellos sostuvieran. Para evitar que hiciera ruidos, me tenía amenazado con que si me descubrían, tendría que pagar el doble por esa sesión. El tema es que el placar era demasiado chico, muy húmedo y prácticamente no tenía ventilación. Me asustaba muchísimo estando ahí encerrado. Sentía que me faltaba el aire. Incluso la última vez que me encerró, tuvo que terminar llamando a uno de esos servicios de emergencia porque, al abrir el placar, me encontró desmayado.

Los siguientes dos meses estuvimos trabajando justamente sobre eso: mi claustrofobia. Y cuando ya creía haber superado ese problema e imaginaba que iba a darme el alta, me salió con que mi estrés se debía a que era demasiado autoexigente, demasiado perfeccionista y obsesivo con mi trabajo. Otros dos meses más, y así sucesivamente. Cada vez que solucionaba algún problema, ella

encontraba uno nuevo.

Pero no son solo esas cuestiones las que me hacen sospechar que me está estafando. Ahora yo me pongo a recapitular y la verdad es que desde siempre ha habido cosas muy sospechosas. Por ejemplo, cuando ya llevábamos como ocho meses de terapia, un día de repente se le dio por empezar a medicarme. “Pero vos sos psicóloga, ¿podés recetar?”, le pregunté, porque en el consultorio lo único que estaba colgado en la pared era su diploma de psicóloga. “También soy psiquiatra”, me respondió, sacando de un bolsillo de su guardapolvo blanco un carnet y volviendo a guardarlo tan rápidamente que prácticamente no alcancé a leer nada. Por otra parte era la primera vez que la veía con delantal, pero desde entonces empezó a usarlo en todas las sesiones.

Lo primero que me recetó fue un ansiolítico para que durmiera mejor. Mientras me estaba haciendo la receta, le protesté diciéndole que en realidad yo dormía muy bien por las noches, pero ella sin dejar de escribir, me dijo “Bueno, en ese caso, vamos a agregar esta otra pastilla que es un estimulante muy

usado por los estudiantes para mantenerse varios días despiertos. Hay que lograr un equilibrio químico. El tema de las drogas es muy delicado”.

Por suerte a los remedios no los pagaba tan caros, porque ella me había recomendado una farmacia que era de un primo suyo, creo, en donde me hacían algún descuento. De todos modos, sumando lo que gastaba en las sesiones (a esa altura había empezado a ir tres veces por semana) y lo que gastaba en remedios, se me iba mucha plata. Porque no eran solo esas pastillas. Al mes, me aumentó la dosis del estimulante y me agregó un antidepresivo. Según ella, de ese modo estaba cubierto para no tener problemas de bipolaridad. “Es preventivo, esa enfermedad está muy difundida últimamente, y nunca se sabe...”, me explicó.

No sé, por ahí estoy hablando al vicio y la mina realmente sabe lo que está haciendo. Porque a veces uno es muy perseguido, se da manija y termina creyendo que todo el mundo está queriendo cagarlo. Qué sé yo. La próxima sesión le voy a pedir que empecemos a trabajar sobre ese tema.

José Luis Carranza (Córdoba, Argentina, 1966). Soltero, sin hijos. Soy analista de sistemas informáticos. Si bien de más joven algo había escrito, hace un año descubrí mi pasión por la escritura, y ahora lo hago a diario.

• • • • •



© Stefan Krsanin
Fuente: Flickr

Grafiti por imaginación por Mariano Velasco Lizcano

En la vida todo es cosa de aprender. Y se puede aprender a casi todo. Al menos eso te dices tratando de convencerte -si quieres persuadirte de aquello que te interesa, nadie tan elocuente como tú mismo-, que para eso vas de literato por la vida aunque no te comas ni una rosca con eso de la publicación. Pero tú, erre que erre, emborronando sin parar folios usados por su cara posterior, porque talento lo que se dice talento no es que tengas mucho, pero manías y gili-polleces, de esas tienes a hartar, y será por eso por lo que te da por las letras siempre que lees algo excepcional: imi-

tador de calidades imposibles con aires de grandeza creacional. ¡Qué eso es lo que eres! Claro que si unos aprenden a hacer diabluras con los jodidos ordenadores, y otros conducen trenes a galácticas velocidades, y hacen todo eso con la misma facilidad con que se despachan unas cervezas o se ponen a mear, por qué tu no vas a aprender a escribir con genio -te dices a ti mismo-. Porque escribir, lo que se dice escribir, si escribes, bonito sabes hilar, desde luego, pero la genialidad te falta, bien lo sabes, y así no hay modo de trincar en ningún concurso y la falta de pasta te está acosando sin cesar.

Sí, no lo dudes, es la falta de pasta la que te ha llevado a aceptar este empleo de segurata en la contrata del

metropolitano, la amistad con el encargado y tu cinturón negro de karate *shoto-kan* como única tarjeta de presentación. Porque desde luego otros méritos no tenías. Y así ya te ves, armado, con defensa y grilletes al cinto, walqui en la trasera y rizado cordón sobre tu pecho conectado con el pulsador, toda una imagen represiva dispuesta a actuar. A actuar y a repartir si es preciso en aras de salvaguardar el orden de ese mítico recinto que se te acaba de confiar.

Y es que en la vida suelen ocurrir así las cosas. Tu sueñas con convertirte en escritor, lees montones de libros, seleccionas tus autores preferidos, te apuntas a talleres y cursos de creación literaria, emborronas lo que cae en tu mano, participas en concursos y cuando ya crees que lo haces medianamente bien izas!, de la noche a la mañana, así te ves, uniformado de matón y temiendo en todo instante que te llamen para actuar. Y te llamarán, vaya si te llamarán, porque si no para que te habían de contratar. Así que aquí estás, en esta puñetera estación subterránea, con botas militares y en compañía del Buque y el Marrón, dos gorilas llenos de bíceps con los que da miedo hasta hablar: "Quevedo, nos vamos para allá que parece que hay movida" -te comenta el Buque-. Y tú les dices que está bien, que allí les esperas mientras te paras a observar las vitrinas de la librería; mucha prensa del corazón, mucho coleccionable y un expositor con los últimos *best-seller* en formato de bolsillo: *Los pilares de la tierra*; joder, eso sí que es escribir, piensas mientras hojeas por enésima vez sus casi mil páginas sin llegar a comprender de qué pasta

hay que estar hecho para poder hacer una cosa así. O a lo mejor sí que lo llegas a comprender y hasta entiendes lo mucho que hay que estudiar, los años de investigación; y te llenas de tristeza al saber que tú nunca lo lograrás, porque a ti lo que te gusta es escribir, pero eso de estudiar, nada, y sin estudiar, cómo coño vas a escribir algo así.

Aunque en la vida, vuelves a repetirte, todo es cosa de aprender, exactamente igual que aprendiste a noquear a un fulano con solo golpear en el lugar adecuado, que fue cuando descubriste que lo que habías estado haciendo en plan deporte y exhibición verdaderamente también servía como arma letal. Y lo aprendiste del peor modo que lo podías aprender, muerto de miedo y en solitario aquella tarde que te dejaron allí, contemplando las literaturas y llegó a la estación aquel convoy que transportaba humanos como si fueran areques en conserva, y de allí surgieron, con sus rapadas cabezas, sus chupas de cuero, sus «botos» militares y cadenas, y la fulana aquella detrás, gritando histérica que le habían robado el bolso, y allí te encontraste, solo y directamente metido en el marrón, que hasta se te doblaban las piernas con el miedo que tenías: "Venga chicos, hacer el favor de darme ese bolso", y comprendiste que habías cometido el primer error porque según con qué gente no se puede emplear un "por favor", porque eso a ellos les suena como a "Mira esta mariconata temblona que a punto va a cobrar". Y cuando viste aquel bulldozer que se te venía encima largaste con el codo directo a la mandíbula que como un fardo de patatas se desplomó, y ya los demás es

que ni se movieron, que de que te diste cuenta tenías el bolso en la mano y al Buque y al Marrón dándote palmadas en la espalda "¡Muy bueno, joder! ¡Hostias, Quevedo, quien lo iba a decir!". Y tú sin saber de donde había salido aquello; bueno, sí, sabiendo que aquello era fruto del pánico y que si volvieras otra vez echabas a correr y ya no parabas hasta escaparte de allí.

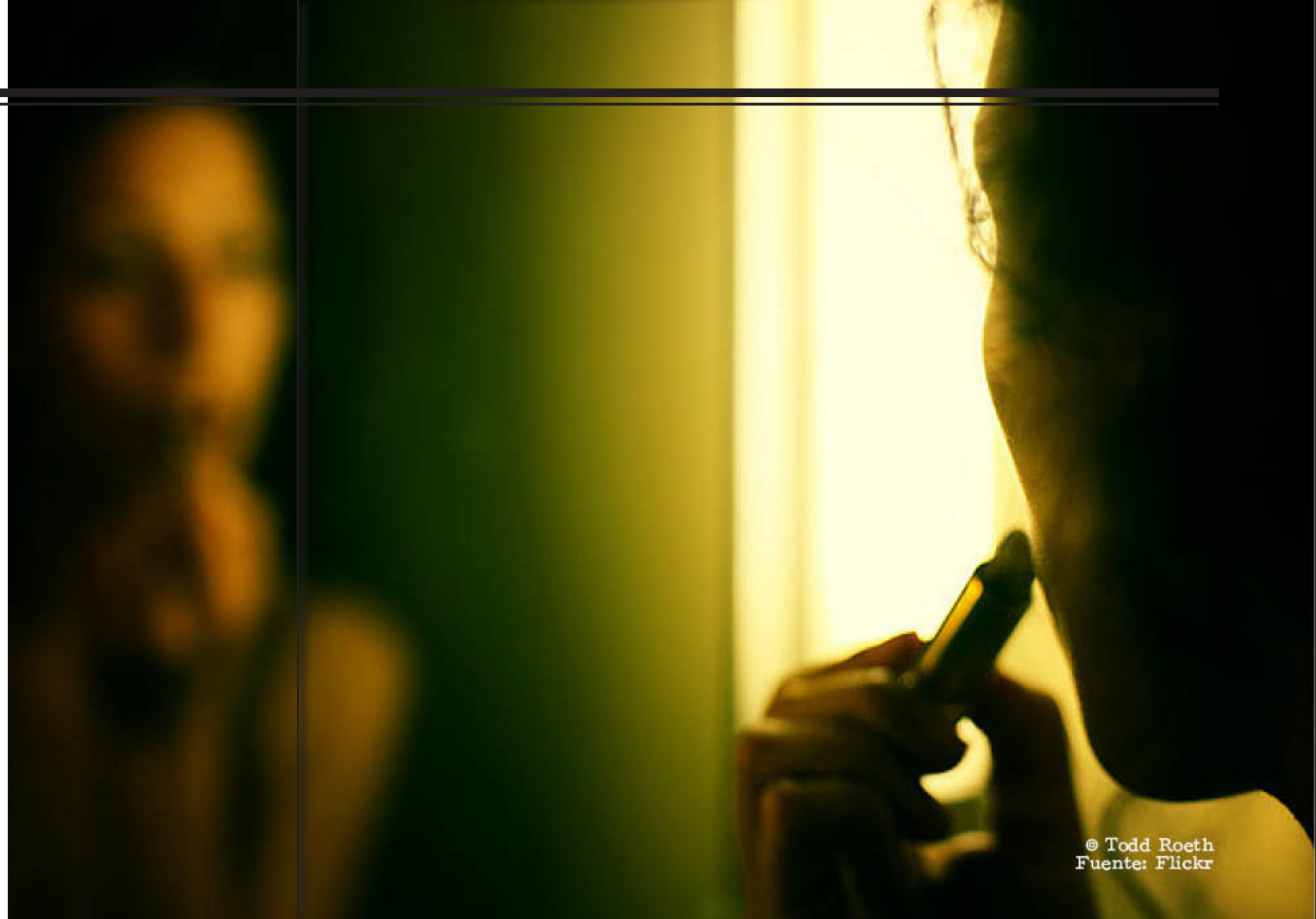
Bueno, y hasta cuando te planteas estar así, pavoneándote por entre túneles y neón, con esa fama de gallo que te has sabido ganar, que ya hasta a gusto te encuentras dentro del uniforme y sonríes cuando ves los remolinos que entre los manteros despierta tu sola presencia, habilidosos del tirón de cuerdas, pelis y casetes al bolsón, y tú entornas los ojos tratando de imaginar tránsitos y epopeyas de pateras y cayucos que pueden ser un buen tema para narrar. Y te ves escribiendo notas en esa libretita que guardas en el bolsillo derecho, junto al corazón, caldo de cultivo de futuras literaturas, porque eso sí, a ti no se te olvida que lo tuyo es escribir, pero escribir donde hay que escribir, dándole gusto al cuerpo y con respeto a la propiedad, y no como esos condenados grafiteros, jodiendo azulejos y trenes a la primera oportunidad, que mira que ya les tenías ganas, sobre todo a ese que se firma Dani, que hasta te ha caricaturizado en pose de escribir, allí en tus propios dominios, en tu misma estación: Dani, Dani, firma grafitera que te obsesiona. ¡Valiente cabrón! ... ¡Ya te pillaré!... Pero ellos te conocen, te evitan, saben buscarte las vueltas...

¡Follón en la entrada! corres para allá; y en esos breves minutos te pintan

todo un tren. Y así el tema te obsesiona; te obsesiona como este nuevo texto que te has propuesto escribir y que no te sale por más vueltas que le das. ¡Puñetera falta de imaginación! Porque eso es lo que a ti te falta, imaginación, que cuando luego te vienen las ideas ya todo es coser y cantar, bueno quiero decir coser y escribir. Y te preguntas que por qué no tendrás imaginación si de crío tus mejores juegos consistían en imaginar, imaginar mil historias de hazañas bélicas, porque lo que más te gustaba era ser héroe militar, imaginarte en escenarios imposibles en momentos imposibles, héroe entre villanos, apuesto entre los galanes, valeroso como el que más; y luego en tu adolescencia te veías apreciado, alabado, líder, y mira que para eso ya había que echarle imaginación. Y ahora, en cambio, que tanta falta te hace, ya no sabes imaginar. Y por eso te cabreas y lo estás pagan-

do con ese pobre infeliz que se ha saltado el torno por no pagar, que lo has mandado derecho al odontólogo a que le practiquen un par de implantes porque los incisivos se los has dejado allí después de que le acariciaras con tu consabida persuasión. Y luego la has visto a ella, sus negros y brillantes ojos fijos en ti, ojos imposibles, ojos acusadores, y se ha acercado para preguntarte que por qué lo haces, y tú quieres decirle que lo haces porque quieres escribir, pero no te

salen las palabras noqueado como estás por su belleza, y te atreves a decirle que no sabes por qué lo has hecho, y las lágrimas te pugnan por salir. Y ahora mírate, aquí estás con ella, regalándote una noche de amor, feliz entre los mortales hasta que el sueño te vence. Y al despertar sientes su vacío, y recorres con tus ojos la habitación buscándola hasta que ves en el espejo ese grafiti escrito con carmín: "Eres adorable" y la sorpresa te atenaza cuando miras



© Todd Roeth
Fuente: Flickr

la firma final “Dani”... Y te dices que no puede ser ¡Maldita sea! que no puede ser verdad: “Dani, Dani”, condenada obsesión...

Es por eso y no por otra cosa iso capullo! que ahora sí te has puesto a escribir ese cuento que tanto ansiabas;

porque al final la inspiración ha llegado por donde menos la esperabas, por un grafiti puñetero, porque tú sabes que a pesar de todo, lo que a ti te pasa, lo que a ti te ocurre es que tienes poca, pero que muy poca imaginación.

Mariano Velasco Lizcano (Alcázar de San Juan, Ciudad Real, España, 1956). Doctor en Ciencias Políticas y Sociología por la Universidad Nacional de Educación a Distancia (UNED). Ha realizado, así mismo, múltiples Cursos Universitarios en el área del Medio Ambiente y la Educación Ambiental. Premio Periodístico Nacional “Salvad Las Tablas” año 2000, ostenta, además, muy diversos galardones obtenidos en más de 70 certámenes literarios modalidad de cuento y narrativa breve. Desarrolló su Tesis doctoral bajo el título de “100 años en el desarrollo de la Cuenca Alta del río Guadiana: 1898-1998”, Tesis que obtuvo el 1º Premio de Investigación a Tesis Doctorales del Consejo Económico y Social de Castilla La Mancha, año 2004. Actualmente desarrolla una intensa actividad como conferenciante e imparte cursos relacionados con esta problemática ecológica y social.

• • • • •



© Olivier Benny
Fuente: Flickr

Orillados por Juncal Baeza Monedero

El otro lado de la calle permanece desierto como si, tras un terremoto, todas las casas hubieran quedado deshabitadas. A fin de cuentas, la carretera se ha convertido en una barrera invisible, una especie de cercado de espino que separa ambos lados de la avenida.

Supongo que yo nací en el lado bueno, el que tiene pequeños parques con columpios rojos y negros en las intersecciones, el lado donde los árboles son frondosos, fuertes y sólidos porque no tienen a un centenar de perros meándose por encima de sus raíces y royendo su corteza, ni un montón de niños delgados

colgándose de sus ramas simplemente porque no tienen nada mejor que hacer, o porque no saben hacer otra cosa.

A veces veo a esos niños desde el lado seguro de la carretera, el mío, desde detrás de mis ventanas, mientras estoy caliente y protegido, y veo sus muslos morenos dentro de pantalones demasiado pequeños, y sus gemelos redondos como si los hubieran esculpido sobre una roca perfecta. Son todos iguales, mayores y pequeños, o al menos así me lo parecen a mí; cualquiera diría que alguien sigue un patrón para cortarles a todos el pelo al cepillo, haciéndoles parecer un puñado de niños formando un regimiento, preparados para la inspección.

En este lado de la avenida se vive

lentamente con la única intención de evitar las oleadas de aburrimiento que plagan las calles. Los ancianos son lo más significativo. Caminan muy despacio, mucho más lento que lo que cabría esperar de un par de abuelos, de esos que van renqueantes dando pasitos cortos y mirando al suelo, tanto que casi se diría que están a punto de detenerse en cualquier momento y quedarse así, petrificados como estatuas con las mejillas arrugadas y las manos llenas de nudos. Nunca se paran del todo, eso es verdad, pero tanto más daría que efectivamente lo hiciesen, porque a veces la gente de este lado, no sé por qué, parece estar pegada a la calle artificialmente. Nada cambiaría si una mano sobrehumana y gigante arrancase la pegatina de sus figuras débiles recortadas contra la acera, y la volviese a adherir en otro contexto cualquiera, siempre a este lado, eso sí, pero daría exactamente lo mismo un salón con el fuego encendido o un café lleno de humo e invadido de ruidos de vasos entrechocándose.

Aquí las mujeres caminan muy erguidas y parecen estar representando una obra teatral a todas horas, solo que faltan los entre actos, porque aquí la vida nunca se detiene; discurre lenta como una serpiente reptando pero nunca se acaba. Siempre hay alguien dispuesto a romper el silencio blanco con un ritmo de tacones alejándose, o alguien más lamentándose porque *aquellos pordioseros se nos acercan cada vez más, animales*.

En este lado de la avenida los edificios se ven más sólidos, regios, como gigantes imbatibles en comparación con las construcciones roñosas del otro lado, que hasta les hacen parecer sim-

ples madrigueras de animales en vez de casas para gente normal.

"Es que no son gente normal". Casi me parece poder seguir oyendo a mi padre, desde su sofá de orejas grandes que tiene la marca del culo del vaso de whisky en el apoyabrazos. Viéndolo así, aquí, arrebuñado entre cojines y con el cuello alzado, nadie diría que se mudó a este barrio con veintidós años cumplidos, cuando se casó con mi madre, que tenía dieciséis, una curva sospechosa por debajo del ombligo y un hambre impropio de ella a todas horas.

Da igual que fuesen a tener un hijo -yo mismo- o no, porque el caso es que abandonaron sus hogares dejando un rastro de malestar tras de sí, y se prometieron a toda prisa, y después se casaron en una iglesia de techos bajos y vergüenzas ocultas entre los ladrillos. No importa que fuese un martes del que ninguno de los dos recuerda la fecha, porque lo que querían era estar casados pronto para que esa curva apenas perceptible dejase de ser una mancha oscura sobre sus nombres.

Ahora los miro y recorro suavemente la espalda rígida de mi madre y sus zapatos de puntas afiladas, o escucho a mi padre reprochando cualquier cosa con su vaso lleno de hielo entre los dedos, y no puedo aceptar fácilmente que en realidad vinieran del otro lado de la avenida. Parece que hubieran pertenecido por siempre a este sitio, que deja circular los días idénticos unos a otros, como huevos duros, donde todo, por mucho que uno quiera fijarse y dejar de sentirlo así, parece una pantomima a punto de ver cerrarse el telón por delante de las personas y las casas y los

buzones de correos.

La otra orilla de la avenida central, sin embargo, es otro mundo donde solo parece haber perros escuálidos con sus lomos imitando a los barrotes estrechos de las jaulas para pájaros, y niños con las piernas esculpidas y brillantes y el pelo cortado idénticamente al cepillo.

A los padres uno nunca puede verlos aunque se esfuerce mucho; yo digo que lo más seguro es que estén todo el día trabajando, aunque mi padre discuta diciendo que ese hatajo de vagos no ha trabajado en su vida y que si se hubiesen deslomado de jóvenes, como él lo hizo, se habrían comprado una casa en nuestro lado de la avenida en lugar de levantarse una especie de tienda de indios marranos al otro lado.

Mi madre directamente no habla de ellos, actúa como si no existiesen, como cuando los niños omiten en sus tardes en el parque el hecho de que algún día sus padres envejecerán y terminarán muriendo, aunque lo sepan. Ella vive como si su universo finalizase con el salto abrupto de la acera y el resto de las cosas, más allá de esa línea, no tuviese ninguna importancia. A veces pienso que nació para habitar una isla desierta y estoy seguro de que jamás se detendría a pensar que podría haber algo al otro lado de las aguas turbulentas.

Pero al menos ella no los insulta. A veces pienso que mi madre es el ser humano más bobo que he conocido. No lo parece, desde luego, nadie que la conozca diría algo así viéndola caminar recta como una candela y firme como un bastión por los paseos, con un libro entre las manos. Solo yo sé que al entrar en casa lo deja caer inmediatamente sobre

el mueble, como si se tratase de un animal muerto, y que jamás lo ha abierto. Es siempre una novela de algún autor ruso de los que todo el mundo ha oído hablar alguna vez, aunque sea de pasada, y que solo la estructura puntiaguda de su nombre, con sus acentos extraños, ya suena a cultura.

Para qué lo desplazas a todas partes si nunca has hecho ademán de leerlo, le pregunté al verlo vencido sobre el aparador. En la mano de mi madre la pregunta se pareció intuir entre sus dedos crispados la lejana formación de un puño.

Supe entonces que también ella era consciente de su naturaleza ignorante y hueca como una muñeca de ojos redondos, pero, naturalmente, detestaba comprobar que un renacuajo como yo ya se hubiese dado cuenta de eso. Es lo mismo, nada hubiese cambiado un ápice aunque nunca le hubiera formulado aquella pregunta, porque yo ya sabía que mi madre era tonta pero no quería admitirlo. No podía.

Dice, por ejemplo, que adora la poesía por encima de cualquier otra expresión del arte, y acude a recitales y transporta libros de poemas arriba y abajo por los paseos, y se aprende de memoria los nombres y los versos más representativos de cada siglo, para luego tratar de soltarlos de forma natural en cualquier conversación, aunque no vengan a cuento.

Al volver del colegio, una tarde de invierno con nieve en los marcos de las ventanas en que sentía golpear en mi interior un estremecimiento malévol, como un muelle rebotando, le dije que mis deberes consistían en escribir



un poema, y que yo pensaba inventarme un *tetraedro* así de grande, y le señalé la longitud cuadriculada de un folio entero, mirándola fijamente dentro de las pupilas.

Eso es... maravilloso, me respondió mirándose el borde de la falda sobre sus rodillas, y cualquier resto de sumisión hacia ella que pudiese haber sentido, se rompió en un millar de trozos microscópicos que se me fueron a instalar en el hígado. Y de ahí no he podido sacarlos nunca. Luego vino lo otro, lo del libro, pero para ese entonces yo ya no conservaba ninguna esperanza de estar equivocado con respecto a mi percepción de sus aptitudes, así que dio verdaderamente igual.

Mi padre es directamente un cretino que no trabaja en un banco pero tiene toda la pinta de alguien que sí lo hace y resulta deprimente verle bajar los párpados cuando detecta una presencia al otro lado de la avenida. En esos momentos parece más blanco y sudoroso que nunca y entonces aprovecho para preguntarle por qué no se habla con mi abuelo y por qué cuando este llama y yo me pongo al teléfono, después de que le diga a mi madre, *pásame al chaval*, y ella me entregue el aparato cabizbaja, él se revuelve en el sillón y finge tener mucha prisa por marcharse a algún lado.

A mi abuelo lo vi un día desde el patio de casa y al principio pensé que era un vagabundo, o un drogadicto o algo así porque la camisa se le salía por fuera de los pantalones y tenía la puntera de los zapatos llena de polvo. Mi padre lo vio unos segundos eternos más tarde, porque se estaba bajando del coche y solo se giró después de escuchar el *bip bip* del cierre automático, y entonces se topó con mi abuelo ahí plantado como una estaca reseca, y se acercó a él con decisión para decirle, y *tú qué se supone que has venido a hacer aquí*, y mi abuelo solo dijo, *quería ver a mi nieto*, y mi padre contestó, pegándome un tirón de la manga del abrigo y metiéndome para dentro, *pues ya le has visto*. Cuando le escuché hablar reconocí la voz oscura que siempre me llegaba a través del auricular, como del interior de una gruta.

Es el único recuerdo que tengo pero fue suficiente para hacerme querer cruzar esa calle y adentrarme en el otro lado más que nada en este mundo y eso hice; vaya que si lo hice, que el día que me decidí bajé mi mochila naranja y negra del altillo de la habitación y la tumbé sobre la cama como a un recién nacido. Supongo que entendí que mi aventura comenzaba al atravesar el marco seguro de la puerta de mi casa, y por eso

me aseguré de meter en la mochila una linterna que pesaba como un puñado de libros, dos bocadillos y unos vendajes que encontré registrando los cajones del baño en busca de cualquier cosa útil.

Antes de salir de casa envolví también un cuchillo en un taco de servilletas: el cuchillo por si acaso, y las servilletas para no pincharme con su agudo filo en un descuido durante el viaje y lo solté todo en el bolsillo lateral de la mochila. Fuera, el aire pesaba como una plancha de hierro, y el calor se reflejaba en el capó de los coches y en sus espejos como si esto fuera un desierto. Crucé la carretera y enterré los pies en la grava del otro lado, y desde allí me giré a ver mi casa, y los huecos de los árboles y las vallas coloreadas de los parques infantiles. No reconocí absolutamente nada, y me dije a mí mismo alguna estupidez como que todo es cuestión de perspectiva. Seguro que lo había leído en alguna parte antes.

Pocos minutos después empecé a ver a todos esos niños que parecían gatos abandonados en las esquinas con el pelo rapado y las piernas moldeadas, y vi que jugaban sin parar como si no tuvieran cosas que estudiar o ganas de irse a merendar algo. Pude observar de cerca la especie de madrigueras donde vivían, o bueno, los mugrientos *tipis*, como decía mi padre, y no me parecieron tan mal en absoluto. Naturalmente que daban la apariencia de ir a derrumbarse como un castillo de naipes con el primer soplo de viento de otoño, pero uno nunca sabe del todo.

Es cierto que aquí la gente vivía mucho más deprisa; encontré a algunos adultos dispersos como mosquitos en

torno a una hoguera, que obviamente no estaban trabajando, claro que lo más seguro, pensé yo, es que estuvieran de vacaciones. Y a algunos ancianos más, eso sí, sentados con las piernas dobladas sobre sillas de mimbre con los extremos astillados. Miraban, veían jugar a los niños y de vez en cuando sacudían el polvo de un periódico y se ponían a leerlo, alguno de delante atrás y otros a la inversa.

De mi abuelo ni rastro en ninguna parte, ni entre las casas ni tampoco a la orilla de una especie de lago de agua estancada que emergía en mitad del barrio, y que no sé de dónde vendría, solo sé que apestaba como un millar de animales en descomposición. Dormí donde pude, y nadie parecía reparar en mi presencia. Me dejaban en paz, como si no fuera un intruso ni estuviese espiándoles. No les extrañaba mi apariencia, la rigidez de mi espalda estirada ni el lento discurrir de mis pasos por su región, y yo me sentí un poco idiota porque supongo que lo que esperaba era causar algún tipo de impacto.

Aguanté tres días de búsqueda, pero como mi abuelo no aparecía, me cansé. Estaba muerto de calor y de desidia y me di cuenta de que allí a todo el mundo le daba igual que hubiese un extraño en su zona. Tampoco mi padre se había aventurado a venir a buscarme, así que sentí que a él tampoco debía importarle mucho dónde estuviese yo. Volví a casa, con la mochila medio deshecha y el cuchillo sin desenvolver.

Antes de entrar en casa de nuevo ya me estaba sacudiendo el polvo y los malos augurios de encima, y solo acertaba a pensar lo que decía mi padre, que esa

gente era un puñado de mendigos sin cerebro, y que a ese mundo alguien como yo nunca podría pertenecer. Intentaba recordar mis tres días entre sus casas y a la mente solo me venía la imagen de una merienda de negros.

Pocos días después mi abuelo volvió a llamar a mi casa, para hablar conmigo y preguntarme si era yo aquel niño que había estado recorriendo su barrio, al

otro lado de la avenida, para buscarlo. Cuando le dijo a mi madre, *pásame al chaval*, y esta agachó la cabeza tendiéndome el aparato con resignada obediencia, no quise contestar. A fin de cuentas, qué iba a decirme un anciano vestido de vagabundo que vivía al otro lado.

Pues eso.

Juncal Baeza Monedero (Madrid, España, 1982). Licenciada en Ciencias Ambientales por la UAM, actualmente estudia 3º Curso del Grado en Psicología en la UNED.

Primer premio en los siguientes certámenes: Villa de San Fulgencio, Certamen Literario de Puntallana, Certamen de relato corto literario de Adaner Murcia, XX Concurso de cuentos de Ereintza (Guipuzcoa), X Certamen Clara Campoamor, IX Certamen Internacional "El Mundo Esférico", XX Concurso de Relatos de Mujeres, II edición del Concurso de Relato Breve Dr. Zarco, Concurso Internacional de Cuentos "Todos somos diferentes", VII Certamen Literario de Relato Corto "Alonso Zamora Vicente", dos años consecutivos en el Certamen de Relatos de Ingeniería Sin Fronteras, etc. Asimismo, varios segundos premios, Accésits, Menciones de Honor y finalista en otros concursos.

• • • • •



© Yaniv Ben Simon
Fuente: Flickr

Inmortalidad

por Ana Patricia Moya

De lunes a sábado. Madrugar. Preparar desayuno. Paciencia para el atasco, rezar para no llegar tarde. Soportar la ira del jefe nada más entrar a la oficina. Teclear datos como un poseso. Un descanso de treinta minutos para vaciar el tupper. Regresar a la pantalla. Salida para tomar unas tapas con los compañeros. El largo regreso a casa, conduciendo con cautela. Llegar al apartamento e ir directo a saquear el

frigorífico. Ducharme. Y dormir. Domingos. Levantarme tarde. Arreglar facturas. Llamar a familiares. Leer un libro mientras escucho la radio. Ver un ratito la televisión. Acostarme temprano. *Mañana se repite el ciclo.* Pero ya no estoy deprimido: hoy comienza una nueva vida. Introduzco el cañón de la pistola dentro de mi boca. Me despido mentalmente de la rutina de esclavo. Cuando apriete el gatillo, se extinguirán el miedo, el aburrimiento, la desazón: asesinar al tiempo con un balazo. *Por la inmortalidad.*

Lo que nos enseñaron los cómics

por Ana Patricia Moya

Un callejón oscuro de barrio conflictivo: dos delincuentes asaltan a una mujer; uno le arrebató el bolso, el otro intenta forzarla. De repente, una sombra aterriza, y su puño le parte la mandíbula al violador y se desploma; la señora se desmaya; el ladrón no reacciona a tiempo, y recibe una patada en el estómago; el agresor, ataviado con gabardina mugrosa, sombrero y máscara

se presenta: “Soy Darkman, y este es mi bautismo de fuego, seré el azote del mal y...”; su voz se quiebra: el otro chorizo le clava una navaja en la espalda; su compañero consigue incorporarse y dispara al desdichado salvador. Sirenas de coches patrulla anuncian la retirada; los últimos pensamientos del moribundo: ¿qué ha podido fallar, si la justicia siempre vence? ¿Qué coño nos enseñan los cómics? Nada: *sólo son ficción para entretener a antisociales freaks con acné.* Escupe sangre. La leyenda temprana expira.

Ana Patricia Moya (Córdoba, España, 1982). Poeta y narradora. Licenciada en Humanidades. Ha trabajado como arqueóloga, joyera, documentalista, bibliotecaria, etc. Actualmente, se busca la vida como puede. Directora del proyecto cultural sin ánimo de lucro Editorial Groenlandia. Autora de “Bocaditos de realidad”, “Material de desecho”, “Píldoras de papel” (poesía) y “Cuentos de la carne” (relatos). Sus poemas aparecen en distintas publicaciones, digitales e impresas, de Europa e Hispanoamérica. Alguna que otra mención ha obtenido por sus despropósitos lírico-narrativos. Ha sido traducida parcialmente a seis idiomas.

• • • • •

Evangelina

por Eduardo Krüger

A los veintiún años Evangelina decidió que era hora de convertirse en una mujer adulta. Se casó con Axel, quedó encinta en la luna de miel y empezó a parir un hijo tras otro hasta llegar al quinto.

Poco después del parto resolvió pasar a la siguiente etapa de su vida y se ató las trompas con una fugaz sensación de cansancio, de que no todo estaba sujeto a su voluntad.

Para cuando el menor entró a la escuela secundaria Evangelina tenía cuarenta y tres años y decidió darse un respiro. Empezó sentándose a solas en la cocina. Esa noche decidió volver a fumar.

La casa estaba en silencio, aunque eran tan solo las diez. Sus hijos dormían en la planta alta y los televisores estaban apagados. Se sirvió una copa de cabernet y encendió el primer cigarrillo exhalando el humo hacia la ventana. El humo flotaba por sobre el camino de entrada al garaje y el lindero de ligustros, esfumándose hacia la claridad que a lo lejos proyectaba el centro de la ciudad.

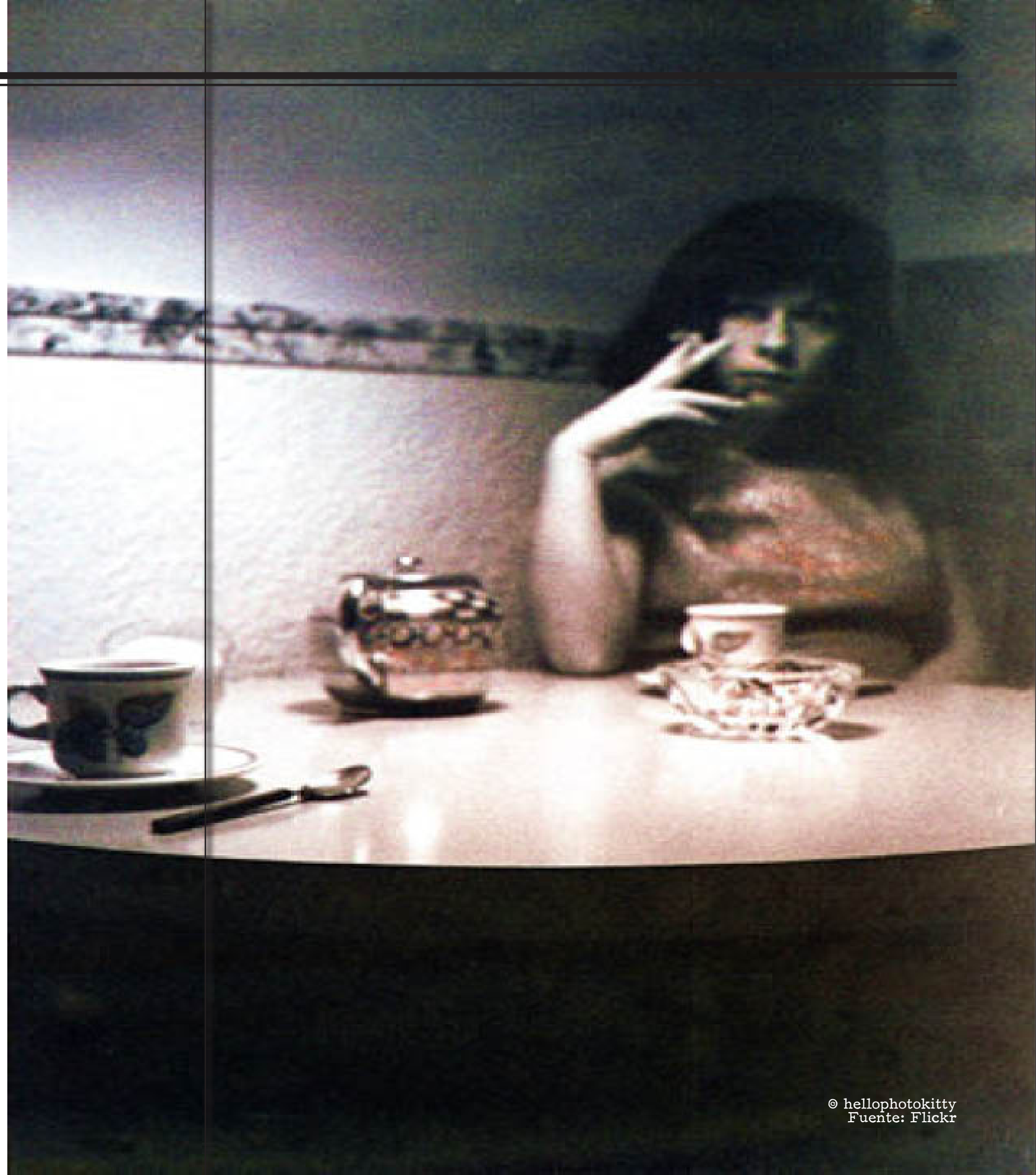
La frontera entre el silencio de la casa y ese espacio abierto que ella desconocía demasiado era la ventana. Se acercó a ella, arrojó la colilla y estuvo un rato absorta en el halo blanquecino que la ciudad irradiaba contra la noche.

Afuera lloviznaba. Se cubrió los hombros con las manos. La ciudad y todo lo que de ella ignoraba estaban cerca, ahí nomás. Pero esa sensación de lo desconocido desaparecería al llegar la mañana. Solo necesitaba dormir hasta que sonara el despertador y pusiera a sus hijos en marcha.

Alcanzaba a ver el pasto creciendo entre las lajas que iban al garaje. Ella misma podría cortarlo mañana o pasado si se lo proponía; Axel, dondequiera que estuviese, volvería tarde con las excusas de siempre: los clientes, los supervisores, los retrasos en los vuelos.

Se sacudió de encima la sospecha de que había una o varias cosas que no estaban bien. No era necesario esperar a su esposo para cortar el césped, vaciar de cacharros el garaje y montar allí el pequeño invernadero que siempre había querido tener.

Tomó un tranquilizante con un sorbo de vino y fumó otro



cigarrillo. Por la calle pasaban, cada vez menos frecuentes, las luces de los autos.

Volvió a sentarse y apoyó la nuca contra la frescura de los azulejos mientras sostenía el vaso sobre sus muslos y fumaba de nuevo. Quizás su hijo mayor podría ayudarla con lo del invernadero, clavando estanterías y barnizándolas. “Este fin de semana -pensó-. O el siguiente, o el otro”.

Cerró los ojos. Las cosas se movían en el tiempo, podían suceder antes o después. Pero ella estaba detenida a medio camino en un extraño túnel que atravesaba sus últimos veintidós años de vida, y no podía imaginarse a qué distancia estaba la claridad final. Ni siquiera cómo sería exponerse a la luz.

Abrió los ojos, mareada. De un gancho en la pared colgaban papeles, cuentas a pagar y correspondencia, tapados por un dibujo que su hijo menor había pintarrajeado muchos años atrás, en algún lugar del túnel. El dibujo abarcaba a los hermanos, papá y mamá. A un lado había una casa con techo colorado, una ventana con flores y un sol amarillo.

Evangelina desprendió todo del gancho, repuso el dibujo en su lugar y dejó el resto de los papeles junto al teléfono del *living*.

Después subió a la planta alta y se duchó largamente con los ojos cerrados bajo la llovizna caliente, reconociéndose el cuerpo con las manos. La claraboya del baño detenía todo lo que pudiera venir de ese espacio exterior ajeno.

Desempañó el espejo sin secarse, preguntándose el porqué de ese viejo ritual de mirarse los ojos como si tras ellos

estuviera todo lo que importaba de una persona. Las gotas resbalaban sobre sus pechos blandos, y las aún redondas aristas de sus axilas los sostenían pese a las areolas y los pezones agachados, y el violeta impalpable de las venas.

Cerró la puerta y se sentó en el bidé untándose lentamente las piernas con crema suavizante. Detuvo sus manos antes de llegar a su vagina, perturbada por una sensación tibia, a la vez íntima y prohibida. Entonces empezó a llorar contra los brazos cruzados sobre los muslos. Supo que no lloraba por conmover a nadie, sino por miedo a algo que en algún lugar dentro o fuera de ella estaba mal.

Su hija mayor golpeó la puerta:

-Mami, llamó papá por teléfono. Dijo que en diez minutos llama de nuevo.

Axel tampoco volvería esa noche. Evangelina se cubrió con un batón y salió. Al atravesar el pasillo vio a su hija sentada en el borde de la cama, mirándola pasar por la puerta entornada.

Bajó y dispuso sobre la mesa ratona del *living* un cenicero, el paquete de cigarrillos y otro vaso de vino. Todo estaba a su alcance, incluso el teléfono y los papeles sacados del gancho de la cocina. Encendió un incienso y su fragancia dulzona empezó a mezclarse con el olor a tabaco. El rumor quedó de la llovizna a través de la ventana y el mareo del alcohol la empujaban hacia la tibia claridad del extremo del túnel.

Sonó el teléfono. Era Axel. Preguntó primero cómo estaban los chicos y la casa. Ella le contestó que bien.

-¿Y vos? -preguntó él en tono paternal.

-Bien. Un poco preocupada.

-No te preocupes por las cuentas. Mañana te dejo un cheque.

-Está bien -dijo ella-. Entonces te espero mañana.

Colgaron. Axel, como siempre, había llegado tarde a donde quiera que tuviese que llegar. Pero al menos había llamado. La hija mayor estaba observándola desde el pie de la escalera.

-¿Qué pasa, mamá?

-Nada. Que tu padre tampoco volverá esta noche.

La hija levantó bruscamente los papeles y separó uno de ellos, sacudiendo-

lo ante la vista de su madre:

-Mamá, esta citación es de hace cuatro meses. Es el pedido de divorcio de papá. Él no volverá hoy ni nunca más.

Para entonces Evangelina tenía cuarenta y tres años, era casi medianoche y volvió a sentir que algunas de las cosas que no marchaban del todo bien afuera, más allá de la casa, estaban por alcanzarla colándose a través de la ventana de la cocina.

Se arrepintió de no habérselo contado a Axel.

Eduardo Krüger (Argentina, 1950). Primer premio libro de relatos “2010-2012”, Municipalidad de Las Flores (Buenos Aires, 2012). Primer premio relato “Tito y yo”, Club Lectores ciudad de La Plata, 2011. Primer premio relato “Julia”, SADE San Isidro (Buenos Aires, 2011). Desde 2011 es creador y coordinador de Taller sobre Creatividad en Literatura.

• • • • •



© Thomas Hawk
Fuente: Flickr

El vigilante del turno de noche

por Daniel Martín Hernández

I

Hace varios años que dejé de tener un bonito despacho, un uniforme azul con galones, y una pistola colgada de mi cinturón.

Todas las noches, mientras hago las

aburridas rondas que ahora son mi dedicación en este cochambroso almacén, me echo en cara lo tonto que fui y cómo eché mi carrera a perder por no haber querido entender al inspector jefe Rodríguez cuando me dijo que dejara las cosas como estaban.

Yo era bueno... ¡Joder si era bueno! Ya en la academia, mi colega Unai Castillo y yo, aventajábamos por mucho al tercero de la promoción, y podríamos haber tenido plaza en cualquier comisaría

de España. Los dos elegimos Madrid. En mi caso, porque esta es la ciudad en la que me he criado, y porque siempre he querido tener cerca a mi familia, y en el caso de Castillo, porque después de haber vivido toda su vida en la isla del Hierro, a sus casi treinta años, quería expandir sus horizontes.

Nuestros primeros años en el cuerpo de policía, podría decirse que fueron gloriosos. Participamos en la desarticulación de varias bandas de narco traficantes, encontramos laboratorios clandestinos de anfetaminas y metimos a bastante gente en chirona.

Castillo y yo estábamos en el grupo del inspector jefe Rodríguez, y teníamos un equipo de muy buenos agentes a nuestro cargo. Todos tipos duros, pero con la cabeza muy bien amueblada. Habíamos recibido felicitaciones institucionales y, al paso que íbamos, en poco tiempo ascenderíamos, y también nosotros seríamos inspectores jefes. Solo era cuestión de seguir haciendo bien nuestro trabajo.

Sin embargo había una mancha en mi conciencia que constantemente me

hacía mirar atrás, y sentir que había algo que debía de concluir, algo que no había resuelto como era debido. Aquello había sucedido hacía años, cuando estuve destinado en la comisaría del barrio de Usera.

II

Al poco de habernos licenciado, durante el año en el que tenemos que ejercer como inspectores en prácticas, me tocó investigar el asesinato de dos chicos jóvenes. Habían aparecido tiroteados en un descampado, al lado de un colector de aguas cerca de un asentamiento chabolista de Madrid.

Aquella mañana lluviosa fue la primera vez que vi el cadáver de una víctima de muerte violenta, la escena estaba en completo silencio, solo se escuchaba el rodar de los neumáticos sobre la autopista que discurría a pocos metros, y el repiqueteo de las gotas de lluvia en nuestras gabardinas. El ambiente parecía cargado de electricidad, era denso, el aire casi se podía masticar.

Intentaba controlar mi cuerpo. Realmente no es que fuera una escena grotesca, ya que a los chicos les habían matado hacía escasas horas, con un disparo en el pecho, y casi parecía que estaban dormidos. Pero sentía un nudo en mi estómago que se iba apretando más y más hasta que finalmente tuve que alejarme de allí para vomitar lejos de las miradas de mis compañeros. He tenido esa sensación siempre que me ha tocado asistir a escenas del crimen. Aunque la gente diga lo contrario, la muerte no es algo a lo que uno pueda acostumbrarse, lo que haces es aprender a controlar

las reacciones de tu cuerpo cuando estás en su presencia. Pero cada vez que la muerte ronda cerca, también lo hace esa incómoda sensación en la boca del estómago.

En aquella época, mi responsable era el inspector Gómez, un hombre mayor, con la jubilación a la vuelta de la esquina, y un problema de sobrepeso, que combinado con su reuma, lo hacían bastante torpe de movimientos y bastante reacio a salir de su despacho. No obstante, Gómez era un buen policía y durante los primeros meses aprendí mucho de él.

Identificamos a uno de los chicos asesinados: era un traficante de poca monta, el otro no tenía documentación, y nadie lo reclamó... No habría pasado nada si tras los primeros interrogatorios hubiéramos cerrado el caso alegando que se trataba de un ajuste de cuentas entre traficantes, pero el inspector nos tuvo tirando del hilo durante casi todo el año. Resultó que uno de los chicos era uno de nuestros confidentes, alguien conocido de vista entre todos los traficantes y toxicómanos de la zona, pero que realmente no había sido nunca demasiado problemático, en cuanto al otro, después de varios meses, seguíamos sin poder identificarlo, nadie lo había visto, y nadie había denunciado ninguna desaparición que coincidiera con sus características.

Muchos días, cuando llegaba a la comisaría a primera hora, me encontraba en su despacho al inspector Gómez. El cenicero lleno de colillas, la camisa mal abrochada, un montón de expedientes sobre sus escritorio y él de pie, enfrente de la pizarra en la que habíamos ido

colocando todas las pistas y evidencias del caso, con un cigarrillo en su mano y mirando fijamente la foto del cadáver desconocido. La verdad es que habíamos llegado a un punto en el que, a mi entender, no nos quedaba más que cerrar el caso como un doble asesinato sin resolver. Todos en el equipo del inspector llevábamos bastantes semanas sin trabajar sobre ello y ya no había más pistas que seguir ni más gente por interrogar, sin embargo, se resistía a cerrarlo.

Creo que ya era durante el último mes de prácticas, el día que el inspector me llamó a su despacho. Durante varias horas estuvo hablándome de lo que significaba ser policía, recordando casos que había tenido que seguir durante los más de cuarenta años que había estado de servicio, y aconsejándome sobre mi futuro. Aproveché para preguntarle por qué seguía trabajando en el caso de los dos chicos, pero no me quiso responder. En su lugar, me dijo que, a lo largo de mi vida, habría varios momentos en los que lo mejor sería mirar hacia otro lado y que si desde hacía un tiempo no nos había pedido colaboración para continuar con el caso, era porque algunas veces las verdades estaban mejor ocultas. Aquello me escandalizó, no creía que aquellas palabras estuvieran saliendo de la boca de mi mentor, tuvimos una discusión muy fuerte y le amenacé con hablar directamente con el juez que instruía el caso. Me advirtió de que eso sería contraproducente para mí y me pidió que pensara bien los pasos que iba a dar.

No hablé con el juez.

Durante el tiempo que todavía estuve destinado en aquella comisaría, prácti-

camente no volví a hablar más con el inspector, de no ser por los saludos de cortesía necesarios. A los pocos días de la discusión el caso se cerró, yo seleccioné mi destino definitivo en otra comisaría y el inspector Gómez se jubiló.

III

Una vez terminamos las prácticas, Castillo y yo seleccionamos nuestro destino definitivo en otro barrio de Madrid, él y yo hacíamos un gran equipo profesional y además éramos muy buenos amigos. El inspector jefe Rodríguez era como un padre para nosotros dos y realmente nos apreciaba.

Ya habían pasado varios años desde mi primer caso pero de vez en cuando, todavía soñaba con aquel chico desconocido cuyo asesinato no supimos resolver.

Un paquete amarillo sobre mi escritorio llamó mi atención nada más entrar a mi despacho una noche después de un día agotador. No tenía remitente ni destinatario. No me dio tiempo a pensar demasiado qué podría significar aquello. El inspector jefe Rodríguez entró sin llamar para preguntarme qué estaba haciendo todavía en la comisaría. Al verme con el paquete me dijo que él lo había puesto allí. La noche anterior habían estado en la cena de la jubilación de un comisario y había coincidido con el inspector Gómez, que se lo había dado para que me lo hiciera llegar. No me lo podía creer, el viejo inspector Gómez...

Solo quedaban un par de compañeros en la comisaría y todo estaba en penumbra. Mi despacho solo estaba alumbrado por la luz del flexo sobre mi

escritorio. El día había sido demasiado largo, pero quería ver de qué se trataba aquello. Dentro del paquete, una pequeña bolsa con tres casquillos de bala y al lado una nota:

«Querido Ángel, en estos casquillos está el primer paso para encontrar la verdad de lo que les pasó a aquellos chicos. La discusión que tuvimos antes de que me jubilase me ha hecho pensar tanto durante estos años... Yo soy demasiado viejo, casi no puedo moverme y me ha dicho mi cardiólogo que me lo tome con calma, porque mi corazón no resistiría un segundo infarto. Solo te pido que tengas cuidado, y que seas muy cauteloso con investigar esto oficialmente: las balas son nuestras.»

En aquellos días tuve presiones que venían desde muy arriba para que cerrara el caso. El inspector jefe Rodríguez es un buen hombre, pero no puedes confiar en nadie más. Te doy esta información para que la trates como tú consideres. Entendería si no quieres seguir. El caso se archivó y yo mismo no tuve el valor para profundizar, pero eres tú quien debe decidir.

Suerte Ángel.

Firmado: Inspector Miguel Gómez»

He de reconocer que tardé varias semanas en tomar una decisión en relación a aquello. En definitiva, mirándolo fríamente, aquellos chicos no eran trigo limpio, y si algún compañero mío los mató pudo haber sido en legítima defensa. Seguramente fue así, alguien con un buen padrino en el Cuerpo, que comete un error matando a dos indeseables y se tapa todo para que no trascienda.

Estuve tan cerca de tirar aquella nota y aquellos casquillos... pero no lo hice.

El inspector jefe Rodríguez se mostró muy reacio a investigar aquello. No paraba de repetirme que eso formaba parte del pasado, que era mejor para todos no meter nuestras narices en casos cerrados y que en situaciones como estas era mejor dejar las cosas como estaban, pero yo puedo ser muy insistente y finalmente él mismo se hizo cargo del caso. Aquello tenía que ser algo muy discreto por lo que solo Castillo y yo supimos directamente qué era lo que estábamos buscando, al resto de compañeros del operativo no se les dijo toda la verdad y para ellos aquello se trataba de un caso de seguimiento a una banda mafiosa.

Los resultados fueron muy malos, no conseguíamos mantener abierta una sola línea de investigación durante más de una semana, y Castillo estaba bastante decepcionado. Ambos llevábamos una carrera meteórica, pero estar estancados con aquello no ayudaba a nuestros propósitos. De hecho, a los pocos meses, parecía que estaba trabajando solo. El resto de compañeros se estaban dedicando a los casos del día a día que nos iban entrando.

Ya iba a tirar la toalla. Aquella noche me había quedado trabajando hasta tarde, pero ya estaba metiendo todas las fichas policiales, las fotografías, los expedientes y todas mis notas en una caja para despejar mi escritorio, convencido de que el caso no daba para más. Era viernes noche, pensaba irme a casa, ver un poco la televisión, tomar unas cervezas y quedarme dormido en el sofá del salón. Mi teléfono móvil rompió aque-

llos planes. Era el inspector Gómez:

-Ángel, sé que todavía estás investigando el caso de los dos chicos -Su respiración era entrecortada y parecía bastante agitado-. No puedo hablarte mucho más. Si quieres saber por dónde continuar, ve esta noche a la nave industrial que están construyendo en el nuevo polígono de Leganés, la grande, la que está a la altura del centro comercial, al otro lado de la autopista. Pero por favor ve con mucho cuidado y no dejes que nadie te vea.

No me dejó responderle, colgó el teléfono y ya no respondió a ninguna de mis llamadas.

Me tenía que haber ido a mi casa... pero soy así de terco, y habían sido muchos años con esos chicos en mi cabeza, necesitaba saber qué había pasado, necesitaba la más mínima pista que me permitiera continuar con aquella cruzada. Guardé mi arma en la parte de atrás del pantalón, cogí mi chaqueta y salí de mi despacho hacia el coche.

Llamé a Castillo, habíamos llevado el caso juntos y ya nos habíamos cubierto las espaldas el uno al otro en más de una ocasión. Me pidió que le esperase en la salida de la autopista, confirmando lo que yo sabía, que no iba a dejarme solo. Dejamos los coches alejados de la nave, en aquel polígono industrial a medio construir y continuamos a pie. Durante el camino, Castillo trató de convencerme varias veces de que nos diéramos la vuelta, según él habíamos estado perdiendo el tiempo con aquello casi un año y en aquel momento estábamos perdiendo una noche de viernes en ir a una nave industrial donde seguramente no habría nada. Él era de la opi-

nión de que el inspector Gómez, desde que se había jubilado, además de haber engordado todavía más y haber perdido el poco pelo que tenía, también estaba perdiendo la cordura, pero aun así me acompañó.

Una vez llegamos a nuestro destino, vimos que había un par de coches aparcados al lado de la valla metálica y que en la garita no había ni rastro de los guardias de seguridad de la obra, así que supusimos que estarían haciendo la ronda y pasamos dentro. La nave estaba a medio construir, en algunas zonas estaba más avanzada, pero en otras zonas, solo estaban los agujeros en el suelo en los que se vierte el hormigón para hacer los cimientos. En la zona más edificada se acertaba a ver un tenue resplandor y

algunas sombras humanas.

La oscuridad evitó que nadie nos viera y pudimos avanzar sigilosamente. El nudo de mi estómago que tantas veces me acompañó en mi carrera como policía empezó a apretarse, y terminó de hacerlo cuando vi lo que estaba pasando allí: un montón de fardos esparcidos en el suelo, dos hombres de rodillas, uno lloraba, el otro estaba completamente en silencio, con la mirada perdida, tras ellos dos compañeros de nuestra comisaría apuntando a su nuca y otros tres metiendo los fardos en una furgoneta. Intenté desenfundar y darles el alto, pero no tuve tiempo. Ellos dispararon al unísono, haciendo que los cuerpos de los ejecutados cayeran como sacos de tierra.



© Digital Extremity
Fuente: Flickr

-Castillo, tenemos que salir de aquí
-susurré sin mirarlo.

No hubo respuesta.

Cuando le busqué con la mirada, él
estaba encañonándose.

-¡Joder, Ángel!... ¡La has jodido, tío!
¡La has jodido! -me gritó furioso-. Tú
no tenías que haber visto esto. No tenía-
mos que haber llegado hasta aquí, esto
tendría que haber terminado hace mu-
cho tiempo. ¿Por qué siempre eres tan
cabezón?

No tuve palabras. Mi estómago se
apretó en un puño. Sentí náuseas, sentí
que mis piernas fallaban, me sentí sin
ninguna salida posible.

-Vas a ser el segundo socio que tengo

que cargarme, pero me jode mucho por-
que tú eras de los buenos, ¡joder!

Un estruendo, un golpe seco en mi pe-
cho, sentir que mis piernas ya no pue-
den sostener mi peso, caer al suelo y
ver como todo se va nublando... Así fue
mi muerte.

Mi cuerpo acabó en uno de esos agu-
jeros sobre los que después se levanta-
ron los cimientos del almacén en el que
desde entonces ando perdido, haciendo
rondas nocturnas, intentando que al-
guien me escuche, que alguien me mire,
que alguien sepa que estoy aquí, que al-
guien por fin descubra la verdad que yo
tuve tan cerca.

Daniel Martín Hernández (Madrid, España, 1978). Escritor de relatos afi-
cionado. Tiene estudios en Ingeniería Agrónoma por la Universidad Politécnica de
Madrid y en Política y Gestión Ambiental Internacional por la Van Hall Larenstein
University of Applied Sciences (Holanda). Ha tenido trabajos de muy diversa ín-
dole, desde mozo de almacén, cartero, camarero o limpiador, durante su época de
estudiante, hasta coordinador de consultoría en el departamento de sostenibilidad
en una empresa multinacional.

El relato "El vigilante del turno de noche" ganó el segundo premio del VII Certamen de relato Corto Valle de Esteribar en 2015.

• • • • •



© Mark Roy
Fuente: Flickr

Madurez adelantada*

por Daniel Sobral Olivera

Días de brétema. Tormenta, mar
bravío, a escuridade que o tinguía todo
da cor da amargura. Calma. Infinita e
impenetrable. Dores que invaden o cor-
po enteiro e dan pe á loita, á entrega, á
mirada decidida, ao derradeiro esforzo.
O esforzo que puxera fin a todos os ma-
les. A tenue liña entre o esquecemento
e a verdadeira felicidade, se que é esta
realmente existía ou só era unha desas
invencións como a igualdade ou o res-
pecto mutuo.

Sentimentos a flor de pel que se per-
den entre bagoas e aqueles sentimen-
tos tan pouco comprensíbeis e á vez tan

Madurez anticipada**

por Daniel Sobral Olivera

Días de niebla. Tormenta, mar bra-
vío, la oscuridad que lo cubría todo del
color de la amargura. Calma. Infinita
e impenetrable. Dolores que invaden el
cuerpo entero y dan pie a la lucha, a la
entrega, a la mirada decidida, al último
esfuerzo. El esfuerzo que pusiese fin a
todos los males. La tenue línea entre el
olvido y la verdadera felicidad, si es que
esta realmente existía o solo era una de
esas invenciones como la igualdad o el
respeto mutuo.

Sentimientos a flor de piel que se
pierden entre lágrimas y aquellos sen-
timientos tan poco comprensibles y a la

habituais de desprezo, odio, maldade. Sangue fría, un corpo vivo que se mostra inerte.

Non eramos quen de convivir con nós mesmos e pretendíamos convivir con outra especie. Eses seres tan diversos, dende os ladridos duns ata os gruñidos doutros, pasando por múltiples modalidades. Máis grandes, máis pequenos, máis ou menos coloridos, terrestres, acuáticos, en definitiva primaba unha enorme diversidade entre eles.

Soños fráxiles que se descompuxeran en mil e un anacos de aspiracións erradas, de días truncados e de tebras. O vento volvía a soprar con forza pero esta vez azoutaba con máis intensidade do que nunca antes o fixera e as esperanzas suspendidas no ar voaban ao ritmo daquel tormento enfurecido que semellaba levaría por diante todo ao seu paso, sen importar quen ou que intercedera no seu camiño.

Xa pasaran sete meses. Antía camiñaba pola beirarrúa cunha compañeira. Mais era como camiñar soa. Dende aquel fatídico día unha barreira interpúxose entre ela e o resto daquel mundo gris e cruel que a rodeaba. Aquel trimestre acadara os peores resultados da súa traxectoria académica. O recordo do que un día fora o seu compañeiro fiel acompañábana en todo momento, día e noite, calquera día da semana. O sentimento de impotencia, de culpabilidade volvérase o seu pan de cada día. Unha vida que semellaba carecer de sentido cando apenas transcorreran 17 anos dende que aquel 3 de marzo unha meniña invadira a casa de paz coa súa presenza.

Antía residiu sempre nunha peque-

vez tan habituales de desprecio, odio, maldad. Sangre fría, un cuerpo vivo que se muestra inerte.

No éramos capaces de convivir con nosotros mismos y pretendíamos convivir con otra especie. Esos seres tan diversos, desde los ladridos de unos hasta los gruñidos de otros, pasando por múltiples modalidades. Más grandes, más pequeños, más o menos coloridos, terrestres, acuáticos, en definitiva primaba una enorme diversidad entre ellos.

Sueños frágiles que se habían descompuesto en mil y un pedazos de aspiraciones fallidas, de días frustrados y de tinieblas. El viento volvía a soplar con fuerza pero en esta ocasión apremiaba con más intensidad que nunca y las esperanzas suspendidas en el aire volaban al ritmo de aquel tormento enfurecido que parecía que llevaría a su paso todo por delante, sin importar quién o qué intercediese en su camino.

Ya habían pasado siete meses. Antía caminaba por la acera con una compañera. Pero era como caminar sola. Desde aquel fatídico día, una barrera se interpuso entre ella y el resto de aquel mundo gris y cruel que la rodeaba. Aquel trimestre había obtenido los peores resultados de su trayectoria académica. El recuerdo del que un día había sido su compañero fiel la acompañaba en todo momento, día y noche, cualquier día de la semana. El sentimiento de impotencia, de culpabilidad se había vuelto su pan de cada día. Una vida que semejaba carecer de sentido cuando apenas habían transcurrido 17 años desde que aquel 3 de marzo una chiquitina había invadido la casa de paz con su presen-

na vila labrega. O mundo campestre ocupaba os límites do seu propio mundo interior e non podía estar máis contenta do desenvolvemento do ambiente que xiraba en torno a ela. Os animais eran unha parte sen dúbida vital para a súa familia e para a gran parte das da vila. Criaban vacas, ovellas, cabras, galiñas, patos e outras tantas especies. A súa convivencia con elas converteuse na protagonista xa dos seus primeiros recordos. O amor que sentía por cada un dos seus bichinhos ninguén máis que ela sabía ata onde chegaba.

As cousas marcharon ben ata que comezou a ser máis consciente e chegaron as preguntas. E entón axitación, néboa que o cubría todo, crispación. As veces a verdade era tan dolorosa que máis valía vivir na ignorancia a ter que facer fronte aos problemas da vida. Os seus problemas comezaron á idade de 8 anos. Os animais que os seus pais coidaban con tanta delicadeza e ternura eran os mesmos que logo se servían na mesa á hora da comida. Para ela isto foi un duro golpe. Como ía ela a coidar e convivir cun ser vivo dende practicamente o seu nacemento e logo ter que desfacerse del daquel xeito tan cruel?

Foi difícil de levar pero tamén recoñeceu que de algo tiñan que alimentarse e aquela era a súa principal fonte de alimento. Mais ela precisaba dunha compañía mutua, dun animal que fora algo máis; o seu amigo, ao que poder educar e tratar coma un máis da familia.

Pinche era pequeno, de cor escura e manchas por todo o corpo, durmiñón pero sobre todo moi alegre. Envolveu a casa de Antía de ledicia. Era coma o seu bebé; compaxinaba as horas de es-

cia.

Antía residió siempre en un pequeño pueblo campesino. El mundo campestre ocupaba los límites de su propio mundo interior y no podía estar más contenta del desarrollo del ambiente que giraba en torno a ella. Criaban vacas, ovejas, cabras, gallinas, patos y otras tantas especies. Su convivencia con ellas se convirtió en la protagonista ya de sus primeros recuerdos. El amor que sentía por cada uno de sus animalillos nadie más que ella sabía hasta donde llegaba.

Las cosas marchaban bien hasta que empezó a ser más consciente y llegaron las preguntas. Y entonces agitación, niebla que lo cubría todo, crispación. A veces la verdad podía llegar a ser tan dolorosa que más valía vivir en la ignorancia a tener que hacer frente a los problemas de la vida. Sus problemas llegaron a la edad de 8 años. Los animales que sus padres cuidaban con tanta delicadeza y ternura eran los mismos que luego se servían en la mesa a la hora de la comida. Para ella, esto fue un duro golpe. ¿Cómo iba ella a cuidar y convivir con un ser vivo prácticamente desde su nacimiento y luego tener que deshacerse de él de aquella forma tan cruel?

Fue difícil de llevar, pero también reconoció que de algo tenían que alimentarse y aquella era su principal fuente de alimento. Pero ella necesitaba una compañía mutua, un animal que fuese algo más; su amigo, al que poder educar y tratar como uno más de la familia.

Pinche era pequeño, de color oscuro y manchas por todo el cuerpo, dormilón pero sobre todo muy alegre. Envolfió la casa de Antía de felicidad. Era como



© Theresa Benedetto
Fuente: Flickr

cola e as que axudaba aos seus pais no campo cos seus coidados e Pinche creceu forte e san e converteuse no seu gardián particular. Os primeiros meses era moi revoltoso e non prestaba atención das indicacións de Antía e esta perdía un pouco os nervios mais deseguida se daba de conta de que era coma un neno pequeno e só pensaba en xogar e en divertirse. Co tempo e con paciencia adquiriu a disciplina que ela tanto desexaba e a súa obediencia non tiña nada que envexar á de calquera rapaz. Cos días, meses e anos volvéronse cada vez máis inseparables. Os seus paseos por toda a vila, os seus xogos que acotío eran sinónimo de gargalladas, un sen fin de aventuras xuntos que levaron a que ningún dos que os coñecía se ima-

su bebé; compaginaba las horas de escuela y las que ayudaba a sus padres en el campo con sus cuidados y Pinche creció fuerte y sano y se convirtió en su guardián particular. Los primeros meses era muy revoltoso y no prestaba atención de las indicaciones de Antía y esta perdía un poco los nervios pero enseguida se daba cuenta de que era como un niño pequeño y solo pensaba en jugar y en divertirse. Con el tiempo y con paciencia adquirió la disciplina que ella tanto deseaba y su obediencia no tenía nada que envidiar a la de cualquier niño. Con los días, meses y años se volvieron cada vez más inseparables. Sus paseos por todo el pueblo, sus juegos que a menudo eran sinónimo de risas, un sinfín de aventuras juntos que llevaron a que

xinase a Antía sen Pinche nin a Pinche sen Antía.

Chuvia, auga polas rúas, rostros xélidos, miradas perdidas e atónitas. Ata os 15 anos Antía fora unha rapaza exemplar, comprometida co seu e cos seus, coas aspiracións de calquera adolescente. Mais a partir dese momento todo pareceu mudar como muda o verme que se converte en bolboreta pero esta bolboreta esqueceríase do que era voar. As hormonas comezaron a correr polo interior do seu corpo, de tal xeito que rematou perdidamente namorada dun rapaz. Este era maior que ela e residía a uns quilómetros da súa vila. Coñecía dende había bastante tempo de velo polo instituto e algunha vez que fora cuns amigos pasear e o viran pola rúa. Ata aquel momento non significara nada para ela pero todo cambiou repentinamente. O seu pensamento estaba reservado única e exclusivamente para el. Tiña que compartir aquela nova situación con alguén e só unha persoa podía entender como se sentía.

Silvia. A súa fiel compañeira dende sempre. Ela e Pinche eran os seus bens máis prezados. Nunha das súas reunións a tres bandas revelou o seu segredo. Silvia non daba crédito as súas palabras. Ela pese a súa corta idade xa pasara por uns cantos rapaces pero nunca agardaría aquilo de Antía, sempre tan recatada cando tocaba falar de homes. A pesar da insistencia da súa amiga de que aquilo fora un segredo, Silvia non puido controlar a súa emoción e o rumor comezou a correr pola escola e ía estendéndose paulatinamente.

Nervios, tensión, sorrisos idílicos. O amencer dun novo sentimento. Dunha

nadie de los que los conocía se imaginase a Antía sin Pinche ni a Pinche sin Antía.

Lluvia, agua por las calles, rostros gélidos, miradas perdidas y atónitas. Hasta los 15 años Antía había sido una chica ejemplar, comprometida con lo suyo y con los suyos, con las aspiraciones de cualquier adolescente. Pero a partir de ese momento todo pareció mudar como muda el gusano que se convierte en mariposa pero esta mariposa se olvidaría de lo que era volar. Las hormonas comenzaron a correr por el interior de su cuerpo, de tal forma que terminó perdidamente enamorada de un chico. Era mayor que ella y vivía a unos kilómetros de su pueblo. Lo conocía desde hacía tiempo de verlo por el instituto y alguna vez que había ido con unos amigos a pasear y lo habían visto por la calle. Hasta aquel momento no había significado nada para ella pero todo cambió repentinamente. Su pensamiento estaba reservado única y exclusivamente para él. Tenía que compartir aquella nueva situación con alguien y solo una persona podía entender cómo se sentía.

Silvia. Su fiel compañera desde siempre. Ella y Pinche eran sus bienes más preciados. En una de sus reuniones a tres bandas reveló su secreto. Silvia no daba crédito a sus palabras. Ella, pese a su corta edad, ya había pasado por unos cuantos chicos pero nunca esperaba aquello de Antía, siempre tan recatada cuando tocaba hablar de hombres. A pesar de la insistencia de su amiga de que aquello fuera un secreto, Silvia no pudo controlar su emoción y el rumor comenzó a correr por la escuela y se iba

paixón sen límite. As bolboretas corrían polo seu ventre, non sabían voar e ela tampouco.

Realidade. Mil e unha voltas á cabeza. Pinche alí ao seu lado e ela sen embargo tan lonxe, a centos de quilómetros. Como se ía a fixar nela? Que podía atopar el nela que non lle puidese ofrecer outra? Preguntas. Moitas, demasiadas. Respostas. Máis ben poucas ou ningunha.

Como cada día, chegada a noite era o seu intre especial co seu tesouro, co seu amigo. Pinche. El tamén estaba ao tanto de todo o que estaba a ocorrer. Era o seu confesor preferido e aínda que non lle podía expresar a súa opinión ela sabía que estaba da súa parte, sempre o estivera. Cando estaban a piques de dar media volta para regresar, escoitaron o motor dunha motocicleta que se aproximaba cara eles mais non lle deron maior importancia. Pero de súpeto o condutor pronunciou o seu nome. Antía. Soñara con aquela situación centos de veces mais chegada a hora da verdade non era quen de reaccionar.

Miguel. Abofé que era Miguel. Alto, de ollos claros, pelo un pouco longo e un sorriso que namoraba. Que facer? Que dicir? Onde agocharse? De súpeto calafríos, vergoña, a pel ardendo e ela alí de pe, ríxida, sen poder articular palabra algunha. Por sorte el demostrou o seu papel de adulto e levou a voz cantante nos poucos minutos que faláron. Volverían a verse. Mais desta vez, o encontro denominaríase cita e os protagonistas serían eles sos.

Miguel semellaba tan atento, tan simpático, tan perfecto ao fin e ao cabo. Quedaron en numerosas ocasións e An-

extendiendo paulatinamente.

Realidad. Mil y una vueltas a la cabeza. Pinche allí a su lado y ella sin embargo tan lejos, a cientos de kilómetros. ¿Cómo se iba a fijar en ella? ¿Qué podía encontrar en ella que no le pudiese ofrecer otra? Preguntas. Muchas, demasiadas. Respuestas. Más bien pocas o ninguna.

Como cada día, llegado el anochecer era su momento especial con su tesoro, con su amigo. Pinche. Él también estaba al tanto de todo lo que estaba ocurriendo. Era su confesor preferido y aunque no le podía expresar su opinión ella sabía que estaba de su parte, siempre lo había estado. Cuando estaban a punto de dar media vuelta para regresar, escucharon el motor de una motocicleta que se aproximaba hacia ellos pero no le dieron mayor importancia. Pero de repente el conductor pronunció su nombre. Antía. Había soñado con aquella situación cientos de veces pero a la hora de la verdad no era capaz de reaccionar.

Miguel. Por supuesto que era Miguel. Alto, de ojos claros, pelo un poco largo y una sonrisa que enamoraba. ¿Qué hacer? ¿Dónde esconderse? Sin más: escalofríos, vergüenza, la piel ardiendo y ella allí de pie, rígida, sin poder articular palabra alguna. Por suerte, él demostró su papel de adulto y llevó la voz cantante en los pocos minutos que hablaron. Volverían a verse pero esta vez el encuentro se denominaría cita y los protagonistas serían ellos solos.

Miguel parecía tan atento, tan simpático, tan perfecto al fin y al cabo. Quedaron en numerosas ocasiones y Antía se sentía como en un sueño hecho reali-

tía sentíase coma nun soño feito realidade. As bolboretas seguían no seu interior mais seguían sen alzar voo e isto complicaría as cousas. Xa apenas vía a Silvia e os paseos con Pinche pasaron de diarios a semanais. E chegou a proposta. Comezar unha relación seria. Miguel gustáballe mais non estaba preparada e así llo fixo saber. A súa reacción foi desmesurada. Berros, ameazas e o por último un golpe. Chegou a casa chorando e o único consolo que atopou foi o de Pinche, quen non se esquecía dela tan facilmente. Quería borrar a Miguel da súa vida pero este pareceu arrepentirse e pretendeu volver a vela. Aceptou, falar sempre era o mellor. Na da Barranca ás cinco.

Nesta ocasión Pinche tomouse a liberdade de seguila. O encontro marchaba ben pero Miguel perdeu de novo o control e ante a súa tentativa de mallar de novo na rapaza, Pinche interveu. Ladraba con intensidade pero Miguel non se asustaba sinxelamente. Antía resultou ilesa pero a cambio da vida do seu gardián.

Certo, xa pasaran 7 meses pero aquela visión permanecía indeleble na súa mente. Tantos recordos, tanta felicidade, tanto amor verdadeiro arrincados así sen máis. Un animal cheo de sentimentos xacía no máis profundo diso que chamamos Terra mentres un humano cheo de ira e carente do máis mínimo arrepentimento continuaba cunha vida manchada pola sangue inocente.

Días de xistra. Tempestade, un volcán en erupción e a lava que o leva todo por diante. Semella que as bolboretas creceron antes de tempo e deron en emprender voo cedo de máis. Antía tería

dad. Las mariposas seguían en su interior pero seguían sin alzar vuelo y esto complicaría las cosas. Ya apenas veía a Silvia y los paseos con Pinche pasaron de diarios a semanales. Y llegó la propuesta. Comenzar una relación seria. Miguel le gustaba pero no estaba preparada y así se lo hizo saber. Su reacción fue desmesurada. Gritos, amenazas y por último un golpe. Llegó a casa llorando y el único consuelo que encontró fue el de Pinche, quien no se olvidaba de ella tan fácilmente. Quería borrar a Miguel de su vida pero este pareció arrepentirse y pretendió volver a verla. Aceptó, hablar siempre era lo mejor. En la de La Barranca a las cinco.

En esta ocasión Pinche se tomó la libertad de seguirla. El encuentro marchaba bien pero Miguel perdió de nuevo el control y ante su tentativa de zanzanear de nuevo a la chica, Pinche intervino. Ladraba con intensidad pero Miguel no se asustaba fácilmente. Antía resultó ilesa, pero a cambio de la vida de su guardián.

Cierto, ya habían pasado 7 meses pero aquella visión permanecía indeleble en su mente. Tantos recuerdos, tanta felicidad, tanto amor verdadero arrancados así sin más. Un animal lleno de sentimientos yacía en lo más profundo de eso que llamamos Tierra mientras un humano lleno de ira y carente del más mínimo arrepentimiento continuaba con una vida manchada por la sangre inocente.

Días de aguacero. Tempestad, un volcán en erupción y la lava que lo lleva todo por delante. Parece que las mariposas crecieron antes de tiempo y pretendieron emprender vuelo demasiado

unha nova oportunidade pero non sería Pinche quen a acompañase desta vez.

Notas

(*) Texto recogido como ganador, en la modalidad de gallego, del I Certamen de escritura «El miembro no humano de mi familia», dentro de la Feria de la adopción de Moaña (Pontevedra, España) de 2015.

pronto. Antía tendría una nueva oportunidade pero no sería Pinche quien la acompañase esta vez.

Notas

(**) Traducción al castellano a cargo del propio autor.

Daniel Sobral Olivera (Moaña, Pontevedra, 1996). Actualmente estudio segundo del grado en Ciencias del Lenguaje de la Universidad de Vigo. Aunque amante desde pequeño de los números, al final caí en el apasionante mundo de las letras. La obra que me abrió los ojos fue *Cien años de soledad*, sin duda la mejor obra que he leído hasta el momento. Mi pasión por escribir viene desde tiempo atrás pero la materialización de mis creaciones es reciente. Comencé de forma ocasional, participando en algunos concursos convocados por diferentes áreas de mi facultad y actualmente además de una mayor participación en certámenes más allá de la universidad; he creado mi propio blog, llamado *Días de Tránsito*, donde en cuanto puedo comparto mis historias con el mundo.

• • • • •



© :n:
Fuente: Flickr

Noche de perros*** por Rubén Juy Martín

Salí de la tasca ya pasadas las cuatro. El ambiente parecía frío, húmedo e incluso desapacible. No lo podía saber, el alcohol que recorría mi cuerpo me lo impedía, permitiéndome únicamente caminar y con dificultad.

Ya de poco me servía mandarle un mensaje, o llamarla... Había perdido a aquella mujer un puñetero jueves y esa era la única realidad de momento.

Caminé unos metros más hasta que conseguí apoyarme en una pared mugrienta, de poco importaba ya, al fin y al cabo, las ratas viven en las alcantarillas.

Al final de la calle un perro caminaba sin prisa buscando, con total seguridad, un refugio donde pasar su noche que, al igual que la mía, se antojaba cruda.

Era un pastor alemán de raza, algo mermado por su situación, pardo y marrón, con franjas blanquecinas en los costados. Precioso.

Le llamé gritando un "ichucho!" que le alertó de mi presencia. Al mirarme me mostró realmente su verdadera faceta. Sus dos ojos eran el reflejo de una vida vacía, sufrida y tremendamente cruel. El diestro marrón oscuro, penetrante y revelador. El siniestro de un cristal verde tan cierto como el de las botellas que esa noche habían terminado por espantar el único ápice de orgullo y dignidad que aún conservaba.

Su cuello, marcado por una correa ceñida, se mostraba desolador, rojo, macabro.

Al darse cuenta de mi estado, continuó su camino sin mostrar ninguna atención a mi persona. Por enésima vez me había sentido ignorado, olvidado e incluso avergonzado.

A tientas alcancé un gorrón e intenté sin éxito alcanzarle. Ese puñetero perro pulgoso había conseguido sacarme de mis casillas. En ese momento una rápida lágrima recorrió rauda mi mejilla derecha. Se acabó, había tocado fondo. Más bajo era imposible caer. Comencé a llorar como nunca había hecho, tapando mi cara con unas manos arrugadas y gélidas.

Me hacía viejo sin darme cuenta. Así, de un plumazo cuarenta y dos primaveras a mis espaldas y ni un ápice de éxito en mi vida, al contrario, una vez más, mi dardo se perdió en los extrarradios de la diana.

Me tumbé al suelo en posición fetal, buscando ese amparo de unos padres que nunca encontraría. En su lugar, ¡cuál fue mi sorpresa!, se acercó de nuevo el jodido chucho, posiblemente curioso ante mis lamentos. Con un rápido movimiento de hocico me tumbó de nuevo, tras mi intento fallido de incorporación. Le observé sin poder dejar de sollozar y pude ver sin pestañear lo que ocurrió a continuación.

Ese chucho que no era de nadie, totalmente solitario, herido y callejero hasta decir basta, una vez comprobó mi estado y tras haberse cerciorado de que era inofensivo para él, se tumbó a mi lado, colocando su cabeza entre mis manos, y tras hacerse él también un ovillo me miró, de nuevo detuvo su mirada en mí, y fue en ese instante en el que, realmente, conocí a aquel animal. Ahí pude comprobar los valores que mi nuevo compañero de batallas tenía: nobleza, lealtad, amor, ternura...

Esa noche los dos dormimos en la calle, a la intemperie, sucios y malolientes, pero aquello que vivimos no puede ser explicado ni por el mejor orador. Es magia, fantasía, sensaciones que solo puedo transmitir ahora, cuando duerme tranquilo en mi regazo, mientras veo cualquier película, sentado al brasero de nuestra cálida y segura morada.

Notas

(***) Texto recogido como ganador, en la modalidad de castellano, del I Certamen de escritura «El miembro no humano de mi familia», dentro de la Feria de la adopción de Moaña (Pon-

tevedra, España) de 2015.

Rubén Juy Martín (Salamanca, España). Estudiante de tercer año en el grado de Terapia Ocupacional en la Universidad de Salamanca y actual monitor de tiempo libre de la Diputación de Salamanca. Destaca su colaboración durante dos años en el periódico digital “salamancartvaldia.es” con artículos de reflexión. Su obra *Boomerang* apareció en la antología *Fuego, aire, agua, tierra*, editorial Carpa de sueños, 2015, mientras que su obra *Tic-tac* fue recogida en la antología *A la luz de la luna*, editorial Letras con arte, 2015.

• • • • •

Colaboraciones

La Revista Literaria Visor se centra en diversos aspectos del relato corto. Está estructurada en tres bloques fundamentales: reseñas literarias, ensayo y creación. Toda colaboración será bien recibida en cualquiera de estos campos siempre que sea original, inédita, escrita en español y relacionada con los distintos aspectos del relato breve. Los textos deben remitirse en fichero adjunto y en formato Word, junto a una breve reseña bio-bibliográfica de no más de diez líneas, a la siguiente dirección de correo electrónico:

visorliteraria@gmail.com

El consejo editorial leerá todas las colaboraciones enviadas, reservándose el derecho a su inclusión en la revista. No se informará en ningún caso sobre aspecto alguno del proceso de selección, y solo se mantendrá correspondencia con aquellos autores cuyos textos sean elegidos.

Los autores son siempre los titulares de la propiedad intelectual de cada una de sus obras y solo ceden a la Revista Literaria Visor el derecho a publicar los textos en el número correspondiente.

Además de responder a los estándares adecuados de calidad artística y de redacción, los requisitos de publicación serán los siguientes: para reseñas literarias, los textos no sobrepasarán la extensión de una página; para ensayos, no más de 10, y para creación, no se excederán las 12 páginas. En todos los casos, los textos se redactarán en A4, con letra tamaño 12, doble interlineado y notas al final del documento.

Esta revista es una publicación sin ánimo de lucro y no cuenta con ningún tipo de apoyo público o privado. La Revista Literaria Visor se realiza con el trabajo de quienes aparecen en el directorio y gracias a la inestimable colaboración de los autores.

Visor

revista literaria



ISSN 2386-5695

www.facebook.com/visorliteraria

twitter.com/visorliteraria

Web:

www.visorliteraria.com

Correo electrónico:

visorliteraria@gmail.com